



LEON TROTSKY

L. Trotsky

EN DEFENSA DEL MARXISMO



3

león trotsky

en defensa del marxismo



el
Yunque
editora

LEON TROTSKY

**EN DEFENSA
DEL
MARXISMO**

2ª edición

 **el Yunque**
editora

NUEVAMENTE Y UNA VEZ MAS SOBRE LA NATURALEZA DE LA U.R.S.S.

Ciertos camaradas, o ex camaradas, tales como Bruno R., habiendo olvidado nuestras pasadas discusiones y decisiones, tratan de explicar mi estimación personal del estado soviético acudiendo al psicoanálisis: "Dado que Trotsky participó en la revolución rusa, le resulta difícil abandonar la idea del Estado obrero porque tendría que renunciar a la causa de toda su vida". Creo que el viejo Freud, que era muy perspicaz, habría dado un buen tirón de orejas a esta clase de psicoanalistas. Naturalmente que yo no corro el riesgo de hacerlo. Sin embargo, me atrevo a asegurar a mis críticos que el subjetivismo y el sentimentalismo están en ellos y no en mí.

La conducta de Moscú, que ha superado todos los límites de la abyección y el cinismo provoca una rápida repugnancia en todo obrero revolucionario. La repugnancia da nacimiento a la repulsa. Cuando se carece de fuerza para la acción inmediata, los revolucionarios impacientes se sienten inclinados a recurrir a métodos artificiales. Así surge, por ejemplo, la táctica del terrorismo individual. Más frecuentemente se recurre a las expresiones fuertes, a los insultos, a las imprecaciones. En el caso que nos ocupa, algunos camaradas se inclinan manifiestamente a buscar compensación a través del terror "terminológico". Sin embargo, aún desde este punto de vista, el simple hecho de calificar a la burocracia como clase no tiene valor. Si la canalla bonapartista es una clase quiere decir que no es un aborto sino una criatura

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA

viable de la historia. Si su parasitismo merodeador es "explotación" en el sentido científico del término, quiere decir que la burocracia posee un futuro histórico como clase dirigente indispensable de un sistema dado de economía. ¡He aquí el punto final a que los impacientes impugnadores se dirigen cuando cortan sus amarras con la disciplina marxista!

Cuando un mecánico emotivo examina un automóvil en el que unos bandidos han huído de la policía por un camino malo y encuentra la carrocería desvencijada, las ruedas descentradas y el motor parcialmente dañado, podría exclamar justificadamente: "No es un automóvil, el demonio sepa qué es esto!" Semejante apreciación carecería de todo valor técnico y científico pero expresaría la legítima reacción del mecánico ante la obra de los bandidos. Supongamos, sin embargo, que este mismo mecánico deba reacondicionar el objeto que ha denominado "el demonio sepa qué es esto". En tal caso, comenzará por reconocer que tiene ante sí un automóvil estropeado. Determinará qué partes aún sirven y cuáles son irreparables a fin de decidir por dónde comenzará el trabajo. El obrero con conciencia de clase tendrá una actitud similar hacia la U.R.S.S. Tiene pleno derecho a decir que los bandidos de la burocracia han transformado el Estado obrero en "el demonio sepa qué es esto". Pero cuando pasa de su reacción explosiva a la solución del problema político, se ve obligado a reconocer que tiene ante sí un Estado obrero estropeado, en el que el motor de la economía está dañado, pero aún continúa funcionando, y que puede ser completamente reacondicionado con el reemplazo de algunas piezas. Naturalmente que esto no es más que una analogía. Sin embargo, vale la pena reflexionar sobre ella.

"UN ESTADO OBRERO CONTRARREVOLUCIONARIO"

Algunas voces exclaman: "Si continuamos reconociendo a la U.R.S.S. como Estado obrero, debemos esta-

blecer una nueva categoría: el Estado obrero contrarrevolucionario". Este argumento trata de impresionar nuestra imaginación mediante la oposición de una buena norma programática a una realidad miserable, ruin y hasta repugnante. ¿Pero no hemos venido observando día a día desde 1923, cómo el Estado soviético ha jugado un rol cada vez más contrarrevolucionario en el campo internacional? ¿Hemos olvidado la experiencia de la revolución china, de la huelga general de 1926 en Inglaterra y finalmente la muy reciente experiencia de la revolución española? Hay dos internacionales obrera completamente contrarrevolucionarias. Estos críticos aparentemente olvidan esta "categoría". Los sindicatos de Francia, Inglaterra, EE. UU. y otros países, apoyan completamente la política contrarrevolucionaria de sus burguesías. Esto no nos impide llamarlos sindicatos, apoyar sus pasos progresivos y defenderlos contra la burguesía. ¿Por qué es imposible emplear el mismo método con el Estado obrero contrarrevolucionario? En último análisis un Estado obrero es un sindicato que ha conquistado el poder. La actitud distinta ante uno y otro casi se explica por el sencillo hecho de que los sindicatos tienen una larga historia y nos hemos acostumbrado a considerarlos como realidades y no simplemente como "categorías" de nuestro programa. Pero en lo que se refiere al Estado obrero, se ha demostrado que existe incapacidad de aprender a acercarse a él considerándolo como un hecho histórico real que no está subordinado a nuestro programa.

"¿IMPERIALISMO?"

¿Puede calificarse de imperialista a la actual experiencia del Kremlin? En primer lugar debemos establecer cuál es el contenido social incluido en este término. La historia ha conocido el "imperialismo" del Estado romano basado sobre el trabajo de los esclavos, el imperialismo de la propiedad feudal de la tierra, el imperialismo del capitalismo industrial y comercial, el imperialismo de

la monarquía zarista, etc. La fuerza propulsora de la burocracia de Moscú es indudablemente la tendencia a expandir su poder, su prestigio, sus ingresos. Este es el elemento de "imperialismo" en el más amplio sentido de la palabra, que era propio, en el pasado, de todas las monarquías, castas dirigentes, clases y capas medioevales. Sin embargo, en la literatura contemporánea, al menos en la literatura marxista, se entiende por imperialista la *política expansionista del capital financiero*, que tiene un contenido económico perfectamente definido. Usar la palabra "imperialista" para la política exterior del Kremlin —sin aclarar exactamente qué significa— equivale sencillamente a identificar la política de la burocracia bonapartista con la política del capitalismo monopolista, sobre la base de que tanto uno como otro utilizan la fuerza militar para su expansión. Semejante identificación, capaz de sembrar únicamente la confusión, es mucho más propia de demócratas pequeños burgueses que de marxistas.

CONTINUACION DE LA POLITICA ZARISTA

El Kremlin participa en una nueva división de Polonia, el Kremlin se apodera de los Estados bálticos, el Kremlin se orienta hacia los Balcanes, Persia y Afganistán; en otras palabras, el Kremlin continúa la política del imperio zarista. ¿También en este caso no tenemos derecho de calificar de imperialista la política del Kremlin? Este argumento histórico-geográfico no es más convincente que cualquiera de los otros. La revolución proletaria que se produjo en el territorio del imperio zarista, intentó desde el comienzo mismo conquistar (y durante un tiempo conquistó) los países bálticos; intentó penetrar en Rumanía y Persia y en cierto momento dirigió sus ejércitos hacia Varsovia (1920). Las líneas de la expansión revolucionaria fueron semejantes a las del zarismo, dado que la revolución no cambia las condiciones geográficas. De ahí que ya en aquella época hablaran los mencheviques de imperialismo bolchevique, calcado de las

tradiciones de la diplomacia zarista. La democracia pequeño burguesa recurre todavía hoy de buena gana a este argumento. No tenemos motivos, repito, para imitarla.

¿AGENCIA DEL IMPERIALISMO?

Sin embargo, aparte de la manera de apreciar la cuestión de la ayuda que Moscú proporciona a la política imperialista de Berlín, la política expansionista de la U.R.S.S. misma queda en pie. Ante todo es necesario establecer aquí que en determinadas condiciones —en un grado determinado y en forma determinada— el apoyo a éste o aquel imperialismo sería inevitable aun para un Estado obrero completamente sano, en virtud de la imposibilidad de romper la cadena de las relaciones con el imperialismo mundial. La paz de Brest-Litovsk, sin duda, fortaleció al imperialismo alemán contra Francia e Inglaterra. Un Estado obrero aislado no puede dejar de maniobrar entre los campos imperialistas hostiles. Maniobrar significa apoyar temporalmente a uno de ellos contra el otro. Saber exactamente cuál de los dos campos es más ventajoso o menos peligroso apoyar en determinado momento, no es una cuestión de principios sino de cálculos y propósitos prácticos. La inevitable desventaja que se engendra como consecuencia de este apoyo limitado a un Estado burgués contra otro está más que compensada por el hecho de que de este modo el Estado obrero tiene la posibilidad de continuar existiendo.

Pero hay maniobras y maniobras. En Brest-Litovsk el gobierno soviético sacrificó la independencia nacional de Ucrania a fin de salvar al Estado obrero. Nadie podía hablar de traición hacia Ucrania, pues todo obrero con conciencia de clase entendió el carácter obligado de este sacrificio. Completamente distinto es el caso de Polonia. El Kremlin nunca ni en ninguna parte ha presentado la cuestión como si se hubiese visto *obligado* a sacrificar Polonia. Por el contrario, se vanagloria cínicamente de su combinación, afrentando así los sentimientos democráticos más elementales de las clases y pueblos opri-

midos de todo el mundo y debilitando extremadamente la situación internacional de la U.R.S.S. ¡Las transformaciones económicas de las provincias ocupadas no compensan esto ni en una décima parte!

Toda la política exterior del Kremlin está basada en general en una canallezca idealización del imperialismo "amigo" sacrificando así los intereses fundamentales del movimiento obrero mundial a ventajas inestables y secundarias. Después de engañar durante cinco años a los trabajadores con consignas por la "defensa de las democracias" Moscú está ocupado ahora en justificar la política de pillaje de Hitler. Esto por sí mismo no basta para transformar a la U.R.S.S. en un Estado imperialista. Pero no cabe duda que Stalin y su Internacional Comunista son actualmente la agencia más valiosa del imperialismo.

Si queremos definir la política exterior del Kremlin con exactitud, debemos decir que es la política *de la burocracia bonapartista de un Estado obrero degenerado, rodeado de un cerco imperialista*. Esta definición no es tan breve y sonora como la de "política imperialista", pero en cambio es más precisa.

"EL MAL MENOR"

La ocupación de Polonia oriental por el Ejército Rojo es, por supuesto, un "mal menor" en comparación con la ocupación del mismo territorio por las tropas nazis. Pero este mal menor se obtuvo porque se aseguró a Hitler la conquista de un mal mayor. Si alguien incendia o ayuda a incendiar una casa y después salva a cinco de los diez ocupantes a fin de convertirlos en sus propios semi-esclavos, naturalmente que será un mal menor de si se queman los diez. Pero es dudoso que este incendiario merezca una medalla por el salvamento. Si a pesar de todo se lo condecora con una medalla habría que fusilarlo inmediatamente después, como en el caso del héroe de una de las novelas de Víctor Hugo.

Robespierre dijo una vez que al pueblo no le agrada-

dan los misioneros con bayonetas. Con esto quería decir que es imposible imponer ideas e instituciones revolucionarias en otros países empleando la violencia militar.

Tal intervención —como parte de una política internacional revolucionaria— debe ser entendida por el proletariado internacional y debe corresponder a los deseos de las masas trabajadoras de los territorios donde entran las tropas revolucionarias.

La teoría del socialismo en un solo país, no puede, naturalmente, crear esa activa solidaridad internacional que es la única capaz de preparar y justificar la intervención armada. El Kremlin plantea y resuelve el problema de la intervención militar, como todas las demás cuestiones de su política, independizándola en absoluto de las ideas y sentimientos del proletariado internacional. Por esa razón, los recientes "éxitos" diplomáticos del Kremlin comprometen monstruosamente a la U.R.S.S. e introducen una extrema confusión en las filas del proletariado mundial.

INSURRECCION EN DOS FRENTES

Pero si plantea así la cuestión —dicen algunos camaradas— ¿es propio hablar de defensa de la U.R.S.S. y de las provincias ocupadas? ¿No es más correcto llamar a los obreros y campesinos de ambas partes de la ex Polonia a levantarse contra Hitler y contra Stalin? Naturalmente esto es muy atractivo. Si la revolución surgiera simultáneamente en Alemania y en la U.R.S.S., inclusive en las provincias recientemente ocupadas, resolvería muchas cuestiones de un solo golpe. Pero nuestra política no puede basarse únicamente sobre la más favorable y feliz de las circunstancias. El problema se plantea así: ¿qué hacer si Hitler, antes de ser aplastado por la revolución, ataca a Ucrania antes que la revolución haya derrocado a Stalin? ¿Lucharán en este caso los partidarios de la Cuarta Internacional contra las tropas de Hitler, como lucharon en España en las filas de las tropas republicanas contra Franco? Firmemente y de todo corazón,

estamos a favor de una Ucrania Soviética independiente (tanto de Hitler como de Stalin). ¿Pero qué hacer si antes de obtenida dicha independencia, Hitler intenta apoderarse de Ucrania, que está bajo el dominio de la burocracia stalinista? Contestamos: defenderemos contra Hitler a la Ucrania esclavizada por Stalin.

"DEFENSA INCONDICIONAL DE LA U.R.S.S."

¿Qué quiere decir defensa "incondicional" de la U.R.S.S.? Quiere decir que no pedimos ninguna condición a la burocracia. Quiere decir que independientemente del motivo y de las causas de la guerra, defendemos las bases sociales de la U.R.S.S. si es amenazada por el imperialismo.

Algunos camaradas dicen: "Y si el Ejército Rojo mañana invade la India y comienza a ahogar un movimiento revolucionario, ¿lo apoyaremos en ese caso?" Semejante manera de hacer una pregunta es absolutamente inconsistente. Sobre todo, no se ve con claridad por qué se mezcla a la India. Más simple sería preguntar: si el Ejército Rojo amenaza a las huelgas obreras o a las protestas campesinas contra la burocracia en la U.R.S.S. ¿lo apoyaremos o no? La política exterior es la continuación de la interna. Jamás hemos prometido apoyar *todas* las acciones del Ejército Rojo, que es un instrumento en manos de la burocracia bonapartista. Hemos prometido defender únicamente a la U.R.S.S. como Estado obrero y solamente aquello que pertenece al Estado obrero.

Un casuista perfecto puede decir: si el Ejército Rojo, independientemente del carácter de la "labor" que realiza, es vencido por las masas insurrectas de la India, esto debilitará a la U.R.S.S. A ello contestamos: el aplastamiento de un movimiento revolucionario en la India, con la cooperación del Ejército Rojo, significaría un peligro incomparablemente mayor para las bases socialistas de la U.R.S.S. que una derrota episódica de los destacamentos contrarrevolucionarios del Ejército Rojo en la India. En cada caso la Cuarta Internacional sabrá dis-

tinguir dónde y cuándo el Ejército Rojo está actuando exclusivamente como instrumento de la reacción bonapartista y dónde defiende las bases socialistas de la U.R.S.S.

Un sindicato dirigido por burócratas reaccionarios organiza una huelga contra la admisión de obreros negros en cierta rama de la industria. ¿Apoyaremos una huelga tan vergonzosa? Naturalmente que no. Pero imaginemos que los patronos, utilizando dicha huelga, intenten aplastar el sindicato e imposibiliten en general la defensa organizada de los trabajadores. En este caso defenderemos al sindicato como lógica consecuencia a pesar de su reaccionaria dirección. ¿Por qué no es aplicable esta misma política a la U.R.S.S.?

LA REGLA FUNDAMENTAL

La Cuarta Internacional ha establecido firmemente que en todos los países imperialistas, independientemente del hecho de si están aliados a la U.R.S.S. o en un campo hostil a ella, los partidos proletarios deben desarrollar durante la guerra la lucha de clases, con el propósito de tomar el poder. Al mismo tiempo, el proletariado de los países imperialistas no debe perder de vista los intereses de la defensa de la U.R.S.S. (o de las revoluciones coloniales) y en caso de verdadera necesidad debe recurrir a acciones decisivas como, por ejemplo, huelgas, actos de sabotaje, etc. Los agrupamientos de fuerzas desde la época en que la Cuarta Internacional formuló esta regla han cambiado radicalmente. Pero la regla misma retiene toda su validez. Si Inglaterra y Francia amenazan mañana a Leningrado o Moscú, los obreros ingleses y franceses deben tomar medidas decisivas a fin de impedir el envío de soldados y pertrechos militares. Si Hitler se ve obligado por la lógica de la situación a enviar a Stalin ayuda militar, los obreros alemanes, por el contrario, no deberán en este caso concreto recurrir a huelgas y sabotajes. Nadie, espero, propondrá otra solución.

“¿REVISION DEL MARXISMO?”

Algunos camaradas evidentemente se han sorprendido de que yo hablase en un artículo (“La U.R.S.S. en guerra”) del sistema del “colectivismo burocrático” como de una posibilidad teórica. Llegaron a descubrir en ello una completa revisión del marxismo. Están equivocados. La comprensión marxista no tiene nada en común con el fatalismo. El socialismo no se realiza “por sí mismo”, sino como resultado de la lucha de fuerzas vivientes: las clases y sus partidos. La decisiva ventaja del proletariado en esta lucha reside en el hecho de que representa el progreso histórico, mientras que la burguesía encarna la reacción y la declinación. Precisamente aquí está la fuente de nuestra convicción de la victoria. Pero tenemos pleno derecho a preguntarnos: ¿qué carácter adquirirá la sociedad si triunfan las fuerzas de la reacción?

Los marxistas han formulado un número incalculable de veces la alternativa: o socialismo o retorno a la barbarie. Después de la “experiencia” italiana hemos repetido miles de veces: o socialismo o fascismo. La forma concreta de pasar al socialismo no puede dejar de ser incomparablemente más complicada, heterogénea y contradictoria que la prevista en el esquema histórico general. Marx habló de la dictadura del proletariado y de su progresiva desaparición; pero nada dijo de la degeneración burocrática de esa dictadura. Por primera vez, la experiencia nos ha permitido observar y analizar esta degeneración. ¿Constituye esto una revisión del marxismo?

La marcha de los acontecimientos ha logrado demostrar que el retraso de la revolución socialista engendra el indiscutible fenómeno de la barbarie: desocupación crónica, pauperización de la pequeña burguesía, fascismo y finalmente guerras de exterminio que no abren ningún camino nuevo. ¿Qué formas sociales y políticas puede tomar el nuevo “barbarismo” si admitimos teóricamente que la humanidad no será capaz de elevarse al socialismo? Tenemos a posibilidad de expresarnos más concreta-

mente que Marx sobre este tema. El fascismo por una parte, la degeneración del Estado soviético por otra, esbozan las formas sociales y políticas de un neo-barbarismo. Una alternativa de esta especie —socialismo o servidumbre totalitaria —tiene no solamente un interés puramente teórico sino también una enorme importancia para la agitación, porque a su luz aparece tanto más gráficamente la necesidad del socialismo.

Si hablamos de revisión de Marx, en realidad ella procede de aquellos camaradas que hablan de un nuevo tipo de estado, “no burgués” y “no obrero”. Como la alternativa que yo desarrollé los conduce a llevar sus propios pensamientos a su lógica conclusión, algunos de estos críticos, asustados ante las conclusiones de sus propias teorías, me acusan de... revisar el marxismo. Prefiero pensar que se trata de una broma amistosa.

DERECHO AL OPTIMISMO REVOLUCIONARIO

Me esforcé en demostrar en mi artículo “La U.R.S.S. en guerra” que la perspectiva de una sociedad de explotación no-obrera y no-burguesa, o “colectivismo burocrático”, es una perspectiva de completa derrota y declinación del proletariado internacional, una perspectiva de profundo pesimismo histórico. ¿Existen razones reales para semejante perspectiva? No es superfluo investigar entre nuestros enemigos de clase.

En el semanario del conocido diario *Paris-Soir* del 31 de agosto de 1939, aparece una conversación extremadamente instructiva, sostenida entre el embajador francés Coulondre y Hitler, el 25 de agosto, en ocasión de su última entrevista (la fuente de la información pertenece indudablemente al mismo Coulondre). Hitler fanfarronea, se vanagloria del pacto que ha celebrado con Stalin (“un pacto realista”) y “lamenta” que la sangre francesa y alemana hayan de derramarse.

—Pero —objeta Coulondre—, Stalin ha abusado del doble juego. El verdadero ganador (en caso de guerra) será Trotsky. ¿Ha pensado usted en eso?

—Lo sé —responde el Fuehrer—. Pero, ¿por qué Francia e Inglaterra dieron libertad de acción a Polonia, etc.?

Estos caballeros gustan dar una denominación personal al espectro de la revolución. Pero esto no es lo esencial de esta dramática conversación, en el momento mismo en que se interrumpían las relaciones diplomáticas. “La guerra provocará inevitablemente la revolución”, intenta asustar a su adversario el representante de la democracia imperialista, mientras sus propios huesos se hielan hasta la médula.

“Lo sé”, contesta Hitler, como si se tratara de una cuestión decidida mucho antes. “Lo sé”. ¡Asombroso diálogo!

Ambos, Coulandre e Hitler, representan la barbarie que avanza sobre Europa. Al mismo tiempo ninguno de los dos duda de que su barbarie será vencida por la revolución socialista. Ese es el actual estado de ánimo de las clases dirigentes de todos los países capitalistas del mundo. Su completa desmoralización es uno de los elementos más importantes en la relación de fuerzas de las clases. El proletariado tiene una joven y aún débil dirección revolucionaria. Pero la dirección de la burguesía se pudre en vida. En la víspera misma de la guerra, que no pueden evitar, estos caballeros están convencidos por adelantado del derrumbe de su régimen. ¡Este solo hecho debe constituir para nosotros una fuente de invencible optimismo revolucionario!

18 de Octubre de 1939.

UNA OPOSICION PEQUEÑO-BURGUESA EN EL PARTIDO DE LOS OBREROS SOCIALISTAS

Es necesario llamar a las cosas por su nombre. Ahora que la posición de ambas fracciones en lucha se han delimitado con perfecta claridad, debe decirse que la minoría del Comité Nacional encabeza una tendencia típicamente pequeño-burguesa. Como todo grupo pequeño-burgués dentro del movimiento socialista, la actual oposición se caracteriza por los siguientes rasgos: actitud desdefiense hacia la teoría e inclinación hacia el eclecticismo; falta de respeto hacia la tradición de la propia organización; ansiedad por tener “independencia” personal a expensas de la ansiedad por la verdad objetiva; nerviosidad en lugar de consistencia; disposición a saltar de una posición a otra; falta de comprensión del centralismo revolucionario y hostilidad hacia él; y finalmente inclinación a sustituir la disciplina del partido por vinculaciones personales y lazos de camarillas. No todos los miembros de la oposición manifiestan naturalmente estos rasgos con idéntica fuerza. Sin embargo como ocurre siempre en un bloque variado, el tono lo dan aquellos que están más allá del marxismo y de la política proletaria. Frente a nosotros se abre una lucha seria y prolongada. No me propongo en este artículo agotar el problema, sino que intentaré esbozar sus rasgos generales.

ESCEPTICISMO TEORICO Y ECLECTICISMO

En el número de enero de 1939 de *New International*, los camaradas Burnham y Shachtman, publicaron un largo artículo titulado "Intelectuales en retirada". El artículo, si bien contenía muchas ideas correctas y hábiles caracterizaciones políticas, estaba echado a perder por un defecto fundamental que lo viciaba de nulidad. Mientras se polemizaba contra rivales a quienes se consideraba —sin razones suficientes— por sobre todo como proponentes de "Teorías", el artículo deliberadamente no elevaba el problema a un nivel teórico. Era absolutamente necesario explicar por qué los intelectuales "izquierdistas" de Norteamérica aceptaban el marxismo sin la dialéctica (una campana sin soga). El secreto es simple. En ningún otro país ha habido un rechazo tal de la lucha de clases como en la tierra de "las posibilidades sin límites". La negativa a considerar las contradicciones sociales como fuerza motriz del desarrollo, condujo a negar la dialéctica como la lógica de las contradicciones en el dominio del pensamiento teórico. Así como en la esfera de la política se creía posible convencer a todos sobre la corrección de un programa "justo", por medio de claros silogismos, y de que la sociedad podía ser reconstruida con medios "racionales", así en la esfera de la teoría se daba como demostrado que la lógica aristotélica, rebajada al nivel del "sentido común", era suficiente para solucionar todas las cuestiones.

El pragmatismo, mezcla de racionalismo y empirismo, se transformó en la filosofía nacional de los Estados Unidos. La metodología teórica de Max Eastman no es fundamentalmente diferente de la metodología de Henry Ford —ambos consideran la sociedad viviente desde el punto de vista de un "ingeniero" (Eastman, platónicamente)—. Históricamente, la actual actitud desdeñosa hacia la dialéctica se explica sencillamente por el hecho de que los abuelos y bisabuelos de Max Eastman y de otros no necesitaron de la dialéctica para conquistar te-

rritorios y enriquecerse. Pero, los tiempos han cambiado, y la filosofía del pragmatismo ha entrado en un período de bancarrota al igual que el capitalismo norteamericano.

"Los autores del presente artículo", escribían de sí mismos, "difieren profundamente sobre la estimación que hacen de la teoría general del materialismo dialéctico. Uno de ellos la acepta; el otro la rechaza. No hay nada de anómalo en esta situación. Si bien la teoría está siempre ligada de una u otra forma a la práctica, la relación no es invariablemente directa o inmediata; y como ya hemos tenido oportunidad de destacar, los seres humanos actúan a menudo en forma inconsistente. Desde el punto de vista de cada uno de los autores, hay en el otro cierta inconsistencia entre la «teoría filosófica» y la práctica política, que puede conducirle en alguna ocasión a desacuerdos políticos concretos de carácter decisivo. Pero nadie hasta ahora ha demostrado que el acuerdo o desacuerdo sobre las cuestiones más abstractas del materialismo dialéctico, afecte necesariamente las tareas políticas concretas de hoy o de mañana —y los partidos políticos, los programas y las luchas se basan sobre esas tareas concretas—. Podemos esperar que mientras marchamos juntos o cuando haya más tiempo que ahora, también nos pondremos de acuerdo en las cuestiones más abstractas. Entretanto, están el fascismo, la guerra y la desocupación".

¿Cuál es el significado de este razonamiento profundamente asombroso? Dado que *algunas* personas a través de malos métodos *algunas veces* llegan a conclusiones correctas, y dado que algunas personas mediante métodos correctos *con no poca frecuencia* llegan a conclusiones incorrectas, de ello se deduce que... el método no tiene gran importancia. Meditemos sobre los métodos alguna vez que tengamos más tiempo, pero ahora hay otras cosas que hacer. Imaginemos cómo reaccionaría un obrero que habiéndose quejado al capataz por lo malo de sus herramientas, recibiera esta respuesta: con malas herramientas es posible terminar un buen trabajo y con buenas herramientas mucha gente desperdicia material. Temo que di-

cho obrero, especialmente si se le paga por pieza, respondería al capataz con una frase nada académica. Un obrero debe vérselas con material refractario que opone resistencia, lo que le obliga a apreciar las buenas herramientas; mientras tanto el intelectual pequeño-burgués —¡ay!— utiliza como “herramienta” observaciones fugitivas y generalizaciones superficiales hasta que... grandes acontecimientos le golpeen la cabeza.

Exigir que todo miembro del partido esté familiarizado con la filosofía de la dialéctica sería inerte pedantería. Pero un obrero que ha pasado por la escuela de la lucha de clases, obtiene por propia experiencia cierta inclinación hacia el pensamiento dialéctico. Aun cuando no conozca su nombre, está dispuesto a aceptar el método y sus conclusiones. Con un pequeño-burgués es peor. Naturalmente, hay elementos pequeño-burgueses ligados orgánicamente a los obreros, que pasan a las posiciones proletarias sin una revolución interior. Pero constituyen una insignificante minoría. La cosa es muy diferente cuando se trata de la pequeña burguesía educada académicamente. Sus prejuicios teóricos ya han tomado forma acabada desde el banco de la escuela. Dado que consiguen aprender una gran cantidad de conocimientos, tanto útiles como inútiles, sin ayuda de la dialéctica, creen que pueden continuar excelentemente su vida sin ella. En realidad, hacen una excepción con la dialéctica cuando no consiguen afilar, pulir y agudizar teóricamente sus instrumentos de pensamiento y en la medida en que no les obligue a romper con el estrecho círculo de sus relaciones diarias. Y al verse confrontados con grandes acontecimientos pierden fácilmente la cabeza y reinciden en sus hábitos pequeño-burgueses de pensamiento.

Apelar a la “inconsistencia” como justificación para un bloque teórico sin principios, equivale a presentar malas credenciales marxistas. La inconsistencia no es accidental y en política no aparece solamente como síntoma individual. La inconsistencia es comúnmente, una función social. Hay grupos sociales que no pueden ser consistentes. Los elementos pequeño-burgueses que no se han

liberado de las mohosas predisposiciones pequeño-burguesas, se ven sistemáticamente obligados dentro del partido obrero a hacer compromisos teóricos con su propia conciencia.

La actitud del camarada Schachtman hacia el método dialéctico, expresada en el argumento arriba citado, no puede ser calificado de otra manera que de escepticismo ecléctico. Es evidente que Schachtman ha “contraído” esta actitud no en la escuela de Marx sino entre los intelectuales pequeño-burgueses, a quienes son propias todas las formas del escepticismo.

ADVERTENCIA Y VERIFICACION

El artículo me asombró en tal forma que inmediatamente escribí al camarada Shachtman: “Acabo de leer el artículo que escribieran usted y Burnham sobre los intelectuales. Muchas partes son excelentes. Sin embargo, el párrafo sobre la dialéctica es el golpe más rudo que usted personalmente, como director de *The New International*, podía haber asestado a la teoría marxista. El camarada Burnham dice: «Yo no reconozco la dialéctica». Eso es bien claro, y todos tienen que admitirlo. Pero usted dice: «Yo reconozco a la dialéctica, pero no importa; no tiene la menor importancia». Relea lo que escribió. Ese párrafo desorienta terriblemente a los lectores de *The New International* y es el mejor de los regalos a los Eastman y a todos los de su especie. Bien. ¡Hablaremos de esto públicamente!”

Mi carta fué escrita el 20 de enero, unos meses antes de la actual discusión. Shachtman no contestó hasta el 5 de marzo, cuando replicó, en efecto, que no podía entender por qué yo estaba haciendo tanto ruido sobre el asunto. El 9 de marzo contesté a Shachtman con las siguientes palabras: “No rechacé en lo más mínimo la posibilidad de colaborar con los antidialécticos, sino únicamente que sea aconsejable escribir un artículo en común, cuando la cuestión de la dialéctica juega, o puede jugar, un papel muy importante. La polémica se desarrolla en

dos planos: político y teórico. Vuestra crítica política está muy bien. Vuestra crítica teórica es insuficiente; se detiene en el punto en que debería volverse más agresiva. En una palabra, la tarea consiste en demostrar que sus errores (en la medida en que son errores *teóricos*) son producto de su incapacidad de pensar las cosas dialécticamente y de su falta de disposición para ello. Esta tarea pudo haberse hecho con serio éxito pedagógico. En lugar de ello usted declara que la dialéctica es una cuestión privada y que se puede ser una buena persona sin pensar dialécticamente". Al aliarse en *esta* cuestión con el antidialéctico Burnham, Shachtman se privó de la posibilidad de demostrar por qué Eastman, Hook y muchos otros, comenzaron con una lucha filosófica contra la dialéctica, y terminaron con una lucha política contra la revolución socialista. Esa es, sin embargo, la esencia de la cuestión.

La actual discusión política en el seno del partido ha confirmado mis aprehensiones y mi advertencia en forma incomparablemente más aguda de lo que podía haber esperado, o mejor dicho, temido. El escepticismo metodológico de Shachtman dió sus deplorables frutos en la cuestión de la naturaleza del estado soviético. Burnham comenzó a construir hace un tiempo en forma puramente empírica, sobre la base de sus impresiones inmediatas, un estado ni obrero ni burgués, liquidando de paso la teoría marxista del Estado como órgano de dominación de una clase. Shachtman, inesperadamente, tomó una posición evasiva: "La cuestión, como veis, está sometida a consideraciones posteriores"; además, la definición sociológica de la U.R.S.S. no ejerce ninguna influencia directa e inmediata sobre nuestras "tareas políticas", en las que Shachtman está completamente de acuerdo con Burnham. Hagamos una nueva alusión a lo que estos camaradas escribieron con respecto a la dialéctica. Burnham rechaza la dialéctica. Shachtman parece aceptarla, pero... el don divino de la "inconsistencia" les permite estar de acuerdo en las conclusiones políticas. *La actitud de cada uno de ellos*

hacia la naturaleza del estado soviético reproduce, punto por punto, la actitud de ellos hacia la dialéctica.

En ambos casos Burnham asume el rol de conductor. No es de sorprenderse: él *posee* un método: el pragmatismo. Shachtman no tiene método. Se adapta a Burnham. Sin asumir completa responsabilidad por las concepciones antimarxistas de Burnham, él defiende su bloque agresivo contra las concepciones marxistas con Burnham tanto en la esfera de la filosofía como en la de la sociología. En ambos casos, Burnham aparece como pragmático y Shachtman como ecléctico. Este ejemplo tiene la incalculable ventaja de que el paralelismo completo entre las posiciones de Burnham y de Shachtman en dos planos distintos de pensamiento, y sobre dos cuestiones de fundamental importancia, saltará a los ojos aún a camaradas que no han tenido experiencia en razonamientos puramente teóricos. El método de pensamiento puede ser dialéctico o vulgar, conciente o inconciente, pero existe y se hace conocer.

En enero, oíamos de nuestros autores: "Pero nadie hasta ahora ha demostrado, que el acuerdo o desacuerdo sobre las cuestiones más abstractas del materialismo dialéctico afecte necesariamente las tareas políticas concretas de hoy o de mañana...". Ni hasta ahora nadie lo ha demostrado! Pocos meses fueron necesarios para que los mismos, Burnham y Shachtman, demostraran que sus actitudes hacia una "abstracción" como la del materialismo dialéctico, encontraría manifestación precisa en sus actitudes hacia el Estado soviético.

Naturalmente, es necesario mencionar que la diferencia entre los dos ejemplos es de importancia, pero es de un carácter político y no teórico. En ambos casos Burnham y Shachtman formaron un bloque fundado en el rechazo o semirechazo de la dialéctica. Pero en el primer ejemplo, ese bloque estaba dirigido contra los adversarios del partido proletario. En el segundo ejemplo, el bloque se celebró contra el ala marxista del propio partido. El frente de operaciones militares, por así decir, ha caído, pero las armas siguen siendo las mismas.

No cabe duda que la gente es a menudo inconsistente. La conciencia humana, sin embargo, tiende a ofrecer cierta homogeneidad. La filosofía y la lógica están obligadas a confiar en esta homogeneidad de la conciencia humana y no en lo que carece de homogeneidad, es decir, en la inconsistencia. Burnham no reconoce la dialéctica pero la dialéctica reconoce a Burnham, es decir, extiende su dominio sobre él. Shachtman cree que la dialéctica no tiene importancia en las conclusiones políticas, pero en las conclusiones políticas de Shachtman mismo vemos los frutos deplorables de su desdenosa actitud hacia la dialéctica. Deberíamos incluir este ejemplo en los libros de texto del materialismo dialéctico.

El año pasado me visitó un joven profesor inglés de economía política, simpatizante de nuestro movimiento. Durante nuestra conversación sobre los cambios y los medios para realizar el socialismo, expresó repentinamente las tendencias del utilitarismo inglés, según el espíritu de Keynes y otros: "Es necesario fijar un claro objetivo económico, elegir los medios más razonables para su realización", etcétera. Yo señalé: "Veo que es usted un adversario de la dialéctica". Me contestó con cierto asombro: "Sí, no veo nada útil en ella". "Sin embargo —le contesté— la dialéctica me ha permitido determinar, fundándome en unas pocas observaciones tuyas sobre problemas económicos, a qué sector de pensamiento filosófico usted pertenece. Este solo hecho basta para demostrar el valor inapreciable de la dialéctica". Aunque desde entonces no he tenido noticias de mi visitante, estoy seguro que este profesor antidialéctico mantiene la opinión de que la U.R.S.S. no es un Estado obrero, que la defensa incondicional de la U.R.S.S. es una opinión "pasada de moda", que nuestros métodos organizativos son malos, etcétera. Así como se puede establecer el tipo general de pensamiento a que pertenece una persona dada, fundándose en sus apreciaciones sobre problemas prácticos concretos, es posible predecir aproximadamente, conociendo su tipo general de pensamiento, cómo se acercará a esta

o aquella cuestión práctica. Tal es el incomparable valor educativo del método dialéctico de pensamiento.

EL ABC DE LA DIALECTICA MATERIALISTA

Escépticos gangrenosos como Souvarine creen que "nadie sabe" lo que es la dialéctica. Y hay "marxistas" que se inclinan reverentemente ante Souvarine, esperando aprender algo de él. Y estos marxistas no solamente se esconden en la revista *Modern Monthly*. Desgraciadamente existe una corriente souvarinista en la actual oposición del S.W. P. Es necesario advertir aquí a los camaradas jóvenes: ¡Cuidado con esta maligna infección!

La dialéctica no es ficción ni misticismo, sino la ciencia de las formas de nuestro pensamiento, en la medida en que éste no se limita a los problemas cotidianos de la vida y trata de llegar a una comprensión de procesos más amplios y complicados. La dialéctica y la lógica formal mantienen entre sí una relación similar a la que existe entre las matemáticas inferiores y las superiores.

Trataré aquí de esbozar lo esencial del problema en forma muy concisa. La lógica aristoteliana del silogismo simple parte de la premisa de que "A" es igual a "A". Este postulado se acepta como axioma para una cantidad de acciones humanas prácticas y de generalizaciones elementales. Pero en realidad "A" no es igual a "A". Esto es fácil de demostrar si observamos estas dos letras bajo una lente: son completamente diferentes. Pero, se podrá objetar, no se trata del tamaño o de la forma de las letras, dado que ellas son solamente símbolos de cantidades iguales, por ejemplo de una libra de azúcar. La objeción no es valedera; en realidad, una libra de azúcar nunca es igual a una libra de azúcar: una balanza delicada descubriría siempre la diferencia. Nuevamente se podría objetar: sin embargo una libra de azúcar es igual a sí misma. Tampoco esto es verdad: todos los cuerpos cambian constantemente de peso, color, etc. Nunca son iguales a sí mismos. Un sofista contestará que una libra de azúcar es igual a sí misma en "un momento dado". Fuera del

valor práctico extremadamente dudoso de este "axioma", tampoco soporta una crítica teórica. ¿Cómo concebimos realmente la palabra "momento"? Si se trata de un intervalo infinitesimal de tiempo, entonces una libra de azúcar está sometida durante el transcurso de ese "momento" a cambios inevitables. ¿O este "momento" es una abstracción puramente matemática, es decir, cero tiempo? Pero todo existe en el tiempo y la existencia misma es un proceso ininterrumpido de transformación; el tiempo es en consecuencia, un elemento fundamental de la existencia. De este modo el axioma "A" es igual a "A", significa que una cosa es igual a sí misma si no cambia, es decir, si no existe.

A primera vista, podría parecer que estas "sutilezas" son inútiles. En realidad, tienen decisiva importancia. El axioma "A" es igual a "A", es a un mismo tiempo punto de partida de todos nuestros conocimientos y punto de partida de todos los errores de nuestro conocimiento. Sólo dentro de ciertos límites se lo puede utilizar con uniformidad. Si los cambios cuantitativos que se producen en "A" carecen de importancia para la cuestión que tenemos entre manos, entonces podemos presumir que "A" es igual a "A". Este es, por ejemplo, el modo con que vendedor y comprador consideran una libra de azúcar. De la misma manera consideramos la temperatura del sol. Hasta hace poco considerábamos de la misma manera el valor adquisitivo del dólar. Pero cuando los cambios cuantitativos sobrepasan ciertos límites se convierten en cambios cualitativos. Una libra de azúcar sometida a la acción del agua o del kerosén deja de ser una libra de azúcar. Un dólar en manos de un presidente deja de ser un dólar. Determinar en el momento preciso el punto crítico en que la cantidad se transforma en calidad, es una de las tareas más difíciles o importantes en todas las esferas del conocimiento, incluso de la sociología.

Todo obrero sabe que es imposible elaborar dos objetos completamente iguales. En la transformación de bronce en conos, se permite cierta desviación para los conos, siempre que ésta no pase de ciertos límites (a ésto

se llama tolerancia). Mientras se respetan las normas de la tolerancia, los conos son considerados iguales ("A" es igual a "A"). Cuando se excede la tolerancia la cantidad se transforma en calidad; en otras palabras, los conos son de inferior calidad o completamente inútiles.

Nuestro pensamiento científico no es más que una parte de nuestra práctica general, incluso de la técnica. Para los conceptos rigen también las reglas de la "tolerancia" que no surgen de la lógica formal basada en el axioma "A" es igual a "A", sino de la lógica dialéctica cuyo axioma es: todo cambia constantemente. El "sentido común" se caracteriza por el hecho de que sistemáticamente excede la "tolerancia" dialéctica.

El pensamiento vulgar opera con conceptos como capitalismo, moral, libertad, Estado obrero, etc., considerando como abstracciones fijas, presumiendo que capitalismo es igual a capitalismo, moral igual a moral, etc. El pensamiento dialéctico analiza todas las cosas y fenómenos en sus cambios continuos a la vez que determina en las condiciones materiales de aquellos cambios el momento crítico en que "A" deja de ser "A", un Estado obrero deja de ser un Estado obrero.

El vicio fundamental del pensamiento vulgar radica en el hecho de que quiere contentarse con fotografías inertes de una realidad que consiste en eterno movimiento. El pensamiento dialéctico da a los conceptos —por medio de aproximaciones sucesivas, correcciones, concreciones— riqueza de contenido y flexibilidad; diría, incluso, hasta cierta suculencia que en cierta medida los aproxima al fenómeno viviente. No hay un capitalismo en general, sino un capitalismo dado, en una etapa dada de desarrollo. No hay Estado obrero en general, sino un Estado obrero dado, en un país atrasado, dentro de un cerco capitalista, etcétera.

Con respecto al pensamiento vulgar, el pensamiento dialéctico está en la misma relación que una película cinematográfica con una fotografía inmóvil. La película no invalida la fotografía inmóvil, sino que combina una serie de ellas de acuerdo a las leyes del movimiento. La dialéc-

tica no niega el silogismo, sino que nos enseña a combinar los silogismos en forma tal que nos lleve a una comprensión más certera de la realidad eternamente cambiante. Hegel en su *Lógica* estableció una serie de leyes: cambio de cantidad en calidad, desarrollo a través de las contradicciones, conflictos entre el contenido y la forma, interrupción de la continuidad, cambio de posibilidad en inevitabilidad, etc., que son tan importantes para el pensamiento teórico como el silogismo simple para las tareas más elementales.

Hegel escribió antes que Darwin y antes que Marx. Gracias al poderoso impulso dado al pensamiento por la Revolución Francesa, Hegel anticipó el movimiento general de la ciencia. Pero porque era solamente una *anticipación*, aunque hecha por un genio, recibió de Hegel un carácter idealista. Hegel operaba con sombras ideológicas como realidad final. Marx demostró que el movimiento de estas sombras ideológicas no reflejaban otra cosa que el movimiento de cuerpos materiales.

Llamamos materialista a nuestra dialéctica porque sus raíces no están en el cielo ni en las profundidades del "libre albedrío", sino en la realidad objetiva, en la naturaleza. Lo conciente surgió de lo inconciente, la psicología de la fisiología, el mundo orgánico del inorgánico, el sistema solar de la nebulosa. En todos los jalones de esta escala de desarrollo, los cambios cuantitativos se transformaron en cualitativos. Nuestro pensamiento, incluso el pensamiento dialéctico, es solamente una de las formas de expresión de la materia cambiante. En este sistema no hay lugar para Dios, ni para el Diablo, ni para el alma inmortal ni para leyes y normas morales eternas. La dialéctica del pensamiento, habiendo surgido de la dialéctica de la naturaleza, posee en consecuencia un carácter profundamente materialista.

El darwinismo, que explicó la evolución de las especies a través del tránsito, de las transformaciones cuantitativas en cualitativas, fué el más alto triunfo de la dialéctica en el campo de la materia orgánica. Otro gran triunfo fué el descubrimiento de la tabla de pesos atómi-

cos de elementos químicos, y posteriormente, la transformación de un elemento en otro.

A estas transformaciones (de especies, elementos, etcétera) está estrechamente ligada la cuestión de la clasificación, de pareja importancia en las ciencias naturales y en las sociales. El sistema de Linneo (siglo XVIII), que utilizaba como punto de partida la inmutabilidad de las especies, se limitaba a la descripción y clasificación de las plantas de acuerdo a sus características exteriores. El período infantil de la botánica es análogo al período infantil de la lógica, ya que las formas de nuestro pensamiento se desarrollan como todo lo que vive. Únicamente el repudio definitivo de la idea de especies fijas, únicamente el estudio de la historia de la evolución de las plantas y de su anatomía, preparó las bases para una clasificación realmente científica.

Marx, que a diferencia de Darwin era un dialéctico conciente, descubrió una base para la clasificación científica de las sociedades humanas, en el desarrollo de sus fuerzas productivas y en la estructura de las formas de la propiedad, que constituyen la anatomía social. El marxismo sustituye por una clasificación dialéctica materialista la clasificación vulgarmente descriptiva que aún sigue floreciendo en las universidades. Únicamente mediante el uso del método de Marx es posible determinar correctamente tanto el concepto de lo que es un Estado obrero como el momento de su caída.

Todo ésto, como vemos, no contiene nada de "metafísica" o de "escolástico", como afirma la infatuada ignorancia. La lógica dialéctica expresa las leyes del movimiento dentro del pensamiento científico contemporáneo. La lucha contra la dialéctica materialista expresa por el contrario un pasado distante, el conservatismo de la pequeña burguesía, la autosuficiencia de los rutinarios universitarios y... un destello de esperanza por un más allá.

LA NATURALEZA DE LA U.R.S.S.

La definición de la U.R.S.S. dada por el camarada Burnham —“ni Estado obrero ni Estado burgués”— es puramente negativa, se separa de la cadena del desarrollo histórico. Oscila en suspenso por los aires, carece de toda partícula de sociología y representa, sencillamente, la capitulación teórica del pragmatista ante un fenómeno histórico *contradictorio*.

Si Burnham fuera un materialista dialéctico, hubiera tenido que demostrar las siguientes tres cuestiones: 1) ¿Cuál es el origen histórico de la U.R.S.S.? 2) ¿Qué cambios ha sufrido este Estado durante su existencia? 3) ¿Pasaron estos cambios de la etapa cuantitativa a la cualitativa? Es decir: ¿crearon una dominación históricamente necesaria por parte de una nueva clase explotadora? Al contestar estas preguntas Burnham se hubiera visto obligado a extraer la única conclusión posible: la U.R.S.S. es todavía un Estado obrero degenerado.

La dialéctica no es una mágica llave para todas las cuestiones. No reemplaza el análisis científico concreto, sino que dirige este análisis por una senda correcta, poniéndolo a resguardo de los extravíos estériles en el desierto del subjetivismo y del escolasticismo.

Bruno R. ubica a los regímenes fascistas y soviético en una misma categoría de “colectivismo burocrático”, por el hecho de que la U.R.S.S., Italia y Alemania están gobernadas por burocracias; aquí y allá se siguen los principios de la planificación; en un caso se liquida la propiedad privada, en el otro se la limita, etc. De este modo, sobre la base de una *relativa* similitud de *ciertas* características exteriores, de *distinto* origen, de *distinto* peso específico, y de *distinta* significación de clases, se establece una *identidad* fundamental de regímenes sociales, completamente de acuerdo con el espíritu de los profesores burgueses que establecen categorías de “economía controlada”, “estado centralizado”, sin tener en cuenta para nada la naturaleza de clase de unos y otros. Bruno R. y sus continuadores o semicontinuadores, como Burnham,

permanecen en el mejor de los casos en la esfera de las clasificaciones sociales al nivel de Linneo, en cuya justificación sería necesario destacar, sin embargo, que vivió antes de Hegel, Darwin y Marx.

Peores aún y más peligrosos tal vez son aquellos eclécticos que expresan la idea de que el carácter de clase del Estado soviético “no interesa” y que la dirección de nuestra política debe estar determinada por “el carácter de la guerra”. Como si la guerra fuera una substancia independiente supersocial; como si el carácter de la guerra no estuviera determinado por el carácter de la clase dirigente, es decir, por el mismo factor social que determina también el carácter del Estado. ¡Es asombroso con qué facilidad algunos camaradas olvidan el A B C del marxismo bajo los golpes de los acontecimientos!

No es de sorprender que los teóricos de la oposición que rechazan el pensamiento dialéctico capitulen tan lamentablemente ante la naturaleza contradictoria de la U.R.S.S. Sin embargo, la contradicción entre las bases sociales sentadas por la revolución y el carácter de la casta surgida de la degeneración de la revolución es no solamente un hecho histórico irrevocable, sino también una fuerza motriz. En nuestra lucha por el derrocamiento de la burocracia nos basamos sobre esta contradicción. Entre tanto, algunos ultraizquierdistas han llegado al absurdo final al afirmar que es necesario sacrificar la estructura social de la U.R.S.S. a fin de destruir la oligarquía bonapartista. No tienen la menor sospecha de que la U.R.S.S. sin la estructura social creada por la Revolución de Octubre, sería un régimen fascista.

EVOLUCION Y DIALECTICA

Probablemente el camarada Burnham protestará diciendo que como evolucionista no está menos interesado en el desarrollo de la sociedad y de las formas estatales, que nosotros los dialécticos. No discutiremos ésto. Toda persona culta, desde Darwin, se ha calificado a sí misma de “evolucionista”. Pero un verdadero evolucionista debe

aplicar la idea de la evolución a sus propias formas de pensamiento. La lógica elemental, fundada en el período en que la idea misma de la evolución aún no existía, es evidentemente insuficiente para el análisis de los procesos evolutivos. La lógica de Hegel es la lógica de la evolución. Sólo que no debe olvidarse que el concepto mismo de "evolución" ha sido completamente corrompido y castrado por los profesores universitarios y escritores liberales que con ello se refieren al "progreso" pacífico. Quienquiera que haya llegado a entender que la evolución se desarrolla a través de la lucha de fuerzas antagónicas; que una lenta acumulación de cambios hace estallar en determinado momento la vieja caparazón produciendo una catástrofe, una revolución; quienquiera que haya aprendido finalmente a aplicar las leyes generales de la evolución al pensamiento mismo, es un dialéctico que se diferencia del evolucionista vulgar. El entrenamiento dialéctico de la mente —tan necesario para un luchador revolucionario— como la ejercitación de los dedos para un pianista— exige que todo problema sea tratado como *proceso* y no como *categoría inmóvil*. En cambio, el evolucionista vulgar se limita generalmente a reconocer la evolución sólo en ciertas esferas, y se contenta en todas las demás cuestiones con las banalidades del "sentido común".

El liberal norteamericano que se reconcilió con la existencia de la U.R.S.S. —más precisamente de la burocracia de Moscú— cree, o al menos creía hasta el pacto ruso-germano, que el régimen soviético en su conjunto es "algo progresivo", que los rasgos repugnantes de la burocracia ("¡naturalmente existen!") irán borrándose progresivamente, y que el "progreso" pacífico e incruento está por consiguiente asegurado.

El izquierdista pequeñoburgués vulgar se asemeja al "progresista" liberal, en que toma a la U.R.S.S. como un todo, sin comprender su dinámica interior y sus contradicciones. Cuando Stalin celebró una alianza con Hitler, invadió Polonia y ahora Finlandia, los izquierdistas vulgares triunfaron: ¡la identidad de métodos entre el stalinismo y el fascismo quedaba demostrada! Sin embargo,

se vieron en dificultades cuando las nuevas autoridades invitaron a la población a expropiar a los terratenientes y capitalistas. ¡No habían previsto para nada esa posibilidad! Entre tanto, las medidas revolucionarias socialistas, realizadas por medios burocrático-militares, no solamente no perturbaron *nuestra* definición dialéctica de la U.R.S.S. como Estado obrero degenerado, sino que la confirmaron de la manera más incontrovertible. En lugar de utilizar este triunfo del análisis marxista para perseverar en la agitación, los opositores pequeños burgueses comenzaron a gritar con criminal ligereza que los acontecimientos habían refutado nuestro diagnóstico, que nuestras viejas fórmulas ya no eran aplicables, que eran necesarias nuevas palabras. ¿Qué palabras? Ellos aún no se han decidido.

DEFENSA DE LA U.R.S.S.

Comenzamos con la filosofía y pasamos luego a la sociología. Ha quedado demostrado que en ambas esferas, de las dos personalidades dirigentes de la oposición, una tomó una postura anti-marxista y la otra una postura ecléctica. Si consideramos ahora la política, particularmente la cuestión de la U.R.S.S., veremos cuán grandes sorpresas nos aguardan.

La oposición descubrió que nuestra fórmula de "defensa incondicional de la U.R.S.S.", la fórmula de nuestro programa, es "vaga, abstracta y pasada de moda (¡?)". Desgraciadamente ellos no explican bajo qué futuras "condiciones" están dispuestos a defender las conquistas de la revolución. A fin de dar por lo menos un gramo de sentido a su nueva fórmula la oposición trata de presentar las cosas como si hasta ahora hubiéramos defendido "incondicionalmente" la política internacional del gobierno del Kremlin con su Ejército Rojo y su G.P.U. ¡Se pone todo al revés! En realidad, desde hace mucho tiempo que no defendemos la política del Kremlin, ni siquiera en forma condicional, particularmente desde el día en que proclamamos abiertamente la necesidad de abatir a la

o'igarquía del Kremlin mediante una insurrección. Una política equivocada no sólo mutila las tareas corrientes, sino que obliga también a presentar el propio pasado iluminado por una luz falsa.

En el artículo arriba citado de *The New International*, Burnham y Shachtman calificaron correctamente al grupo de intelectuales desilusionados, con el rótulo de "La Liga de las Esperanzas Abandonadas", e insistentemente preguntaban cuál sería la posición de esta lamentable Liga en caso de conflicto militar entre un país capitalista y la Unión Soviética. "Aprovechamos esta ocasión —escribían— para exigir de Hook, Eastman y Lyons una declaración *sin ambigüedades* sobre la cuestión de la defensa de la Unión Soviética ante un ataque de Hitler o Japón... o si viene al caso, de Inglaterra..."

Burnham y Shachtman no establecían ninguna "condición", no especificaban ninguna clase de circunstancias "concretas" y al mismo tiempo exigían una respuesta "sin ambigüedades". "...¿Se abstendrá también la Liga (de las Esperanzas Abandonadas) de tomar posición o se declarará neutral?", continuaban. "En una palabra, ¿está por la defensa de la Unión Soviética ante un ataque imperialista, *sin tener en cuenta el régimen stalinista y a pesar de él?*" (Subrayado por mí). ¡Una cita maravillosa! Y eso es exactamente lo que declara nuestro programa. En enero de 1939 Burnham y Shachtman estaban a favor de la defensa incondicional de la Unión Soviética y definieron correctamente el sentido de la defensa incondicional "sin tener en cuenta y a pesar del régimen stalinista". Agreguemos que este artículo fué escrito cuando la experiencia de la revolución española había llegado a su culminación. El camarada Cannon está absolutamente en lo cierto cuando dice que el rol del stalinismo en España fué incomparablemente más criminal que en Polonia o Finlandia. En el primer caso, la burocracia estranguló una revolución socialista empleando métodos de verdugo. En el segundo caso, dió impulso a una revolución socialista empleando métodos burocráticos. ¿Por qué Burnham y Shachtman pasaron tan inesperadamente a la posición de

la "Liga de las Esperanzas Abandonadas"? ¿Por qué? No podemos considerar como una explicación las superabstractas referencias que Shachtman hace de la "concreción de los acontecimientos". Sin embargo, no es difícil hallar una explicación. La participación del Kremlin en el campo republicano español fué anoyada por los demócratas burgueses de todo el mundo. La labor de Stalin en Polonia y Finlandia recibe la franca condenación de estos mismos demócratas. A pesar de todas sus ruidosas fórmulas, la oposición aparece como un reflejo dentro del Partido de los Obreros Socialistas, de los sentimientos de la pequeña burguesía "izquierdista". Este hecho es, desgraciadamente, indiscutible.

"Nuestros sujetos", escribían Burnham y Shachtman al referirse a la "Liga de Esperanzas Abandonadas", "se enorgullecen en alto grado al creer que están contribuyendo con algo "fresco", que están haciendo revaloraciones a la luz de nuevas experiencias" que "no son dogmáticos" ("conservadores"?—L. T.) que rechazan reencaminar sus "presunciones básicas", etc. ¡Qué patético autoengaño! Ninguno de ellos ha traído a luz ningún hecho nuevo ni ha proporcionado ninguna nueva comprensión del presente o del futuro. ¡Asombrosa cita! ¡No podríamos agregar un nuevo capítulo al artículo "Intelectuales en Retirada"? Le ofrezco mi colaboración al camarada Shachtman...

¿Cómo es posible que destacados individuos como Burnham y Shachtman, dedicados incondicionalmente a la causa del proletariado, teman a los nada temibles caballeros de la Liga de Esperanzas Abandonadas? En el plano puramente teórico, la explicación, en lo que respecta a Burnham, radica en su método incorrecto; en lo que respecta a Shachtman, en su desprecio por el método. Un método correcto no sólo facilita la obtención de conclusiones correctas, sino que al ligar cada nueva conclusión con las precedentes, en una cadena ininterrumpida, los fija en nuestra memoria. Si las conclusiones políticas se formulan empíricamente, entonces el sistema político marxista se ve invariablemente reemplazado por el im-

presionismo —característico de los intelectuales pequeño-burgueses. Cada nuevo viraje de los acontecimientos toma de sorpresa al “empírico impresionista”, lo obliga a olvidar lo que él mismo escribió ayer y le produce un ardiente deseo de encontrar nuevas fórmulas aun antes de que nuevas ideas aparezcan en su cabeza.

LA GUERRA SOVIETICO-FINLANDESA

El documento de la oposición sobre la guerra soviético-finlandesa tal vez con ligeros cambios podrían suscribirlo los Bordiguistas, Vereecken, Sneevliet, Fenner Brockway, Marceau Pivert y otros, pero en ningún caso los Bolcheviques-Leninistas.

Basándose exclusivamente en los rasgos de la burocracia soviética y en el mero hecho de la “invasión”, la resolución carece del más mínimo contenido social.

Pone a Finlandia y a la U.R.S.S. en un mismo nivel, e inequívocamente “condena, rechaza y se opone a ambos gobiernos y a sus ejércitos”. Advirtiendo, sin embargo, que algo no marcha bien, la resolución agrega inesperadamente y sin relación alguna con el texto: “al aplicar (!) esta perspectiva, la Cuarta Internacional tendrá en cuenta (!) naturalmente (cuán maravilloso es éste “naturalmente”), las diferentes relaciones económicas de Finlandia y de Rusia”. Cada palabra es una perla. Por circunstancias “concretas” nuestros amantes de lo “concreto” entienden referirse a la situación militar, a los sentimientos de las masas y en tercer lugar a regímenes económicos opuestos. En cuanto a cómo se “tendrán en cuenta” estas tres circunstancias “concretas”, la resolución no nos da el menor indicio.

Si la oposición se opone por igual a “ambos gobiernos y a sus ejércitos” en relación a esta guerra, como “tendrá en cuenta” las diferencias en la situación militar y en los regímenes sociales? Verdaderamente, no hay aquí nada de comprensible.

Con el objeto de castigar a los stalinistas por sus crímenes indiscutibles, la resolución, siguiendo a los de-

mócratas pequeño-burgueses de todo pelaje, no dice una sola palabra sobre el hecho de que el Ejército Rojo expropia en Finlandia a los grandes terratenientes e introduce el control obrero, mientras prepara la expropiación de los capitalistas.

Mañana los stalinistas estrangularán a los obreros finlandeses, pero ahora están dando —están obligados a darlo— un tremendo impulso a la lucha de clases en su forma más aguda. Los jefes de la oposición construyen su política no sobre el proceso “concreto” que se realiza en Finlandia, sino sobre abstracciones democráticas y nobles sentimientos.

Aparentemente la guerra soviético-finlandesa comienza a verse complementada con una guerra civil en la que el Ejército Rojo se encuentra en esta etapa en el mismo campo que los pequeños campesinos y los obreros finlandeses, mientras el ejército finlandés goza del apoyo de las clases poseedoras, de la conservadora burocracia obrera y de los imperialistas anglo-sajones. Las esperanzas que el Ejército Rojo despierta entre las clases bajas de Finlandia, demostrará ser, a menos que intervenga la revolución internacional, una ilusión. Poco durará la colaboración del Ejército Rojo con dichas clases. Se dará prisa al Kremlin para volver sus armas contra los obreros y campesinos finlandeses. Todo esto ya lo sabemos y lo decimos abiertamente como advertencia. Pero en esta guerra civil “concreta” que tiene lugar en Finlandia, ¿qué posición “concreta” deben tomar los militantes “concretos” de la IV Internacional? Si ellos lucharon en España en el campo republicano, a pesar del hecho de que los stalinistas estaban estrangulando la revolución socialista, tanto más deben participar en Finlandia en el campo donde los stalinistas están obligados a apoyar la expropiación de los capitalistas.

Nuestros innovadores tapan las brechas de sus posiciones con frases violentas. Califican de “imperialista” a la política de la U.R.S.S. ¡Vasto enriquecimiento de las ciencias! De hoy en adelante, tanto la política exterior del capital financiero como la política que exter-

mina al capital financiero se llamará imperialismo. Esto ayudará significativamente a la clarificación de la clase obrera! ¡Pero el Kremlin —gritará, por ejemplo el muy apresurado Stanley— apoya simultáneamente la política del capital financiero en Alemania! Esta objeción se basa en la sustitución de un problema por otro, en la disolución de lo concreto en lo abstracto (el error común del pensamiento vulgar).

Si mañana Hitler se viera obligado a enviar armas a los hindúes insurreccionados, ¿deben oponerse los obreros revolucionarios alemanes a esta acción concreta, por medio de huelgas o de sabotaje? De ninguna manera. Deben esforzarse porque los insurrectos reciban las armas lo más pronto posible. Esperamos que esto sea claro para Stanley. Pero el ejemplo es puramente hipotético. Lo usamos para demostrar que hasta un gobierno fascista del capital financiero puede en ciertas condiciones, verse obligado a apoyar un movimiento nacional revolucionario (que tratará de estrangular al día siguiente). Hitler, nunca y bajo ninguna circunstancia, apoyaría una revolución proletaria en Francia, por ejemplo. Pero el Kremlin se ve actualmente obligado —y ésta no es una situación hipotética sino real— a provocar un movimiento revolucionario socialista en Finlandia (que tratará de estrangular políticamente mañana). Cubrir un movimiento revolucionario socialista con el término general de imperialismo por el simple hecho de que es provocado, mutilado y al mismo tiempo, estrangulado por el Kremlin, no significa otra cosa que la propia indigencia teórica y política.

Es necesario agregar que la extensión del concepto de "imperialismo" hasta carece de la atracción de la novedad. Actualmente, no sólo los "demócratas" sino también la burguesía de los países democráticos califican de imperialista la política soviética. El objeto de la burguesía es evidente: velar las contradicciones sociales entre la expansión capitalista y la soviética; ocultar el problema de la propiedad y ayudar en esta forma al verdadero imperialismo. ¿Cuál es el objetivo de Schachtman y los

otros? Ellos mismos no lo saben. Sus novedades terminológicas los alejan objetivamente de la terminología marxista de la IV Internacional y los acerca a la terminología de los "demócratas". Esta circunstancia —¡ay!— certifica nuevamente la aguda sensibilidad de la oposición ante la presión de la opinión pública pequeño-burguesa.

"LA CUESTION ORGANIZATIVA"

En las filas de la oposición se oye cada vez más frecuentemente: "la cuestión rusa no es de importancia decisiva; la tarea más importante consiste en cambiar el régimen del partido". Cambio de régimen, hay que entenderlo así, significa cambio de dirección, o más precisamente, la eliminación de Cannon y de sus colaboradores más cercanos de los puestos dirigentes. Esas voces clamorosas demuestran que la tendencia hacia una lucha contra la "fracción de Cannon" precedió a esa "concreción de los acontecimientos" a la que se refieren Schachtman y otros cuando explican su cambio de posición. Al mismo tiempo, estas voces nos recuerdan toda una serie de grupos opositores del pasado, que combatieron en distintas ocasiones; y que, cuando la base de principios comenzó a temblar bajo sus pies, pasaron a la llamada "cuestión organizativa" —el caso fué idéntico en los ejemplos de Mounier, Sneevliet, Vereecken y de muchos otros. Por desagradables que sean estos precedentes, es imposible dejarlos de lado.

Sería incorrecto, sin embargo, creer que el deslizamiento de la lucha a la "cuestión organizativa" representa una simple "maniobra" en la lucha fraccional. No; los sentimientos interiores de la oposición les dice en realidad, aunque confusamente, que la cuestión se refiere no solamente al "problema ruso" sino más bien a todo el tratamiento del problema político en general, incluso, también, al de los métodos de formación del partido.

Y ésto, en cierto sentido, es exacto. También nosotros hemos intentado demostrar más arriba que la cuestión discutida no es sólo el problema ruso, sino más bien

el método de pensamiento de la oposición, que tiene raíces sociales. La oposición está bajo la influencia de las tendencias y del estado de ánimo de la pequeña burguesía. Esta es la esencia general del problema.

Vimos claramente la influencia ideológica de otra clase en los ejemplos de Burnham (pragmatismo) y de Shachtman (eclecticismo). No tomamos en cuenta a otros dirigentes como el camarada Abern, porque él generalmente no participa en discusiones de principio, limitándose al plano "organizativo". Esto no quiere decir, sin embargo, que Abern no tenga importancia. Por el contrario, puede decirse que Burnham y Shachtman son aficionados a la oposición mientras que Abern es el profesional indiscutido. Abern, y sólo él, tiene su propio grupo tradicional que surgió del viejo Partido Comunista y se organizó durante el primer período de existencia independiente de la "Oposición de Izquierda". Todos los que tuvieron distintas razones para criticar o manifestar su descontento se aferraron a este grupo.

Toda lucha fraccional sería dentro de un partido, es siempre, en última instancia, un reflejo de la lucha de clases. La fracción de la mayoría estableció desde el principio la dependencia ideológica de la oposición ante la democracia pequeño-burguesa. La oposición, por el contrario, precisamente por su carácter pequeño burgués, ni siquiera intenta buscar las raíces sociales del campo hostil.

La oposición inició una dura lucha fraccional que está paralizando al partido en un momento muy crítico. Para que esta lucha pueda justificarse y no ser severamente condenada, es necesario que existan razones muy serias y profundas. Para un marxista, estas razones sólo pueden tener un *carácter de clase*. Antes de comenzar su áspera lucha, los jefes de la oposición estaban obligados a formularse esta pregunta: ¿que influencia de clase, ajena al proletariado, se refleja en la mayoría del Comité Nacional? Pero la oposición no ha hecho la más mínima tentativa de establecer una valoración clasista de las divergencias. Ve únicamente "conservatismo", "errores", "malos métodos" y similares deficiencias psicológicas, in-

dividuales y técnicas. A la oposición no le interesa la naturaleza de clase de la U.R.S.S. Este solo hecho basta para demostrar su fisonomía pequeño-burguesa, su tono académico y pedante, su impresionismo periodístico.

A fin de comprender qué capas o clases se reflejan en el conflicto fraccional, es necesario estudiar históricamente la lucha de ambas fracciones. Aquellos miembros de la oposición que afirman que la actual lucha no tiene "nada de común" con las viejas luchas fraccionales, una vez más demuestran su actitud superficial hacia la vida del propio partido. El núcleo fundamental de la oposición es el mismo que se agrupó hace tres años alrededor de Muste y Spector. El núcleo fundamental de la mayoría es el mismo que se agrupó alrededor de Cannon. De las figuras dirigentes, únicamente Shachtman y Burnham se han pasado de un campo al otro. Pero estos cambios personales, por importantes que sean, no modifica el carácter general de los dos grupos. No haré aquí el proceso histórico de la lucha fraccional. Remito al lector al excelente artículo, en todos sus aspectos, de José Hansen, titulado "Métodos organizativos y principios políticos".

Si abstraemos todo lo accidental, personal o episódico, si reducimos los actuales grupos en lucha a sus tipos políticos fundamentales, vemos entonces sin ninguna duda que la lucha del camarada Abern contra el camarada Cannon ha sido la más consistente. En esta lucha, Abern representa al grupo de propaganda, pequeño burgués en su composición social, unido por viejas ataduras personales y teniendo casi el carácter de una familia. Cannon representa al partido proletario en proceso de formación. El derecho histórico en esta lucha —independientemente de las equivocaciones y errores que puedan haberse cometido— está completamente de parte de Cannon.

Cuando los representantes de la oposición empezaron a gritar que "la dirección está en crisis", que "los diagnósticos han demostrado ser incorrectos", que "los acontecimientos nos han tomado de sorpresa", que "es necesario cambiar nuestras consignas", todo ello sin esforzarse en lo más mínimo por pensar seriamente las

cosas revelaron ser, en lo fundamental, derrotistas partidarios. Esta actitud lamentable se explicaba por la irritación y el miedo del viejo círculo de propaganda ante las nuevas tareas y las nuevas relaciones partidarias. El sentimentalismo de las ataduras personales no quiere someterse al sentido del deber y de la disciplina. La tarea que ante sí tiene el partido, consiste en romper las viejas ataduras de camarilla e integrar a los mejores elementos del pasado propagandístico en el partido proletario. Es necesario desarrollar un espíritu tal de patriotismo partidario que nadie se atreva decir: "Lo importante no es la cuestión rusa, sino que nos sentimos mejor y más cómodos bajo la dirección de Abern que bajo la dirección de Cannon".

Yo personalmente no he llegado ayer a esta conclusión. Lo he expresado decenas y centenares de veces, en conversaciones sostenidas con miembros del grupo de Abern. Invariablemente destaqué la composición pequeño burguesa de este grupo. Repetida e insistentemente propuse transferir de la categoría de afiliados a la de simpatizantes a aquellos compañeros de ruta pequeño burgueses que se habían demostrado incapaces de reclutar obreros para el partido. Cartas privadas, conversaciones y advertencias, los acontecimientos lo han demostrado, no condujeron a nada —la gente difícilmente aprende de la experiencia ajena. El antagonismo entre las dos capas del partido y los dos periodos de su desarrollo, emergió a la superficie y tomó el carácter de una amarga lucha irracional. No queda otra cosa que dar una opinión clara y definida, a la sección norteamericana y a toda la Internacional. "La amistad es la amistad, pero el deber es el deber", dice un proverbio ruso.

Podría plantearse la siguiente pregunta: ¿Si la oposición constituye una tendencia pequeño-burguesa, significa ésto que es imposible conseguir posteriormente su unidad? ¿Como reconciliar entonces la tendencia pequeño-burguesa con la proletaria? Plantear así la cuestión equivale a juzgarla unilateralmente, anti-dialécticamente y por lo tanto, falsamente. En la discusión actual, la opo-

sición ha manifestado claramente sus rasgos pequeños burgueses. Pero esto no quiere decir que no tenga otras características. La mayor parte de los miembros de la oposición está profundamente ligada a la causa del proletariado y es capaz de aprender. Ligada actualmente a un medio pequeño-burgués puede ligarse mañana al proletariado. Los inconsistentes influenciados por la experiencia, pueden tornarse más consistentes. Cuando el partido abarque a miles de obreros, hasta los fraccionistas profesionales podrán reeducarse en el espíritu de la disciplina partidaria. Es necesario darles tiempo para eso. Por ello la proposición del camarada Cannon de mantener la discusión libre de toda amenaza de separaciones, expulsiones, etc., era adecuada y absolutamente correcta.

Sin embargo, no es menos indiscutible que si el partido en su conjunto toma por el camino de la oposición, puede quedar completamente destruido. La actual oposición es incapaz de dar al partido una dirección marxista. La mayoría del actual Comité Nacional expresa más profunda, seria y consistentemente las tareas proletarias del partido que la minoría. Precisamente por esto, la mayoría no puede tener el menor interés en derivar la lucha hacia la escisión —las ideas correctas triunfarán. Tampoco pueden desear la ruina los elementos sanos de la oposición —la experiencia del pasado demuestra muy claramente que cuanto grupo improvisado hubo que se separara de la Cuarta Internacional se vió condenado a la esterilidad y a la descomposición. Por eso podemos encarar el próximo congreso partidario sin ningún temor. El rechazará las novedades anti-marxistas de la oposición y garantizará la unidad del partido.

15 de diciembre de 1939.

CARTA ABIERTA AL CAMARADA BURNHAM

Estimado camarada:

Ud. ha reaccionado con respecto a mi artículo sobre la oposición pequeño-burguesa, según se me ha informado, diciendo que no intentaría discutir sobre dialéctica conmigo y que solamente discutiría las "cuestiones concretas". "Ya he dejado hace mucho tiempo de discutir sobre religión", habría agregado irónicamente. Por mi parte, escuché ya una vez de Max Eastman pregonar ese mismo sentimiento.

¿ES LOGICO IDENTIFICAR LA LOGICA CON LA RELIGION?

Tal como lo entiendo, vuestras palabras implican que la dialéctica de Marx, Engels y Lenin pertenece a la esfera de la religión. ¿Qué significa esta afirmación? La dialéctica, permítamelo recordárselo una vez más, es la *lógica de la evolución*. Así como una fábrica suministra herramientas para todos los departamentos de la misma, así la lógica es indispensable para todas las esferas del conocimiento humano. Si Ud. no considera a la lógica en general como un prejuicio religioso (lamento decirlo, pero los escritos contradictorios de la oposición se inclinan cada vez más hacia esta lamentable idea), entonces, ¿qué lógica acepta usted? Yo conozco dos sistemas de lógica dignos de atención: la lógica de Aristóteles (lógica formal) y la lógica de Hegel (dialéctica). La lógica aristotélica toma como punto de partida a los fenómenos y

objetos como inmutables. El pensamiento científico de nuestra época estudia todos los fenómenos en su origen, cambio y desintegración. ¿Sostiene Ud. que el progreso de las ciencias, incluso del darwinismo, el marxismo, la química y la física modernas, etc., no ha influido en nada las formas de nuestro pensamiento? En otras palabras: ¿sostiene Ud. que en un mundo donde todo cambia, únicamente el silogismo permanece eterno e inmutable? El Evangelio de acuerdo a San Juan comienza con las siguientes palabras: "Al comienzo fué la palabra", es decir, en el comienzo fué la razón o la palabra (razón expresada por la palabra, es decir, el silogismo). Para San Juan el silogismo es uno de los pseudónimos literarios de Dios.

Si se considera que el silogismo es inmutable, es decir, que no tiene origen ni desarrollo, significa entonces que él es producto de la revelación divina. Pero si reconocéis que las formas lógicas de nuestro pensamiento se desarrollan en el proceso de nuestra adaptación a la naturaleza, entonces tened a bien informarnos quién analizó y sistematizó el subsiguiente progreso de la lógica después de Aristóteles. Hasta tanto no nos clarifique Ud. este punto, me tomaré la libertad de afirmar que identificar la lógica (la dialéctica) con la religión revela profunda ignorancia y superficialidad en las cuestiones básicas del pensamiento humano. *¿No están obligados los revolucionarios a luchar contra la religión?*

Supongamos, sin embargo, que vuestra más que presuntuosa insinuación, sea correcta. Pero ésto no mejora las cosas en vuestro favor. La religión, espero que estará Ud. de acuerdo, desvía la atención del conocimiento real al ficticio, de la lucha por una vida mejor a falsas esperanzas de recompensa en un más allá. La religión es el opio del pueblo. Quien sea incapaz de luchar contra la religión es indigno de llevar el nombre de revolucionario. ¿Con qué razones puede Ud. entonces justificar su rechazo a luchar contra la dialéctica si la considera una variedad de religión?

Ud. dice que hace mucho tiempo que dejó de ocupar-

se de la religión. Pero Ud. dejó de preocuparse *para Ud. solo*. Además de Ud., existen todos los demás. Que no son pocos. Nosotros, los revolucionarios, nunca "dejamos" de preocuparnos por las cuestiones religiosas dado que nuestra tarea no consiste en emanciparnos nosotros mismos de la influencia de la religión, sino también a las masas. Si la dialéctica es una religión, ¿cómo es posible renunciar a la lucha contra este opio dentro del propio partido?

¿O tal vez Ud. intentó decir que la religión no tiene importancia política? ¿Es posible ser religioso y al mismo tiempo un luchador revolucionario, un comunista firme? Difícilmente aventuraría Ud. una afirmación tan temeraria. Naturalmente, mantenemos la actitud más considerada hacia los preincios religiosos de un obrero atrasado. Si él quiere luchar por nuestro programa, lo aceptaremos como miembro del partido: pero al mismo tiempo, nuestro partido lo educará persistentemente en el espíritu del materialismo y del ateísmo. Si Ud. está de acuerdo con esto, ¿cómo puede rehusar la lucha contra una "religión" sostenida, por lo que sé, por la abrumadora mayoría de los miembros de su propio partido que se interesan por las cuestiones teóricas? Evidentemente, Ud. ha pasado por alto este importantísimo aspecto de la cuestión.

Hay no pocos hurgueses cultos que han roto personalmente con la religión, pero cuyo ateísmo es únicamente para su propio consumo privado: se hacen para sí esos razonamientos, pero en público sostienen a menudo que es conveniente que el pueblo tenga una religión. ¿Será posible que Ud. sostenga esa posición con respecto a su propio partido? ¿Será posible que sea ésa la explicación de su rechazo a discutir con nosotros las bases filosóficas del marxismo? Si ése es el caso, bajo su desdén por la dialéctica se percibe una nota de desprecio por el partido.

Por favor, no haga la objeción de que me he basado sobre una frase pronunciada por Ud. en conversaciones privadas y que Ud. no busca discutir públicamente al ma-

terialismo dialéctico. Esto no es cierto. Vuestra frase intencionada sirve solamente de ilustración. Siempre que Ud. ha tenido ocasión, ha proclamado por distintas razones su actitud negativa hacia la doctrina que constituye la base teórica de nuestro programa. Esto lo saben todos los miembros del partido. En el artículo "Intelectuales en retirada", escrito por Ud. en colaboración con Shachtman y publicado en el órgano teórico del partido, se afirma categóricamente que Ud. rechaza el materialismo. ¿No tiene derecho el partido, después de todo, a saber por qué? Ud. cree realmente que en la Cuarta Internacional el director de una revista teórica puede reducirse a una escueta declaración: "Yo rechazo decididamente el materialismo dialéctico", como si fuera cuestión de un cigarrillo ofrecido: "Gracias, no fumo". La cuestión de la doctrina filosófica correcta, es decir, del método correcto de pensamiento, es de decisiva significación para un partido revolucionario tal como una buena maquinaria es de decisiva significación para la producción. Todavía es posible defender a la vieja sociedad con los métodos materiales e intelectuales heredados del pasado. Es absolutamente inconcebible que la vieja sociedad pueda ser destruída y construirse una nueva sin analizar antes críticamente los métodos corrientes. Si el partido se equivoca en los fundamentos mismos de su pensamiento, su deber más elemental consiste en señalar el camino correcto. De otra manera su conducta se interpretará inevitablemente como la actitud desdeñosa del académico hacia la organización proletaria que, después de todo, es incapaz de comprender una doctrina realmente "científica". ¿Podría haber algo peor que esto?

EJEMPLOS ILUSTRATIVOS

Quienquiera que conozca la historia de las luchas de las tendencias dentro de los partidos obreros sabe que las deserciones al campo del oportunismo y aun al campo de la reacción burguesa comenzaron muy frecuentemente con el rechazo de la dialéctica. Los intelectuales

pequeños burgueses consideran la dialéctica como el punto más vulnerable del marxismo y al mismo tiempo, sacan ventaja del hecho de que a los obreros les resulta más difícil verificar las diferencias en el plano filosófico que en el político. Este hecho, de hace mucho conocido, está demostrado por copiosas experiencias. Además, es imposible desconocer un hecho aún más importante, y es que los más grandes y destacados revolucionarios —sobre todo Marx, Engels, Lenin, Luxemburgo, Franz Mehring— se basaron en el materialismo dialéctico. ¿Puede suponerse que todos ellos eran incapaces de distinguir entre la ciencia y la religión? ¿No es demasiada presunción de su parte, camarada Burnham? Los ejemplos de Bernstein, Kautsky y Franz Mehring son extremadamente instructivos. Bernstein rechazó categóricamente la dialéctica por "escolástica" y "mística". Kautsky se mantuvo indiferente hacia la cuestión de la dialéctica, más o menos como el camarada Shachtman. Mehring fué un infatigable propagandista y defensor del materialismo dialéctico. Durante décadas siguió todas las innovaciones de la filosofía y de la literatura, poniendo incansablemente al descubierto la esencia reaccionaria del idealismo, del neo-kantismo, del utilitarismo, de todas las formas de misticismo, etc. El destino político de estos tres individuos es bien conocido. Bernstein terminó su vida como pulcro demócrata pequeño burgués. Kautsky, de centrista, se transformó en vulgar oportunista. En cuanto a Mehring, murió como comunista revolucionario.

En Rusia, tres marxistas académicos muy prominentes —Struve, Bulgakov y Berdiaev— comenzaron por rechazar la doctrina filosófica del marxismo y terminaron en el campo de la reacción y de la iglesia ortodoxa. En los Estados Unidos, Eastman, Sidney Hock y sus amigos utilizaron la oposición a la dialéctica como cubierta para su transformación de compañeros de ruta del proletariado en compañeros de ruta de la burguesía. Para el caso, podrían citarse ejemplos similares de otros países. El ejemplo de Plejanov, que parece una excepción, en realidad comprueba la regla.

Plejanov fué un notable propagandista del materialismo dialéctico pero durante toda su vida nunca tuvo ocasión de participar en la verdadera lucha de clases. Su pensamiento estaba divorciado de la práctica. La revolución de 1905, y posteriormente la guerra mundial, lo arrojaron al campo de la democracia pequeño burguesa y lo obligaron a renunciar, en realidad, al materialismo dialéctico. Durante la guerra mundial, Plejanov se presentó abiertamente como protagonista del imperativo categórico de Kant en la esfera de las relaciones internacionales: "No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti". El ejemplo de Plejanov sólo demuestra que el materialismo dialéctico *por sí mismo* aún no basta para hacer de un hombre un revolucionario.

Shachtman, por otra parte, arguye que Liebknecht dejó un trabajo póstumo contra el materialismo dialéctico que había escrito en la prisión. Muchas son las ideas que entran en la cabeza de una persona mientras está en la cárcel, ideas que no pueden ser examinadas mediante la discusión con otras personas. Liebknecht, a quien nadie, y mucho menos él mismo, consideraba un teórico, se transformó en un símbolo de heroísmo dentro del movimiento obrero. Si alguno de los rivales norteamericanos de la dialéctica desolegara el mismo espíritu de sacrificio y de independencia ante el patriotismo durante la guerra, le rendiríamos la consideración debida a un revolucionario. Pero con esto no quedaría resuelta la cuestión del método dialéctico.

Es imposible saber cuáles hubieran sido las conclusiones finales de Liebknecht después de puesto en libertad. En todo caso, antes de publicar su trabajo sin duda alguna se lo habría mostrado a sus amigos más competentes, es decir, a Franz Mehring y Rosa Luxemburgo. Es muy probable que por consejo de ellos hubiera arrojado sencillamente al fuego el manuscrito. Supongamos, sin embargo, que contra el consejo de personas que lo superaban completamente en el reino de la teoría, hubiera decidido publicar su trabajo. Mehring, Luxemburgo, Lenin y otros, naturalmente que no habrían pro-

puesto que se lo expulsara del partido; por el contrario, hubieran intervenido decisivamente en su apoyo si alguien hubiera hecho una proposición tan insensata. Pero al mismo tiempo habrían marcado decisivamente las diferencias que los separaban de sus errores teóricos.

La conducta del camarada Shachtman, podemos notar que es completamente distinta. "Como observaréis" —dice ¡y esto se lo enseña a la juventud!— "Plejanov, que era un destacado teórico del materialismo dialéctico, terminó en oportunista; Liebknecht era un notable revolucionario pero tenía sus dudas sobre el materialismo dialéctico". Este argumento significa, si es que tiene un significado, que el materialismo dialéctico no tiene ninguna importancia para un revolucionario. Con estos ejemplos de Liebknecht y Plejanov, artificialmente arrancados de la historia, Shachtman refuerza y "profundiza" la idea del artículo del año pasado, es decir, que la política no depende del método, dado que el método está divorciado de la política por el divino don de la inconsistencia.

Interpretando falsamente dos "excepciones", Shachtman trata de destruir la regla. Si este es el argumento de un "sostenedor" del marxismo, ¿qué podemos esperar de un adversario? La revisión del marxismo pasa aquí a su lisa y llana liquidación; más que eso, a la liquidación de toda doctrina y de todo método.

¿QUE PROPONE USTED EN SU LUGAR?

El materialismo dialéctico no es, naturalmente, una filosofía eterna e inmutable. Pensar otra cosa es contradecir el espíritu de la dialéctica. El ulterior desarrollo del pensamiento científico creará, indudablemente, una doctrina más profunda en la que el materialismo dialéctico entrará simplemente como *material de estructuración*. Sin embargo, no hay ninguna base para esperar que esta revolución filosófica se realice bajo el decadente régimen burgués, sin mencionar el hecho de que un Marx no nace todos los años ni todas las décadas. La tarea de vida o muerte del proletariado no consiste actualmente

en *interpretar* de nuevo el mundo sino en *rehacerlo* de arriba abajo. En el próximo período podemos esperar que surjan grandes revolucionarios de acción pero difícilmente un nuevo Marx. Únicamente sobre la base de una cultura socialista sentirá la humanidad la necesidad de revisar la herencia ideológica del pasado y nos superará indudablemente no sólo en el reino de la economía sino también en el de la creación intelectual. El régimen de la burocracia bonapartista de la U.R.S.S. es criminal no solamente porque crea una creciente desigualdad en todos los órdenes de vida sino también porque degrada la actividad intelectual del país al nivel de los desenfundados imbéciles de la G.P.U.

Supongamos, sin embargo, que contrariamente a nuestra suposición, el proletariado sea tan afortunado durante la actual época de guerras y revoluciones, como para producir un nuevo teórico o una nueva constelación de teóricos que superen el marxismo y que, en particular, hagan avanzar la lógica más allá de la dialéctica materialista. Va sin decirlo, que todos los obreros avanzados aprenderán de los nuevos maestros y los viejos tendrán que reeducarse de nuevo. Pero entretanto, esto sigue siendo música del futuro. ¿O me equivoco? ¿Tal vez usted llame mi atención hacia aquellos trabajos que suplantarán el sistema del materialismo dialéctico para el nuevo proletariado? Si ellos estuvieran a mano, con seguridad que no se rehusaría Ud. a conducir la lucha contra el opio de la dialéctica. Pero no existen. Mientras intenta desacreditar la filosofía del marxismo, Ud. no propone nada con qué reemplazarla.

Imagínese Ud. un joven aficionado a la física que le discuta a un cirujano que está por usar el bisturí, que la anatomía moderna, la neurología, etc., no tienen valor, que en ellas hay mucho que permanece poco claro e incompleto y que únicamente "burócratas conservadores" se pondrían a trabajar con un bisturí basándose en estas pseudo-ciencias, etc., etc. Creo que el cirujano exigiría a su irresponsable colega que abandonara la sala de operaciones. Nosotros tampoco, camarada Burnham, pode-

mos hacer baratas insinuaciones sobre la filosofía del socialismo científico. Por el contrario, ya que en el transcurso de la lucha fraccional la cuestión se ha planteado en alternativa de hierro, diremos, dirigiéndonos a todos los miembros del partido, especialmente a los jóvenes: Cuidado con la infiltración del escepticismo burgués en vuestras filas. Recordad que el socialismo contemporáneo no ha encontrado una expresión científica superior al marxismo. Tened presente que el método del socialismo científico es el materialismo dialéctico. ¡Estudiad seriamente! Estudiad a Marx, Engels, Plejanov, Lenin y Franz Mehring. Esto es cien veces más importante que el estudio de tendenciosos, estériles y frívolos tratados sobre el conservatismo de Cannon. ¡Que la actual discusión produzca al menos ese resultado positivo, que la juventud intente introducir en su mente una seria base teórica para la lucha revolucionaria!

FALSO "REALISMO" POLITICO

En su caso, sin embargo, el problema no se reduce a la dialéctica. Las observaciones en su resolución en el sentido de que Ud. no planteará ahora a la decisión del partido la cuestión de la naturaleza del Estado soviético significan en realidad, que Ud. *plantea* esta cuestión si no jurídicamente, al menos teórica y políticamente. Únicamente los niños no lo entenderían así. Esta misma declaración tiene también otro significado, mucho más violento y peligroso. Significa que Ud. divorcia la política de la sociología marxista. Sin embargo, para nosotros el nudo del problema radica precisamente allí. Si puede darse una definición correcta del Estado sin utilizar el método del materialismo dialéctico, si puede determinarse correctamente la política sin hacer un análisis de clase del Estado, surge entonces la pregunta: ¿Hay realmente alguna necesidad de que se use el marxismo?

Estando en desacuerdo entre ellos sobre la naturaleza de clase del Estado soviético, los líderes de la oposición están de acuerdo en que la política exterior del

Kremlin debe ser calificada de "imperialista" y que la U.R.S.S. no puede ser apoyada "incondicionalmente" (¡Vasta plataforma!) Cuando la "camarilla" opositora plantea en el congreso la cuestión de la naturaleza del Estado soviético (¡qué crimen!) Ud. por adelantado convendrá en... no estar de acuerdo, es decir, en votar diferentemente. Pero los ministros de Su Majestad gozan de esta ventaja: de que saben perfectamente cuál es la naturaleza de su estado y pueden permitirse el lujo de no estar de acuerdo en cuestiones secundarias. Los líderes de la oposición están situados en un plano mucho menos favorable. Se permiten el lujo de disentir en la cuestión fundamental a fin de solidarizarse en las cuestiones secundarias. Si esto es marxismo y política de principios, entonces yo no sé qué quiere decir contubernio sin principios.

Usted aparentemente parece considerar que al rehusarse a discutir el materialismo dialéctico y la naturaleza de clase del Estado soviético y al destacar las cuestiones "concretas", actúa como un político realista. Este auto-engaño es el resultado de su inadecuado conocimiento de la historia de los pasados 50 años de luchas fraccionales dentro del movimiento obrero. En toda discusión de principios, sin una sola excepción, los marxistas procuraron plantear claramente al partido los problemas fundamentales de doctrina y de programa, considerando que únicamente en esas condiciones se podía ubicar en su verdadero lugar y en sus verdaderas proporciones las cuestiones "concretas". Por el contrario, los oportunistas de toda especie, especialmente aquellos que ya han sufrido alguna derrota en el terreno de las discusiones de principios, contraponen invariablemente al análisis marxista de clase, apreciaciones "concretas" de coyuntura que formulan, como de costumbre, bajo la presión de la democracia burguesa. Aunque han transcurrido décadas de lucha fraccional, esta división de roles ha persistido. La oposición, se lo aseguro, no ha inventado nada nuevo. Continúa la tradición del revisionismo en teoría y del oportunismo en política.

A fines del siglo pasado los intentos revisionistas de Bernstein, que en Inglaterra se realizaron bajo la influencia del empirismo y utilitarismo anglo-sajón —¡la más podrida de las filosofías!— fueron despiadadamente rechazados. Después de lo cual, los oportunistas alemanes se retrayeron repentinamente de la filosofía y de la sociología. En los congresos y en la prensa no cesaban de regañar a los marxistas "pedantes" que reemplazaban las "cuestiones políticas concretas" con consideraciones generales de principio. Lea los anales de la social democracia alemana de fines del siglo pasado y de comienzos del actual y quedará asombrado del grado en que, como dicen los franceses, *le mort saisit le vif* (el muerto agarra al vivo).

Ud. no conoce el gran rol jugado por *Iskra* en el desarrollo del marxismo ruso. *Iskra* comenzó con la lucha contra el llamado "economismo" dentro del movimiento obrero y contra los Narodniks (partido de los social-revolucionarios). El principal argumento de los "economistas" era que *Iskra* vagaba en el reino de la teoría mientras ellos, los "economistas", se proponían dirigir el movimiento obrero concreto. El principal argumento de los social-revolucionarios era el siguiente: *Iskra* quiere fundar una escuela de materialismo dialéctico mientras nosotros queremos abatir la autocracia zarista. Debe destacarse que los terroristas narodniks tomaban al pie de la letra sus palabras: Bomba en mano, sacrificaban sus vidas. Nosotros les discutíamos: "En ciertas circunstancias, una bomba es una cosa excelente, pero antes debemos aclarar nuestra mente". Pertenece a la experiencia histórica que la mayor revolución de la historia no fue dirigida por el partido que comenzó con bombas sino por el partido que empezó con el materialismo dialéctico.

Quando los bolcheviques y los mencheviques eran aún miembros del mismo partido, los periodos anteriores a los congresos y los congresos mismos, se caracterizaron por una amarga lucha sobre el orden del día. Lenin acostumbraba proponer como primer punto del orden del día

cuestiones como la clarificación de la naturaleza de la monarquía zarista, el análisis del carácter de clase de la revolución, la apreciación de las etapas de la revolución porque estábamos pasando, etc. Martov y Dan, líderes mencheviques, objetaban invariablemente: No somos un club sociológico sino un partido político; debemos llegar a un acuerdo no sobre la naturaleza de clase de la economía zarista sino sobre las "tareas políticas concretas". Cito esto de memoria pero no corro el menor riesgo de equivocarme porque estas discusiones se repetían de año en año y tenían un mismo carácter.

Podría agregar que yo personalmente cometí no pocos pecados en este aspecto. Pero desde entonces he aprendido algo.

A aquellos enamorados de las "cuestiones políticas concretas" Lenin les explicaba invariablemente que nuestra política no era de coyuntura sino de un carácter de principio, que la táctica está subordinada a la estrategia; que para nosotros el interés fundamental de toda campaña política consiste en guiar a los trabajadores de las cuestiones particulares a las generales, en enseñarles la naturaleza de la sociedad moderna y el carácter de sus fuerzas fundamentales. Los mencheviques siempre sentían la urgente necesidad de disimular las diferencias de principios dentro de su conglomerado inestable mientras Lenin por el contrario, planteaba directamente las cuestiones de principio. Los argumentos de la oposición contra la filosofía y la sociología en favor de las "cuestiones políticas concretas" no son más que una retrasada repetición de los argumentos de Dan. ¡Ni una sola palabra nueva! Lo lamentable es que Shachtman respete la política de principios del marxismo recién cuando ya ha envejecido suficientemente en los archivos.

Particularmente falso e inadecuado suena en sus labios el llamado de pasar de la teoría marxista a las "cuestiones políticas concretas", camarada Burnham, porque no fui yo sino Ud. quien planteó la cuestión del carácter de la U.R.S.S., obligándome con ello a plantear la cuestión del método a través del cual debe determinarse el

carácter de clase del Estado. Es verdad que Ud. abandonó su resolución. Pero esta maniobra fraccional no tiene absolutamente ningún significado objetivo. Usted extrajo sus conclusiones *políticas* de su premisa *sociológica*, aun cuando Ud. temporariamente la haya abandonado. Shachtman extrajo exactamente las mismas conclusiones políticas, sin una premisa sociológica: se adaptó a usted. Abern procura sacar provecho para sus combinaciones "organizativas" tanto de la premisa oculta como de la falta de premisa. Esta es la verdadera y no la diplomática situación en el campo de la oposición. Usted procede como antimarxista; Shachtman y Abern como marxistas... *platónicos*. Quién es peor, no es fácil de determinar.

LA DIALECTICA DE LA ACTUAL DISCUSION

Al examinar el frente diplomático que cubre las premisas ocultas y la falta de premisas de nuestros adversarios, nosotros, los "conservadores" naturalmente, contestamos: es posible realizar una discusión fructífera sobre cuestiones concretas únicamente si especificamos claramente cuáles son las premisas de clase que tomáis como punto de partida. No estamos obligados a reducirnos a aquellos tópicos de la discusión que habéis seleccionado artificialmente. Si alguien hubiera propuesto que discutiéramos como cuestiones "concretas" la invasión de Suiza por la flota soviética o el largo de la cola de una bruja de Bronx, entonces yo tendría razón en hacer por adelantado las siguientes preguntas: ¿tiene costas Suiza? ¿es que hay brujas?

Toda discusión sería se desarrolla de lo particular y aun de lo accidental a lo general y fundamental. Las causas y los motivos inmediatos de una discusión, en la mayor parte de los casos tienen un interés puramente sintomático. Lo que tiene una verdadera significación política son realmente aquellos problemas que la discusión plantea en su desarrollo. A ciertos intelectuales, ansiosos de señalar el "conservatismo burocrático" y de

desplegar su “espíritu dinámico”, les parece que las cuestiones que se refieren a la dialéctica, al marxismo, a la naturaleza del Estado, al centralismo, son planteadas “artificialmente” y que la discusión ha tomado una dirección “falsa”. El nudo del problema, sin embargo, consiste en que la discusión tiene su propia lógica objetiva que no coincide con la lógica subjetiva de los grupos y de los individuos. El carácter *dialéctico* de la discusión procede del hecho de que su curso objetivo está determinado por el conflicto viviente de las tendencias opositoras y no por un plan lógico preconcebido. La base *materia- lista* de la discusión consiste en que refleja la presión de clases distintas. De este modo, la actual discusión en el *Partido de los Obreros Socialistas*, con o sin el proceso histórico en su conjunto, se desarrolla —con su permiso, camarada Burnham— según las leyes del materialismo dialéctico. No hay escapatoria a esas leyes.

“CIENCIA” CONTRA MARXISMO Y “EXPERIMENTOS” CONTRA PROGRAMA

Acusando a sus adversarios de “conservatismo burocrático” (abstracción puramente psicológica ya que no se ha demostrado que existan intereses sociales específicos debajo de ese “conservatismo”), Ud. exige en su documento que la política conservadora sea reemplazada por una “política crítica y experimental, en una palabra, por una política científica”. Esta declaración, a primera vista tan inocente y carente de significado en *total* su pomposidad, es *total* un programa. Usted no habla de política marxista. Ni habla de política proletaria. Usted habla de política “experimental”, “crítica”, “científica”. ¿Por que esa terminología pretenciosa y deliberadamente abstracta, tan desacostumbrada en nuestras filas? Yo se lo dire. Es el producto de su adaptación, camarada Burnham, a la opinión pública burguesa y la adaptación de Shachtman y Abern a su adaptación. El marxismo ya no está de moda en los amplios círculos de intelectuales burgueses. Además, si se menciona al marxismo, se lo

podría tomar a uno —Dios no lo permita— por un materialista dialéctico. Es mejor evitar esa desacreditada palabra. ¿Con qué reemplazarla? Con “ciencia” naturalmente, aun con ciencia capitalista. Y la ciencia, como todo el mundo sabe, se basa sobre la “crítica” y los “experimentos”. Tiene su propio sonido: ¡tan sólida, tan voraz, tan falta de sectarismo, tan profesoral! Con esta fórmula se puede entrar en cualquier salón democrático.

Relea, una vez más, por favor, su propia declaración: “En lugar de una política conservadora, debemos emplear una política audaz, flexible, crítica y experimental, en una palabra, una política científica”. ¡No podía haberlo dicho mejor! Pero ésta es precisamente la fórmula que todos los empiricos pequeño-burgueses, todos los revisionistas y todos los aventureros políticos han contrapuesto al “estrecho”, “limitado”, “dogmático” y “conservador” marxismo.

Buffon dijo una vez: “El estilo es el hombre”. La terminología política es no solamente el hombre sino también el partido. La terminología es uno de los elementos de la lucha de clases. Únicamente los pedantes sin vida no entienden esto. En su documento, Ud. expurga cuidadosamente —sí, nadie más que Ud., camarada Burnham— no sólo palabras como dialéctica y materialismo sino también la de marxismo. Usted está por encima de todo eso. Usted es un hombre de ciencia “crítica”, “experimental”. Exactamente por la misma razón es que Ud. eligió el calificativo de “imperialismo” para designar la política exterior del Kremlin. Esta innovación lo diferencia de la terminología demasiado embarazosa de la Cuarta Internacional, al crear fórmulas menos rigurosas, menos “religiosas”, menos “sectarias”, comunes a Ud. y —desdichada coincidencia— a la democracia burguesa.

¿Usted quiere experimentar? Pero permítame recordarle que el movimiento obrero posee una larga historia no exenta de experiencias, o si Ud. lo prefiere, de experimentos. Esta experiencia tan costosamente adqui-

rida ha cristalizado en forma de una doctrina definitiva, precisamente en el marxismo mismo, cuyo nombre usted evita cuidadosamente. Antes de darle a usted el derecho a experimentar, el partido tiene derecho a preguntarle: Qué método usará? Henry Ford difícilmente permitiría experimentar en su fábrica a un hombre que no hubiera asimilado las necesarias conclusiones del pasado desarrollo de la industria y de los innumerables experimentos efectuados. Además, los laboratorios de experimentación en las fábricas están cuidadosamente separados de la producción en masa. En grado mucho menor todavía pueden permitirse los experimentos curanderiles en el terreno del movimiento obrero, aun cuando se celebren bajo la bandera de la "ciencia" anónima. Para nosotros, la ciencia del movimiento obrero es el marxismo. La ciencia social sin nombre, la Ciencia con letra mayúscula, la dejamos completamente a disposición de Max Eastman y sus congéneres.

Sé que usted ha discutido con Eastman y que en algunas cuestiones usted ha argumentado muy bien. Pero usted discute con él como representante del mismo círculo y no como un agente del enemigo de clase. Usted reveló esto visiblemente en su artículo en común con Shachtman al terminarlo con la inesperada invitación a Eastman, Hook, Lyons, y el resto, a que sacaran partido de las páginas de *The New International* para exponer sus concepciones. Ni siquiera se le ocurrió que ellos hubieran podido plantear la cuestión de la dialéctica, obligándolo a salir de su diplomático silencio.

El 20 de enero del año pasado, mucho antes de esta discusión, en una carta al camarada Shachtman, insistí en la urgente necesidad de seguir atentamente el desarrollo interno del partido stalinista. Le escribía: "Sería mil veces más importante que invitar a Eastman, Lyons y demás a presentar sus sudores personales. Me asombró un poco que usted publicara el último arrogante e insignificante artículo de Eastman. El tiene a su disposición el *Harper's Magazine*, *Modern Monthly*, *Common Sense*, etc. Pero me dejó absolutamente perplejo que usted

personalmente invitara a esta gente a ensuciar las escasas páginas de *The New International*. La perpetuación de esta polémica puede interesar a algunos intelectuales pequeño-burgueses, pero no a los elementos revolucionarios. Tengo la firme convicción de que es necesario realizar cierta reorganización de *The New International* y del *Socialist Appeal*: más distancia de Eastman, Lyons, etc.; y más cerca de los obreros y en este sentido, de los stalinistas".

Como siempre en estos casos, Shachtman contestó en forma desatenta y sin cuidado. En los hechos, la cuestión se resolvió en que los enemigos del marxismo a quienes habían ustedes invitado, rehusaron aceptar la invitación. Este episodio, sin embargo, merece mayor atención. Por una parte, usted camarada Burnham, apoyado por Shachtman, invita a los demócratas burgueses a enviar amistosas explicaciones para publicarlas en las páginas de nuestro órgano partidario. Por otra, usted apoyado por el mismo Shachtman, rehusa entrar a discutir conmigo la dialéctica y la naturaleza de clase del Estado soviético. ¿No significa esto que usted, conjuntamente con su aliado Shachtman, ha vuelto algo su cara hacia los semi-rivales burgueses y que ha vuelto las espaldas a su propio partido? Hace mucho tiempo que Abern llegó a la conclusión que el marxismo es una doctrina digna de atención pero que una buena combinación opositorista es algo mucho más substancioso. Entretanto, Shachtman resbala y cae, consolándose con sabias tonterías. Creo, sin embargo, que su corazón está algo pesaroso. Después de llegar a cierto punto, espero que Shachtman se levantará y comenzará a subir nuevamente. Con esto expreso la esperanza de que su "experimental" política de fracción sea, al menos, el beneficio que deje la "Ciencia".

"UN DIALECTICO INCONSCIENTE"

Usando como propia mi observación sobre Darwin, Shachtman ha dicho, según se me ha informado, que usted es un "dialéctico inconsciente". Esta ambigua cor-

tesía no contiene un ápice de verdad. Todo individuo es dialéctico en *uno u otro sentido*, en la mayor parte de los casos, inconscientemente. Una ama de casa sabe que cierta cantidad de sal condimenta agradablemente la sopa, pero que una cantidad mayor hace incomible la sopa. En consecuencia, una campesina ignorante se guía al hacer la sopa, por la ley hegenana de la transformación de la cantidad en calidad. Podrían citarse infinita cantidad de ejemplos obtenidos de la vida diaria. Hasta los animales, llegan a sus conclusiones prácticas basándose no solamente en el silogismo aristotélico sino también en la dialéctica de Hegel. Así, el zorro sabe que hay aves y cuadrúpedos gustosos y nutritivos. Al acechar a una liebre, a un conejo o a una gallina, el zorro se hace esta reflexión: esta criatura pertenece al tipo nutritivo y gustoso, y salta sobre la presa. Tenemos aquí un silogismo completo, aunque podemos suponer que el zorro no leyó nunca a Aristoteles. Cuando el mismo zorro, sin embargo, encuentra al primer animal que lo excede de tamaño, un lobo, por ejemplo, extrae rápidamente la conclusión de que la cantidad se transforma en calidad y procede a huir. Evidentemente, las patas del zorro están equipadas con tendencias hegenanas, aunque no conscientes. Todo esto demuestra, dicho sea de paso, que nuestros métodos de pensamiento, tanto la lógica formal como la dialéctica, no son construcciones arbitrarias de nuestra razón sino más bien, expresiones de las verdaderas interrelaciones que existen en la naturaleza misma. En este sentido, el universo entero está saturado de dialéctica "inconsciente". Pero la naturaleza no se detuvo allí. Se produjo un no pequeño desarrollo antes de que las relaciones internas de la naturaleza pasaran al lenguaje de la conciencia de zorros y hombres, y que el hombre llegara a ser capaz de generalizar esas formas de conciencia transformándolas en categorías lógicas (dialécticas), creando así la posibilidad de conocer más profundamente el mundo que nos rodea.

La expresión más acabada de las leyes de la dialéctica que rigen la naturaleza y la sociedad, nos ha sido

dada hasta la fecha por Hegel y Marx. A pesar que a Darwin no le interesó verificar su método lógico, su empirismo —el de un genio— en el reino de las ciencias naturales alcanzó las más elevadas generalizaciones dialécticas. En este sentido Darwin fué —como lo destacué en mi anterior artículo— un "dialéctico inconsciente". Sin embargo, no apreciamos a Darwin por su incapacidad de elevarse hasta la dialéctica sino porque a pesar de su primitivismo filosófico, nos explicó el origen de las especies. Engels se exasperaba por el estrecho empirismo del método darwiniano aunque él, como Marx, apreciaron inmediatamente la grandeza de la teoría de la selección natural. Darwin, por el contrario, permaneció, ¡av!, ignorante del significado de la sociología de Marx hasta el fin de sus días. Si Darwin hubiera atacado en la prensa a la dialéctica o al materialismo. Marx y Engels lo habrían atacado con fuerza redoblada a fin de no permitir que cubriera con su autoridad a la reacción ideológica.

En la defensa hecha por Shachtman en el sentido de que usted es un "dialéctico inconsciente", el énfasis está colocado en la palabra "inconsciente". El objetivo de Shachtman (también parcialmente inconsciente) es defender su bloque con usted mediante la degradación del materialismo dialéctico. Porque en realidad lo que Shachtman dice es lo siguiente: la diferencia entre un dialéctico "consciente" y uno "inconsciente" no es tan grande como para que querellemos. Shachtman intenta así desacreditar el método marxista.

Pero el mal va todavía más allá de esto. En el mundo hay muchos dialécticos inconscientes o semiconscientes. Algunos de ellos aplican excelentemente la dialéctica materialista a la política, aun cuando nunca se han interesado por las cuestiones del método. Sería evidentemente una imbécil pedantería atacar a esos camaradas. Pero es algo muy distinto con usted, camarada Burnham. Usted es el director del órgano teórico cuya tarea consiste en educar al partido en el espíritu del método marxista. Sin embargo, usted es un *adversario consciente de la dialéctica* y de ninguna manera un *dialéctico inconscien-*

te. Aun cuando usted haya seguido exitosamente a la dialéctica en las cuestiones políticas, como insiste Shachtman, es decir, aun cuando usted esté dotado de un "instinto" dialéctico, igual nos hubiéramos visto obligados a iniciar una lucha contra Ud., porque su instinto dialéctico, como otras cualidades individuales, no puede ser transmitido a los demás y porque el método dialéctico consciente no hubiera sido accesible a todo el partido.

LA DIALECTICA Y Mr. DIES

Aun cuando tenga usted un instinto dialéctico —cosa que no entraré a juzgar— está bien ahogado por la rutina académica y por la altanería intelectual. Lo que llamamos instinto de clase del obrero, acepta con relativa facilidad la consideración dialéctica de las cuestiones. No puede ni siquiera mencionarse la existencia de ese instinto de clase en un intelectual burgués. Únicamente superando *conscientemente* su espíritu pequeño burgués es como puede elevarse un intelectual divorciado del proletariado al nivel de la política marxista. Desgraciadamente, Shachtman y Abern están haciendo todo lo posible para obstruirle a usted ese camino. Con ese apoyo le prestan un muy flaco servicio, camarada Burnham.

Apoyado por su bloque, al que podríamos llamar "Liga del Abandono Fraccional", usted comete un desatino tras otro: en filosofía, en sociología, en política, en la esfera organizativa. Sus errores no son accidentales. Usted trata toda cuestión aislándola, separándola de sus conexiones con las demás cuestiones, fuera de sus conexiones con los factores sociales e independientemente de la experiencia internacional. Usted carece del método dialéctico. A pesar de su cultura, en política usted procede como un curandero.

En la cuestión del Comité Dies su galimatías se manifestó con no menor transparencia que en la cuestión de Finlandia. A mis argumentos en favor de utilizar ese cuerpo parlamentario, usted contestó que la cuestión no debía decidirse de acuerdo a consideraciones de principios

sino por ciertas circunstancias especiales que sólo usted conocía pero que no dió a conocer. Permítame decirle cuáles eran esas circunstancias: su dependencia ideológica de la opinión pública burguesa. Aunque la democracia burguesa, en todas sus partes, incluso el Comité Dies, defiende con plena responsabilidad al régimen capitalista, se ve obligada, en interés del mismo capitalismo, a distraer desvergonzadamente la atención de los órganos demasiado crudos del régimen. ¡Una simple división del trabajo! ¡Un viejo fraude que aún continúa operando efectivamente! En cuanto al proletariado, al que usted alude vagamente, un sector de él, que es un sector muy considerable, está como usted bajo la influencia de la democracia burguesa. Pero el obrero medio, no infectado por los prejuicios de la aristocracia obrera, recibe alborozado toda firme palabra revolucionaria arrojada a la cara misma del enemigo de clase. Y cuanto más reaccionaria sea la institución que sirve de arena de combate, tanto más completa será su satisfacción. Esto ya ha sido demostrado por la experiencia histórica. El mismo Dies, asustado y retrocediendo a tiempo, demostró cuán falsa era su posición. Siempre es mejor obligar al enemigo a retirarse que esconderse sin librar una batalla.

Pero en este punto veo la airada figura de Shachtman que me detiene con un gesto de protesta: "La oposición no se hace responsable por la posición de Burnham sobre el Comité Dies. Esta cuestión no está sometida a la discusión", etc., etc. Ya sé todo eso. ¡Como si lo único que le faltara a la oposición fuera que se expresara en favor de la táctica del boycott, tan completamente sin sentido en este caso! Baste decir que el líder de la oposición, que tiene una posición y que la ha expresado abiertamente, se pronunció en favor del boycott. Si usted ha superado la edad en que se discute sobre "religión", permítame confesarle que considero por mi parte que toda la Cuarta Internacional ha superado la edad en que se considera al abstencionismo como la más revolucionaria de las políticas. Además de su falta de método, usted reveló en este caso una evidente falta de sagacidad política. En

dicha situación, un revolucionario no hubiera discutido mucho y se hubiera lanzado por la puerta abierta por el enemigo, aprovechando al máximo la oportunidad. A aquellos miembros de la oposición que conjuntamente con usted se pronunciaron en contra de la participación en el Comité Dies —y su número no es pequeño— creo que es necesario dictarles cursos especiales y *elementales* a fin de explicarles las verdades más *elementales* de la táctica revolucionaria que no tiene nada en común con el abstencionismo pseudo-izquierdista de los círculos intelectuales.

“CUESTIONES POLITICAS CONCRETAS”

La oposición es más débil precisamente en el terreno donde se imagina que está particularmente fuerte: en el terreno de la política revolucionaria de todos los días. Esto se aplica sobre todo a usted, camarada Burnham. La inotencia frente a los grandes acontecimientos se manifestó en usted como en toda la oposición, en forma más cristalina en la cuestión de Polonia, de los Estados Bálticos y de Finlandia. Shachtman comenzó por descubrir la piedra filosofal: la realización de una insurrección simultánea contra Hitler y Stalin en la Polonia ocupada. La idea era espléndida; lástima que Shachtman no tuvo oportunidad de ponerla en práctica. Los obreros avanzados de Polonia oriental podrían decir con razón: “Una insurrección simultánea contra Hitler y Stalin en un país ocupado por las tropas tal vez se pueda resolver en forma muy conveniente desde Bronx; pero aquí, en el lugar de los hechos, es más difícil. Nos gustaría que Burnham y Shachtman contestaran esta pregunta: ¿Qué haremos desde este momento hasta que llegue la insurrección?” En el intervalo, el Estado Mayor del ejército soviético llamó a los obreros y campesinos a que se apoderaran de las fábricas y de la tierra. Este llamado, con el apoyo de la fuerza armada, jugó un rol enorme en la vida del país ocupado. Los diarios de Moscú estaban literalmente llenos de informes sobre el “entusiasmo” sin límites de los obreros y de los campesinos pobres. Debe-

mos considerar estos informes con justificada desconfianza: no faltan las mentiras. Sin embargo, es imposible cerrar los ojos ante los hechos. El llamado a ajustar las cuentas a los terratenientes y a expulsar a los capitalistas, no habrá podido menos que levantar el espíritu de los vejados y oprimidos campesinos y obreros ucranianos y bielorrusos, que veían en el terrateniente polaco a un doble enemigo.

En el órgano de los mencheviques, editado en París, que se solidariza con la democracia burguesa de Francia y no con la Cuarta Internacional, se dice categóricamente que el avance del Ejército Rojo fué acompañado por una ola de levantamientos revolucionarios, cuyos ecos llegaron hasta las masas campesinas de Rumania. Lo que presta un significado especial a los despachos de este órgano, es la estrecha conexión que tiene con el Bund judío, con el Partido Socialista polaco y otras organizaciones hostiles al Kremlin que hubieron de Polonia. Estábamos pues en una posición completamente correcta cuando dijimos a los bolcheviques de Polonia oriental: “En común con los obreros y campesinos, y en el frente de batalla, debéis conducir la lucha contra los terratenientes y capitalistas; no os separéis de las masas a pesar de sus ilusiones, así como los revolucionarios rusos no se separaron de la masas que aún no se habían liberado de sus esperanzas en el Zar (el domingo sangriento del 22 de enero de 1905); educad a las masas en el transcurso de la lucha, prevenidlas contra ingenuas esperanzas en Moscú pero no os separéis de ellas; luchad en su campo, tratad de extender y profundizar sus luchas y de darles la mayor independencia posible. Únicamente de esta manera prepararéis la próxima insurrección contra Stalin”. El curso de los acontecimientos en Polonia ha confirmado completamente esta directiva que no era más que la continuación y el desarrollo de toda nuestra política, particularmente en España.

Como no existen diferencias de principios entre la situación polaca y finlandesa, no tenemos por qué cambiar nuestras directivas. Pero la oposición, que no fué

capaz de comprender el significado de los acontecimientos polacos, trata ahora de aferrarse a Finlandia como a una nueva ancla de salvación. "¿Dónde está la guerra civil en Finlandia? Trotsky habla de una guerra civil. No hemos visto en la prensa ninguna referencia a ella", etc. La cuestión de Finlandia aparece ante la oposición como diferente en principio de la cuestión de Ucrania occidental y de Bielo-Rusia. Cada cuestión es aislada y considerada aparte del curso general del desarrollo. Confundida por el curso de los acontecimientos, la oposición trata en cada ocasión de apoyarse en alguna circunstancia accidental, secundaria, temporaria y de co-untura.

¿Significan esos gritos sobre la ausencia de guerra en Finlandia que la oposición adoptaría nuestra política si la guerra civil se desencadenara realmente en Finlandia? ¿Sí o no? En el caso positivo, la oposición condenaría su propia política en relación a Polonia, dado que allí, a pesar de la guerra civil, se limitó a rehusar su participación en los acontecimientos, mientras esperaba un levantamiento simultáneo contra Stalin e Hitler. Es evidente, camarada Burnham, que usted y sus aliados no han pensado hasta el fin esta cuestión.

¿Qué hay de cierto en mi afirmación referente a la guerra civil en Finlandia? Al comienzo de las hostilidades militares podía haberse conjeturado que Moscú realizaría una "pequeña" expedición punitiva para conseguir un cambio de gobierno en Helsinki y establecer con Finlandia relaciones similares a las que tiene con los demás Estados Bálticos. Pero la creación del gobierno de Kusinen en Terijoki demostró que Moscú tenía otros planes y otros fines. Los despachos informaron luego de la formación de un "Ejército Rojo" finlandés. Naturalmente, sólo se trataba de pequeñas formaciones creadas desde arriba. Se dió a conocer el programa de Kusinen. Los despachos hablaron después de la división de grandes propiedades entre los campesinos pobres. En su totalidad, estos despachos señalan la intención de Moscú de organizar la guerra civil. Naturalmente, es una guerra civil de tipo especial,

No surge espontáneamente de las profundidades de las masas populares. No se realiza bajo la dirección del partido revolucionario finlandés apoyándose sobre las masas. Es introducida con bayonetas desde fuera. Es controlada por la burocracia de Moscú. Todo esto lo sabemos y ya lo vimos al discutir lo mismo en Polonia. Sin embargo, se trata precisamente de una guerra civil, de un llamado a los pobres, a las capas más bajas, para que expropien a los ricos, los expulsen, los arresten, etc. No conozco otro nombre para estas acciones que el de guerra civil.

"Pero, después de todo, la guerra civil en Finlandia no se desarrolló", objetan los líderes de la oposición. "Esto significa que sus predicciones no se materializaron". Con la derrota y retirada del Ejército Rojo, contesto, la guerra civil no puede desarrollarse en Finlandia bajo las bayonetas de Mannerheim. Este hecho no es argumento en contra mío sino contra Shachtman, ya que demuestra que en las primeras etapas de la guerra, en momentos que la disciplina en los ejércitos es aún poderosa, es más fácil organizar la insurrección, y en dos frentes, desde Bronx, que desde Terijoki.

No previmos la derrota de los primeros destacamentos del Ejército Rojo. No podíamos haber previsto el grado en que reina la estupidez y la desmoralización en el Kremlin y en las cumbres del ejército decapitado por el Kremlin. No obstante, se trata sólo de un episodio militar, que no puede determinar nuestra línea política. Si Moscú, después de su primer fracasado intento, desiste de toda nueva ofensiva contra Finlandia, entonces el hecho mismo que oscurece a los ojos de la oposición toda la situación mundial, desaparecerá de la orden del día. Pero hay pocas probabilidades de que así ocurra. Por otra parte, si Inglaterra, Francia y Estados Unidos, partiendo de Escandinavia, fueran en ayuda de Finlandia, entonces la cuestión finlandesa desaparecería en la guerra entre la U.R.S.S. y los países imperialistas. En este caso, podemos esperar que la mayoría de los opositores se acuerden del programa de la Cuarta Internacional.

En el actual momento, sin embargo, a la oposición no le interesan estas dos variantes: la suspensión de la ofensiva por parte de la U.R.S.S. o el estallido de las hostilidades entre la U.R.S.S. y las democracias imperialistas. A la oposición únicamente le interesa la cuestión aislada de la invasión de Finlandia por la U.R.S.S. Muy bien, tomemos esto como punto de partida. Si la segunda ofensiva, como es dable presumir, está mejor preparada y realizada, el avance del Ejército Rojo dentro del país planteará de nuevo la cuestión de la guerra civil y en una escala mucho mayor que durante la primera tentativa fracasada ignominiosamente. Nuestra directiva, en consecuencia, sigue teniendo plena validez hasta tanto la cuestión permanezca en pie. ¿Pero qué es lo que propone la oposición para el caso de que el Ejército Rojo avance con éxito en Finlandia y se desencadene allí la guerra civil? La oposición aparentemente no piensa en absoluto en esto, puesto que vive de un día para otro, de un incidente en otro, aferrándose a los episodios, separando frases aisladas de los editoriales, basándose en simpatías y antipatías y creando de este modo para sí la semblanza de una plataforma. La debilidad de los empiristas y de los impresionistas se ha revelado siempre con mayor claridad en su aproximación a las "cuestiones políticas concretas".

OFUSCACION TEORICA Y ABSTENCIONISMO POLITICO

A través de todas las vacilaciones y convulsiones de la oposición pueden trazarse —aunque parezca contradictorio— dos rasgos generales que corren como un hilo conductor desde los pináculos de la teoría hasta los más insignificantes episodios políticos. El primer rasgo general es la falta de una concepción única. Los líderes de la oposición separan la sociología del materialismo dialéctico. Separan la política de la sociología. En el campo de la política, separan nuestras tareas en Polonia de nuestras experiencias en España, nuestras tareas en Fin-

landia de nuestra posición en Polonia. La historia se transforma en una serie de incidentes excepcionales; la política se transforma en una serie de improvisaciones. Tenemos aquí, en el verdadero sentido de la palabra, la desintegración del marxismo, la desintegración del pensamiento teórico, la desintegración de la política en sus elementos constituyentes. El empirismo y su hermano de leche, el impresionismo, domina de arriba abajo. Es por eso que la dirección ideológica, camarada Burnham, recae sobre usted por ser adversario de la dialéctica, por ser un empirista que no se sonroja por su empirismo.

A través de todas las vacilaciones y convulsiones de la oposición, hay un segundo rasgo general íntimamente ligado al primero que consiste en la tendencia a evitar la participación activa, en la tendencia a la autoeliminación, al abstencionismo, todo bajo la cubierta de frases ultra-izquierdistas. Están en favor del derrocamiento de Stalin e Hitler en Polonia, de Stalin y Mannerheim en Finlandia. Y hasta entonces, rechazan a ambos bandos *por igual*, en otras palabras, abandonan la lucha, incluso la guerra civil. La cita sobre la falta de guerra civil en Finlandia es solamente un accidental argumento de coyuntura. Si la guerra civil se desencadenara, la oposición intentará ignorarla como trató de ignorarla en Polonia, o declarará que como la política de la burocracia de Moscú es de carácter "imperialista", "nosotros" no participaremos en tan sucio negocio. Siguiendo de palabra a las tareas políticas "concretas", la oposición se pone en los hechos fuera del proceso histórico. Su posición con respecto al Comité Dies merece atención, camarada Burnham, precisamente porque es la expresión gráfica de esa misma tendencia de abstencionismo y ofuscación. Su principio orientador sigue siendo el mismo: "gracias, no fumo".

Naturalmente, todo hombre, todo partido y aún toda clase puede ofuscarse. Pero en lo que se refiere a la pequeña-burguesía, la ofuscación, especialmente ante los grandes acontecimientos, es una condición ineludible y por así decir, congénita. Los intelectuales intentan ex-

presar su estado de ofuscación en el lenguaje de la "ciencia". La plataforma contradictoria de la oposición refleja la ofuscación pequeño-burguesa expresada en el lenguaje rimbombante de los intelectuales. No hay nada de proletario en ello.

LA PEQUEÑA-BURGUESIA Y EL CENTRALISMO

En el terreno organizativo, su concepción es tan esquemática, empírica y no revolucionaria como en el campo de la teoría y de la política. Un Stolberg busca, linterna en mano, una revolución ideal que no sea acompañada por excesos e inmunizada contra el Thermidor y la contrarrevolución; usted, de igual manera, busca una democracia partidaria ideal que asegure para siempre y para todos la posibilidad de decir y hacer cualquier cosa que brote en su cabeza y que asegure al partido contra la degeneración burocrática. Usted olvida un detalle, y es que el partido no es un campo para la afirmación de una libre individualidad, sino que es el instrumento de la revolución proletaria; que únicamente una revolución triunfante puede impedir no solamente la degeneración del partido sino la del proletariado mismo y la de toda la civilización moderna. Usted no ve que nuestra sección norteamericana no está enferma de demasiado centralismo —es risible aún el mencionarlo—, sino de un monstruoso abuso y desfiguración de la democracia por parte de los elementos pequeño-burgueses. Esa es la raíz de la actual crisis.

El obrero pasa el día en la fábrica. Tiene comparativamente pocas horas para dedicar al partido. Cuando va a las reuniones le interesa aprender las cosas más importantes: la valoración correcta de la situación y sus conclusiones políticas. El aprecia a aquellos dirigentes que hacen esto en la forma más clara y precisa y que acompañan su marcha a la de los acontecimientos. Los pequeño-burgueses, y especialmente los elementos desclasados, alejados del proletariado, vegetan en un ambiente cerrado y artificial. Tienen mucho tiempo para discutir

sobre política o cualquier otro sustituto. Observan los errores, cambian toda clase de chismes y bocadillos relacionados con lo que pasa en las "cumbres" del partido. Siempre localizan a un dirigente que los inicie en todos los "secretos". La discusión es su elemento nativo. Ninguna cantidad de democracia les basta. Para su guerra de palabras buscan la cuarta dimensión. Giran en un círculo vicioso y sacian su sed con agua salada. ¿Queréis saber cuál es el programa organizativo de la oposición? Consiste en una loca búsqueda de la cuarta dimensión de la democracia partidaria. En la práctica esto significa suplantarse la política por la discusión y suplantarse el centralismo por la anarquía de los círculos intelectuales. Cuando unos pocos miles de obreros se unan al partido, llamarán severamente al orden a los anarquistas pequeño-burgueses. Cuanto más pronto, mejor.

CONCLUSIONES

¿Por qué me dirijo a usted y no a los otros líderes de la oposición? Porque usted es el líder ideológico del bloque. La fracción del camarada Abern, carente de programa y bandera, necesita siempre de una cubierta. En un tiempo Shachtman sirvió de cubierta, después vino Muste con Spector y ahora usted, con Shachtman adaptándose a usted. Yo considero su ideología como la expresión de la influencia burguesa dentro del proletariado.

A algunos camaradas el tono de esta carta tal vez les parezca un poco rudo. Sin embargo, confieso que he hecho todo lo posible por contenerme. Porque, después de todo, se trata ni más ni menos que de una tentativa de rechazar, descalificar y destruir los fundamentos teóricos, los principios políticos y los métodos organizativos de nuestro movimiento.

En reacción a mi anterior artículo se ha dicho que el camarada Abern señaló: "Esto significa la escisión". Semejante respuesta demuestra sencillamente que Abern carece de devoción al partido y a la Cuarta Internacional; es un hombre de círculo. En todo caso, las amenazas de

escisión no nos impedirán que presentemos un análisis marxista de las diferencias. Para nosotros, marxistas, no es cuestión de escisión sino de educación del partido. Tengo la firme esperanza de que el próximo congreso rechazará rudamente a los revisionistas.

El congreso, en mi opinión, debe declarar categóricamente que los dirigentes de la oposición en sus tentativas de separar la sociología del materialismo dialéctico y la política de la sociología, han roto con el marxismo y se han transformado en el mecanismo de transmisión del empirismo pequeño-burgués. A la vez que reafirmará —de manera decisiva y completa— su lealtad a la doctrina marxista y a los métodos políticos y organizativos del bolchevismo, a la vez que dedicará los comentarios editoriales de sus publicaciones oficiales a promulgar y defender dicha doctrina y dichos métodos, el partido abrirá en el futuro las páginas de sus publicaciones a aquellos de sus miembros que se consideren capaces de agregar algo nuevo a la doctrina del marxismo. Pero no permitirá que se juegue a las escondidas con el marxismo ni que se hagan frívolos sarcasmos sobre él.

La política de un partido tiene un carácter de clase. Sin un análisis de clase del Estado, de los partidos y de las tendencias ideológicas, es imposible llegar a una orientación política correcta. El partido debe condenar como vulgar oportunismo la tentativa de determinar la política relacionada con la U.R.S.S. de incidente en incidente e independientemente de la naturaleza de clase del Estado soviético.

La desintegración del capitalismo, que engendra agudo descontento en la pequeña-burguesía y que empuja hacia la izquierda a sus capas más bajas, abre grandes posibilidades pero contiene también graves peligros. La Cuarta Internacional admitirá de entre los emigrantes de la pequeña-burguesía, únicamente a aquellos que hayan roto completamente con su pasado social y que hayan adoptado definitivamente el punto de vista del proletariado.

Este cambio teórico y político debe estar acompañado por una verdadera ruptura con el viejo ambiente y con

el establecimiento de una íntima ligazón con los trabajadores, en particular, con la participación en el reclutamiento y educación de obreros para el partido. Los emigrantes del medio pequeño-burgués que hayan demostrado ser incapaces de convivir en el medio obrero deberán ser transferidos después de un tiempo, de la categoría de miembros del partido al estado de simpatizantes.

Los miembros del partido que no hayan sido puestos a prueba en la lucha de clases, no deben ser colocados en las posiciones responsables. No importa cuán inteligente o consagrado al socialismo sea un emigrante del medio burgués, debe pasar primero por la escuela de la clase trabajadora antes de ser un consejero. Los jóvenes intelectuales no deben ser colocados a la cabeza de la juventud intelectual sino que deben ser enviados a provincias por unos años a que trabajen en rudos trabajos prácticos en los centros puramente proletarios.

La composición de clase del partido debe corresponder a su programa de clase. O la sección norteamericana de la Cuarta Internacional se proletariza o dejará de existir.

* * *

¡Camarada Burnham! Si podemos llegar a un acuerdo con usted sobre la base de estos principios, entonces no habrá dificultad en encontrar una política correcta con respecto a Polonia, Finlandia y aún la India. Al mismo tiempo, me comprometo a ayudarlo a realizar una lucha contra cualquier manifestación de burocratismo o de conservatismo. Estas son, en mi opinión, las condiciones necesarias para terminar la actual crisis.

Con saludos bolcheviques.

LEÓN TROTSKY.

Coyoacán, D. F.
7 de enero de 1940.

DE UN RASGUÑO, AL PELIGRO DE GANGRENA

La discusión se desarrolla de acuerdo a su propia lógica interna. Cada campo, de conformidad con su carácter social y su fisonomía política trata de atacar en aquellos puntos donde su rival es más débil y vulnerable. Eso es precisamente lo que determina el curso de la discusión y no los planes *a priori* elaborados por los líderes de la oposición. Sería tardío y estéril lamentar ahora el estallido de la discusión. Pero es necesario vigilar atentamente sobre el rol jugado por los provocadores stalinistas, que indiscutiblemente hay en el partido y que tienen órdenes de envenenar la atmósfera de la discusión y dirigir la lucha ideológica hacia la escisión. No es muy difícil reconocer a estos *caballeros*; reemplazan las ideas y los argumentos con chismes y calumnias. Hay que descubrirlos y expulsarlos mediante los esfuerzos conjuntos de ambas fracciones. Pero la lucha principal debe ser llevada hasta el fin, es decir, la de hacer una seria clarificación de las cuestiones más importantes de las planteadas. Es necesario aprovechar la discusión para elevar el nivel teórico del partido.

Una considerable proporción de los miembros de la sección norteamericana así como de toda nuestra joven Internacional, vino a nosotros de la Internacional Comunista en su período de declinación o de la Segunda Internacional. Estas son malas escuelas. La discusión ha revelado

que amplios círculos del partido carecen de una firme educación teórica. Baste referirnos, por ejemplo, a la circunstancia de que la sección Nueva York del partido no respondió con un vigoroso reflejo defensivo ante las tentativas de hacer una frívola revisión del programa y de la doctrina marxista, sino que, por el contrario, dió apoyo en su mayoría a los revisionistas. Esto es lamentable aunque remediable en la medida en que nuestra sección norteamericana y toda la Internacional estén integradas por individuos honestos que buscan sinceramente el camino hacia la vía revolucionaria. Ellos tienen deseo y voluntad de aprender. Pero no hay tiempo que perder. Es precisamente la penetración del partido en los sindicatos y en los medios obreros, en general, lo que exige la elevación de la calidad teórica de nuestros cuadros. Al decir cuadros no me refiero al "aparato" sino al partido en su conjunto. Todo miembro del partido debe considerarse un oficial del partido proletario.

"¿Desde cuándo os habéis vuelto especialistas en filosofía?", preguntan ahora, irónicamente, los *oposicionistas* a los representantes de la mayoría. La ironía está aquí completamente fuera de lugar. El socialismo científico es la expresión conciente del inconciente proceso histórico, es decir, de la tendencia elemental e instintiva del proletariado hacia la reconstrucción de la sociedad sobre los principios comunistas. Estas tendencias orgánicas de la psicología de los trabajadores saltan a la vida con suma rapidez en los actuales momentos, época de crisis y de guerras. La discusión ha revelado, indiscutiblemente, un conflicto en el partido, entre una tendencia pequeño-burguesa y una tendencia proletaria. La primera, revela su confusión con su tentativa de reducir el programa a la moneda de las cuestiones "concretas". La segunda, por el contrario, pugna por correlacionar todas las cuestiones parciales sometiéndolas a la unidad teórica. Lo que está comprometido actualmente no es la medida en que los miembros de la mayoría, individualmente considerados, aplican de un modo conciente el método dialéctico. Lo importante es el hecho de que la mayoría en su conjunto

se orienta hacia el planteamiento proletario de los problemas, y precisamente por eso tiende a asimilar la dialéctica, que es el "álgebra de la revolución". Los *oposicionistas* —según se me informa— reciben con estallidos de risa la simple palabra "dialéctica". *Es vano. Este método sin valor no sirve para nada.* La dialéctica del proceso histórico más de una vez ha castigado cruelmente a quienes trataron de mofarse de ella.

El último artículo del camarada Shachtman —"Carta abierta a León Trotsky"— es un síntoma alarmante. Revela que Shachtman se rehusa a las enseñanzas de la discusión y que por el contrario persiste en ahondar sus errores, explotando para ello no solamente el inadecuado nivel teórico del partido, sino también los prejuicios específicos de su ala pequeño-burguesa.

Todo el mundo conoce la facilidad con que Shachtman consigue reunir diversos episodios históricos alrededor de uno u otro eje. Esta condición hace que Shachtman sea un periodista de talento. Desgraciadamente, esta condición por sí misma, no basta. Lo fundamental es la elección del eje. Shachtman siempre se siente absorbido por el reflejo de la política en la literatura y en la prensa. No le interesa el verdadero proceso de la lucha de clases, la vida de las masas, la interrelación entre las diferentes capas del movimiento obrero, etc. He leído no pocos excelentes y hasta brillantes artículos de Shachtman, pero no he visto nunca ni un solo comentario suyo que buceara realmente en la vida del proletariado norteamericano o en su vanguardia.

En este aspecto es necesario hacer una aclaración: aquí no está representado solamente el defecto de Shachtman, sino que es el destino de toda una generación revolucionaria que debió a una especial coyuntura de condiciones históricas creció al margen del movimiento obrero. Tuve ocasión de hablar y escribir más de una vez en el pasado sobre el peligro de degeneración que corrían estos valiosos elementos *a pesar* de su abnegación revolucionaria. Lo que en su día fué una inevitable característica de la adolescencia, se ha transformado en debilidad. La

debilidad invita a los gérmenes del mal. Si el mal es descuidado, puede ser fatal. Para escapar a este peligro es necesario abrir concientemente un nuevo capítulo en el desarrollo del partido. Los propagandistas y periodistas de la Cuarta Internacional deben comenzar un nuevo capítulo de su propia conciencia. Es necesario rearmarse. Es necesario hacer una rotación sobre el mismo eje: volver la espalda a los intelectuales pequeño-burgueses y mirar hacia los trabajadores.

Sería difícil concebir un error más peligroso para el partido que considerar como causa de su actual crisis, el conservatismo de su sector obrero y buscar una solución a la misma a través del triunfo del bloque pequeño-burgués. En realidad, la clave de la actual crisis consiste en el conservatismo de los elementos pequeño-burgueses que han pasado por una escuela puramente propagandística, y que no han encontrado todavía el camino de la lucha de clases. La actual crisis es la lucha final por subsistir de esos elementos. Como individuo todo *oposicionista* puede encontrar, si lo quiere firmemente, un lugar digno dentro del movimiento obrero. Como fracción están condenados a morir. En la lucha desarrollada, Shachtman no está en el campo en que debiera estar. Como siempre, en estos casos, sus lados fuertes han pasado a segundo plano, mientras sus lados débiles han asumido una expresión particularmente acabada. Su "carta abierta" representa, por así decir, la cristalización de sus lados débiles.

Shachtman ha olvidado un detalle: su posición de clase. De aquí sus extraordinarios zig-zags, sus saltos e improvisaciones. Reemplaza el análisis de clase con anécdotas históricas desconectadas entre sí con el único propósito de cubrir su propio cambio, de encubrir la contradicción entre su pasado y su presente. Así procede Shachtman con respecto a la historia del marxismo, a la historia de su propio partido y a la historia de la Oposición Rusa. Al hacerlo, acumula un error sobre otro. Todas las analogías históricas a que recurre hablan como veremos, en contra de él.

Es mucho más difícil corregir los errores que come-

terlos. Debo pedir paciencia al lector para seguir paso a paso todos los zig-zags de las operaciones mentales de Shachtman. Por mi parte, prometo no reducirme simplemente a exponer los errores y equivocaciones sino a contraponer desde el principio hasta el fin la posición proletaria contra la pequeño-burguesía, la posición marxista contra la ecléctica. De esta manera, todos nosotros, tal vez, aprendamos algo de la discusión.

"PRECEDENTES"

"¿Cómo es que nosotros, revolucionarios incorruptibles, nos hemos transformado, repentinamente, en una tendencia pequeño-burguesa?", exclama Shachtman con indignación. ¿Dónde están las pruebas? "¿En qué se ha manifestado esta tendencia durante el año pasado o los dos pasados años entre los portavoces representativos de la minoría?" (*Boletín Interno*, vol. II, Nº 7, enero de 1940, pág. 11.) ¿Por qué no sucumbimos en el pasado a la influencia de la democracia pequeño-burguesa? ¿Por qué durante la guerra civil española? . . . y así interminablemente. Este es el trompetín de Shachtman desde que comenzó su polémica conmigo y sobre el que ha tocado variaciones en todos los tonos, dándole aparentemente excepcional importancia. Ni siquiera ha entrado en la cabeza de Shachtman que puedo volver este argumento contra él.

En el documento de la oposición "La guerra y el conservatismo burocrático" se concede que Trotsky tiene razón en nueve casos de diez, tal vez en noventa y nueve casos de cien. Comprendo perfectamente bien el carácter calificado y extremadamente magnánimo de esta concesión. La proporción de mis errores es, en verdad, considerablemente mayor. Cómo explicar, entonces, el hecho de que dos o tres semanas después de haberse escrito este documento, Shachtman decide, repentinamente, que Trotsky:

- a) Es incapaz de tener una actitud crítica hacia la información que se le suministra, aunque uno de

sus informantes fué, durante diez años, el mismo Shachtman.

- b) Es incapaz de distinguir una tendencia proletaria de una tendencia pequeño-burguesa, una tendencia bolchevique de una tendencia menchevique.
- c) Es el campeón de la absurda "revolución burocrática" en lugar de la revolución hecha por las masas.
- d) Es incapaz de elaborar una respuesta correcta a las cuestiones concretas de Polonia, Finlandia, etc.
- e) Manifiesta una tendencia a capitular ante el stalinismo.
- f) Es incapaz de comprender el significado del centralismo democrático... y así hasta el infinito.

En una palabra, durante el término de dos o tres semanas Shachtman ha descubierto que he cometido errores en noventa y nueve casos de cien, especialmente cuando el mismo Shachtman está de por medio y hasta este último porcentaje sufre también una ligera exageración, pero esta vez en sentido opuesto. De cualquier manera, Shachtman descubrió mi tendencia a reemplazar la revolución de las masas con la "revolución burocrática" mucho más hincadamente de lo que yo descubrí su desviación pequeño-burguesa.

El camarada Shachtman me invita a que ofrezca pruebas de la existencia de la "tendencia burguesa" dentro del partido durante el año pasado o aún de hace dos o tres años. Shachtman tiene sus razones al no querer referirse al pasado más distante. Pero de acuerdo a la invitación de Shachtman, me reduciré a los últimos tres años. Pongan atención. A las cuestiones retóricas de mi inexorable crítico contestaré con unos pocos documentos.

I

El 25 de mayo de 1937, escribí a Nueva York con respecto a la política de la fracción bolchevique-leninista dentro del Partido Socialista:

"... Debo citar dos recientes documentos: a) la carta

privada de Max sobre el congreso y b) el artículo de Shachtman titulado «Hacia un Partido Socialista Revolucionario». El título del artículo basta para caracterizar una falsa perspectiva. Me parece que el desarrollo de los acontecimientos está demostrando, incluso el último congreso, que el partido está evolucionando no hacia un partido «revolucionario» sino hacia una especie de Partido Laborista Independiente, es decir, a un miserable aborto político centrista sin ninguna perspectiva.

"La afirmación de que el Partido Socialista norteamericano está actualmente «más cerca de la posición del marxismo revolucionario que ningún otro partido de la Segunda o Tercera Internacional» es una cortesía absolutamente inmerecida: el Partido Socialista norteamericano está aún más atrás que las formaciones análogas de Europa —el P.O.U.M., el P.L.I., el S.A.P., etc. . . —. Nuestro deber es desenmascarar esta ventaja negativa de Norman Thomas y compañía en lugar de hablar de la «superioridad (de la resolución sobre la guerra) sobre cualquier otra resolución adoptada anteriormente por el partido . . .» Esta es una *apreciación puramente literaria*, porque toda resolución debe ser considerada en relación con los acontecimientos históricos, con la situación política y sus necesidades imperativas . . ."

En ambos documentos mencionados en la carta anterior, Shachtman reveló una excesiva adaptabilidad hacia el ala izquierda de los demócratas pequeño-burgueses —imitación política—, síntoma muy peligroso en un político revolucionario. Es extremadamente importante tomar nota de la elevada apreciación de la posición "izquierdista" de Norman Thomas con respecto a la guerra en . . . Europa. Los oportunistas, como es bien sabido, tienden hacia un mayor radicalismo cuando más lejos están de los acontecimientos. Teniendo presente esta ley no es difícil apreciar en su verdadero valor el hecho de que Shachtman y sus aliados nos acusen de una tendencia a "capitular ante el stalinismo". ¡Ay!, desde Bronx es más fácil desplegar *irreconciliabilidad* hacia el Kremlin que hacia la pequeña-burguesía norteamericana.

II

Si creyéramos al camarada Shachtman, yo traje por los cabellos la cuestión de la composición de clase de las fracciones. Aquí también nos referiremos al pasado reciente.

El 3 de octubre de 1937, escribí a Nueva York:

“He señalado centenares de veces que el obrero que permanece ignorado en las condiciones «normales» de la vida partidaria revela notables cualidades en un cambio de la situación cuando no bastan las fórmulas generales y las plumas fluidas, cuando es necesario conocer la vida de los obreros y sus capacidades prácticas. En esas condiciones, un obrero bien dotado revela seguridad en sí mismo y revela también su capacidad política general.

“El predominio de los intelectuales *en la organización* es inevitable en el primer periodo del desarrollo del partido. Al mismo tiempo es una gran ventaja para la educación política de los obreros más dotados... Es absolutamente necesario que en el próximo congreso se introduzcan tantos obreros como sea posible en los comités locales y centrales. Para un obrero, la situación en los cuerpos dirigentes del partido es al mismo tiempo una alta escuela política...

“La dificultad es que en toda organización existen en los cuerpos directivos miembros que están por tradición, y esas consideraciones personales, fraccionales y secundarias juegan un rol demasiado grande en la integración de las listas de candidatos”.

Nunca merecí atención ni interés de parte del camarada Shachtman en cuestiones de esta índole.

III

Si creyéramos al camarada Shachtman, yo introduje la cuestión de la fracción del camarada Abern como concentración de individuos pequeño-burgueses, artificialmente y sin ninguna base real. Sin embargo, el 10 de octubre de 1937, en una época en que Shachtman mar-

chaba hombro con hombro con Cannon y se consideraba oficialmente que Abern no tenía fracción, yo escribía a Cannon:

“El partido tiene una minoría de verdaderos obreros de fábrica... Los elementos no proletarios representan una levadura muy necesaria y creo que podemos estar orgullosos de la calidad de esos elementos... pero... nuestro partido puede verse inundado por elementos no proletarios y hasta puede perder su carácter revolucionario. La tarea no consiste naturalmente en impedir la afluencia de intelectuales mediante métodos artificiales... sino en orientar prácticamente a toda la organización hacia las fábricas, las huelgas, los sindicatos...

“Un ejemplo concreto: no podemos dedicar fuerzas iguales o suficientes a todas las fábricas. Nuestras organizaciones pueden elegir para su actividad en el próximo período a una, dos o tres fábricas dentro de su área y concentrar todas sus fuerzas sobre esa fábrica. Si en una de ellas tenemos a dos o tres obreros podemos crear una comisión especial de ayuda de afiliados no obreros con el propósito de ampliar nuestra influencia en esas fábricas. Lo mismo puede hacerse en los sindicatos. No podemos introducir a afiliados no obreros en los sindicatos. Pero podemos formar con éxito comisiones de ayuda para la acción oral y literaria relacionada con nuestros camaradas del sindicato. Las condiciones inviolables serían: *no mandar a los obreros sino ayudarlos*, darles sugerencias, armarlos con hechos, ideas, periódicos de fábrica, volantes especiales, etc.

“Esta colaboración tendría una enorme importancia educativa para los camaradas obreros y para los no obreros que necesitan de una sólida reeducación.

“Tenéis, por ejemplo, un importante número de elementos judíos no obreros en vuestras filas. Ellos pueden ser una levadura muy valiosa *si el partido logra extraerlos de su ambiente cerrado*, y los liga a través de la actividad cotidiana a los obreros de fábrica. Creo que *esa orientación asegurará también una atmósfera más saludable dentro del partido...*

"Podemos establecer de inmediato una regla general: el miembro del partido que no consiga traer al partido a un nuevo obrero en el término de 3 ó 6 meses no es un buen miembro del partido.

"Si establecemos seriamente esa orientación general y si verificamos semana a semana los resultados prácticos, evitaremos un *gran peligro*: que los intelectuales y los empleados supriman a la minoría obrera, la condenen al silencio y *transformen al partido en un club de discusión muy inteligente, pero absolutamente inhabitable para los obreros*.

"Habrá que fijar la misma regla para los militantes y propagandistas de la *organización juvenil, de otra manera corremos el peligro de educar a buenos elementos jóvenes, en una escuela de diletantismo revolucionario y no de lucha revolucionaria*".

De esta carta surge, al menos así lo creo, que no mencioné el peligro de una desviación pequeño-burguesa el día después del pacto Hitler-Stalin o el día después del desmembramiento de Polonia, sino que lo adelanté persistentemente hace dos años y aún más. Además, como lo señalé entonces, teniendo en cuenta sobre todo la fracción "inexistente" de Abern, era un requisito absolutamente indispensable para poder purificar la atmósfera del partido, que los elementos judíos pequeño-burgueses de la sección Nueva York fueran sacados de su habitual ambiente conservador y se los disolviera en el verdadero movimiento obrero. Precisamente por esto es que la carta arriba transcrita (no era la primera de esa clase), escrita más de dos años antes de que comenzara la actual discusión, es de un peso mucho mayor como prueba que todos los trabajos de los líderes de la oposición sobre los motivos que me impulsaron a salir en defensa de la "camarilla de Cannon".

IV

La inclinación de Shachtman a ceder ante la influencia pequeño-burguesa, especialmente ante la académica y literaria, no fué nunca un secreto para mí. Durante la

época de la Comisión Dewey, escribí el 14 de octubre de 1937 a Cannon, Shachtman y Warde:

"... He insistido en la necesidad de rodear al Comité de delegados de agrupaciones obreras a fin de crear un enlace entre el Comité y las masas... Los camaradas Warde, Shachtman y otros estuvieron de acuerdo conmigo en este punto. Analizamos en común las posibilidades prácticas de realizar este plan... Pero, posteriormente, a pesar de mis repetidas preguntas, no tuve nunca información sobre este asunto y sólo accidentalmente me enteré que el camarada Shachtman se oponía a ello. ¿Por qué? No sé".

Shachtman nunca me hizo conocer sus razones. En mi carta me expresé con la mayor diplomacia, pero no tenía la menor duda de que, si bien Shachtman estaba de acuerdo conmigo de palabra, en la realidad tenía herir la excesiva sensibilidad política de sus temporarios aliados liberales: en *este sentido* Shachtman demuestra una excepcional "delicadeza".

V

El 15 de abril de 1938, escribí a Nueva York:

"Estoy un poco asombrado por la clase de publicidad que se hace a la carta de Eastman en *The New International*. La publicación de la carta está bien, pero la importancia que se le da en la tapa, combinado con el silencio sobre el artículo de Eastman en *Harper's*, me parece un poco comprometedor para *The New International*. Mucha gente interpretará este hecho como disposición nuestra a cerrar los ojos en materia de principios, cuando está de por medio la amistad".

VI

El 1º de junio del 38, escribí al camarada Shachtman:

"Nos resulta difícil comprender aquí, por qué tiene usted una actitud tan tolerante y hasta amistosa hacia Mr. Eugene Lyons. Habla, según parece, en vuestros ban-

quetes; y al mismo tiempo habla en los banquetes de los Guardias Blancos”.

Esta carta continuaba la lucha por una política más independiente y resuelta hacia los llamados “liberales”, quienes, a la vez que libran una lucha contra la revolución, desean mantener “relaciones amistosas” con el proletariado, para dar a su mercancia doble valor ante los ojos de la opinión pública burguesa.

VII

El 6 de octubre de 1938, casi un año antes de que comenzara la discusión, escribí sobre la necesidad de que nuestra prensa partidaria mirara decididamente hacia los trabajadores:

“En este aspecto es muy importante la actitud del *Socialist Appeal*. Indudablemente, es un periódico marxista muy bueno, pero no es un verdadero instrumento de acción política... He tratado de interesar al comité de redacción del *Socialist Appeal* sobre esta cuestión, pero sin éxito”.

En estas palabras se evidencia una nota de queja. Y no es accidental. El camarada Shachtman, como ya he mencionado, despliega mucho mayor interés por los episodios literarios aislados de luchas hace tiempo concluidas que por la composición social de su propio partido o los lectores de su propio periódico.

VIII

El 20 de enero de 1939, en una carta que ya he citado al tratar el materialismo dialéctico, toqué una vez más la cuestión de la gravitación del camarada Shachtman hacia el ambiente de la fraternidad literaria pequeño-burguesa:

“No puedo comprender por qué el *Socialist Appeal* da casi por inexistente al partido stalinista. Este partido representa actualmente una masa de contradicciones. Las escisiones son inevitables. Las adquisiciones más impor-

tantes del próximo período vendrán seguramente del partido stalinista. Nuestra atención política debe concentrarse en él. Debemos seguir el desarrollo de sus contradicciones, día por día, hora por hora. Uno de los camaradas de la dirección debe dedicar su tiempo a las actitudes e ideas stalinistas. Podemos provocar una discusión y, si es posible, publicar cartas de stalinistas titubeantes.

“Esto sería mil veces más importante que invitar a Eastman, Lyons y demás, a presentar sus sudores individuales. Me asombró algo que usted hiciera lugar al último insignificante y arrogante artículo de Eastman... Pero estoy absolutamente perplejo ante el hecho de que usted, personalmente, invite a esta gente a ensuciar las poco numerosas páginas de *The New International*. La perpetuación de esta polémica puede interesar a algunos intelectuales pequeño-burgueses, pero no a los elementos revolucionarios.

“Tengo la firme convicción de que es necesario introducir cierta reorganización en *The New International* y en *Socialist Appeal*: más distancia de Eastman, Lyons, etcétera, y más cerca de la clase obrera y; en este sentido, del partido stalinista”.

Los recientes acontecimientos han demostrado, es lamentable decirlo, que Shachtman no se alejó de Eastman y compañía, sino que, por el contrario, se acercó a ellos.

IX

El 27 de mayo de 1939, escribí nuevamente sobre el carácter del *Socialist Appeal*, en relación con la composición social del partido:

“Por los datos enviados, veo que está teniendo dificultades con el *Socialist Appeal*. El periódico está muy bien hecho desde el punto de vista periodístico; pero es un periódico para los trabajadores y no un periódico obrero...”

“El periódico está dividido entre varios escritores, cada uno de ellos muy bueno, pero en conjunto no permiten que los obreros penetren en las páginas del *Appeal*. Cada

uno de ellos habla para los obreros (y habla muy bien) pero ninguno escucha a los obreros. A pesar de su brillo literario, el periódico ha caído víctima en cierto grado de la rutina periodística. Ustedes no escuchan para nada cómo viven los obreros, cómo lucha, cómo se baten con la policía o cómo toman whisky. Esto es muy peligroso para el periódico como instrumento revolucionario del partido. La tarea no consiste en hacer un periódico mediante los esfuerzos conjuntos de un calificado comité de redacción, sino en alentar a los obreros a que se expresen por sí mismos.

“Es necesario como condición de éxito efectuar un cambio valiente y radical...”

“Naturalmente, no se trata sólo del periódico sino de todo el curso de la política. Continúo siendo de opinión de que tienen *demasiados muchachos y muchachas pequeño-burgueses* que son muy buenos y abnegados por el partido, pero que no se dan cuenta plenamente de que su deber no es discutir entre ellos sino penetrar en el fresco medio del proletariado. Repito mi proposición: todo miembro pequeño-burgués del partido que durante cierto tiempo, digamos tres o seis meses, no gane un obrero para el partido, debe ser transferido a la categoría de simpatizante y después de otros tres meses, expulsado del partido. En algunos casos podrá parecer injusto pero el partido en su conjunto recibirá un saludable choque, del que necesita mucho. Es necesario hacer un cambio muy radical”.

Al proponer medidas tan draconianas como la expulsión de aquellos elementos pequeño-burgueses incapaces de ligarse a los obreros, no tenía en cuenta la “defensa” de la fracción de Cannon sino salvar al partido de la degeneración.

X

Comentando las voces escépticas que me llegaban del Partido de los Obreros Socialistas, escribí al camarada Cannon, el 16 de junio de 1939:

“La situación de preguerra, la agravación del nacio-

nalismo, etc., es un obstáculo natural puesto en nuestro desarrollo y la causa profunda de depresión existente en nuestras filas. Pero debo subrayar *que cuanto más pequeño-burguesa sea la composición del partido, tanto más estará sujeto a los cambios de la opinión pública oficial*. Es un argumento más en favor de la necesidad de realizar una valiente y activa reorientación hacia las masas.

“Los razonamientos pesimistas que usted menciona en su artículo son, naturalmente, un reflejo de la presión nacionalista, patriótica de la opinión pública oficial. «Si el fascismo triunfa en Francia...» «Si el fascismo triunfa en Inglaterra...» Y así por el estilo. Los triunfos del fascismo son importantes, pero la agonía de muerte del capitalismo es más importante”.

La cuestión de la dependencia del ala pequeño-burguesa del partido ante la opinión pública oficial fué planteada, en consecuencia, varios meses antes de que comenzara la actual discusión y ella no fué traída artificialmente a fin de desacreditar a la oposición.

* * *

El camarada Shachtman exigía que yo proporcionara “precedentes” de la tendencia pequeño-burguesa entre los dirigentes de la oposición durante el pasado período. He ido tan lejos en la contestación de su pregunta que he podido seleccionar al camarada Shachtman entre los líderes de la oposición. Estoy lejos de haber agotado el material de que dispongo. Tengo dos cartas —una de Shachtman, otra mía— que son, tal vez, más interesantes como “precedentes” y que citaré más adelante. Que no objete Shachtman que los errores y olvidos que contienen la correspondencia pueden ser utilizados contra otros camaradas, incluso contra representantes de la actual mayoría. Posiblemente. Probablemente. Pero el nombre de Shachtman no aparece repetido por casualidad en esta correspondencia. Lo que en otros demostró ser errores cometidos episódicamente, en Shachtman demostró ser una tendencia.

En todo caso, y en completa oposición a lo que ahora pretende Shachtman sobre mis “repentinas” e “inespera-

das" apreciaciones, puedo demostrar con documentos en la mano —y creo haberlo demostrado— que mi artículo sobre la oposición pequeño-burguesa no fué más que el resumen de mi correspondencia con Nueva York durante los últimos tres años (en realidad, de los últimos diez años). Shachtman pidió "precedentes" en forma muy demostrativa. Ya le he dado "precedentes". Los que hablan íntegramente contra Shachtman.

EL BLOQUE FILOSOFICO CONTRA EL MARXISMO

Los círculos de la oposición consideran posible afirmar que la cuestión del materialismo dialéctico fué introducida sólo por mí porque me hizo falta una respuesta a preguntas "concretas" sobre Finlandia, Latvia, India, Afganistan, Belukistán, etc. Este argumento, carente de todo mérito en sí mismo es interesante, sin embargo, en la medida en que caracteriza el nivel de ciertos individuos de la oposición: su actitud frente a la teoría y frente a la lealtad ideológica más elemental. No sería inoportuno, por lo tanto, referirnos al hecho de que mi primera conversación seria con los camaradas Shachtman y Novack, en el tren, inmediatamente después de mi llegada a México, en enero de 1937, estuvo consagrada a la necesidad de propagar persistentemente el materialismo dialéctico. Después que nuestra sección norteamericana se separó del Partido Socialista, insistí más enérgicamente en la pronta publicación de un órgano teórico, para lo cual tenía de nuevo en la mente la necesidad de educar al partido, primero y principalmente a sus nuevos afiliados, en el espíritu del materialismo dialéctico. En los Estados Unidos —escribí entonces— en donde la burguesía inocular sistemáticamente el empirismo vulgar en los trabajadores, es más necesario que en cualquier otra parte, apresurar la elevación del movimiento hasta un nivel teórico adecuado. El 20 de enero de 1939, escribí al camarada Shachtman en relación con su artículo (escrito en cola-

boración con el camarada Burnham) "Intelectuales en retirada":

"El pasaje sobre la dialéctica es el mayor golpe que usted personalmente como director de *The New International*, podía haber dado a la teoría marxista... Bien! Ya hablaremos de esto públicamente".

Así, hace un año, dí abiertamente la noticia, adelantándome a Shachtman, de que yo tenía el propósito de emprender una lucha pública en contra de sus tendencias eclécticas. En aquel momento, no se habló nada de la oposición que se acercaba; en todo caso, muy lejos de mi mente estaba el suponer que el bloque filosófico contra el marxismo preparaba el terreno para un bloque político contra el programa de la Cuarta Internacional.

El carácter de las diferencias que han subido a la superficie no ha hecho más que confirmar mis anteriores temores tanto en lo que se refiere a la composición social del partido como a la educación teórica de sus cuadros. No hubo nada que requiriera un cambio de pensamiento o de introducción "artificial". Así es como se plantean las cosas en realidad. Permítaseme agregar que me siento algo avergonzado ante el hecho de que es casi necesario justificarse para salir en defensa del marxismo dentro de una de las secciones de la Cuarta Internacional!

En su "carta abierta", Shachtman se refiere particularmente al hecho de que el camarada Vincent Dunne expresó satisfacción respecto al artículo sobre los intelectuales. Es que yo también lo alabé: "Muchos pasajes son excelentes". Sin embargo, como dice el proverbio ruso, "una cucharada de alquitrán puede echar a perder un barril de miel". Se trata precisamente de esa cucharada de alquitrán. El pasaje consagrado al materialismo dialéctico expresa un número de concepciones monstruosas desde el punto de vista marxista, cuya finalidad, como ahora se aclara, fué la de preparar el terreno al bloque político. Ante la obstinación con la que Shachtman persiste en que yo me he aferrado del artículo como pretexto, permítaseme citar una vez más el pasaje principal del trozo que nos interesa:

“... así como nadie todavía ha demostrado que el acuerdo o el desacuerdo respecto de las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico necesariamente afecte (!) las resoluciones políticas concretas de hoy o mañana; y los partidos políticos, los programas y luchas están basados en resoluciones concretas” (New International, enero de 1939, p. 7). ¿No basta esto? Lo que sobre todo es asombroso en esta fórmula, indigna de un revolucionario, es: “los partidos políticos, programas y luchas... están basados en esas resoluciones concretas”. ¿Qué partidos? ¿Qué programas? ¿Qué luchas? Todos los partidos y todos los programas se encuentran aquí amontonados juntos. El partido del proletariado es un partido que no se parece a los demás. No está basado, en modo alguno, sobre esas “resoluciones concretas”. En su fundamento profundo, es diametralmente opuesto a los partidos de los mercaderes burgueses y de los ropavejeros pequeños burgueses. Su tarea es la preparación de una revolución social y la regeneración de la humanidad sobre nuevas bases materiales y morales. Con el objeto de no abandonar la ruta, bajo la presión pública burguesa y la represión policíaca, el revolucionario proletario, con mayor razón un dirigente, necesita una concepción del mundo clara, profunda, completamente puntualizada. Solamente sobre la base de una concepción marxista unificada, es posible abordar correctamente las cuestiones “concretas”.

Aquí comienza precisamente la traición de Shachtman. No un mero error, como quise creer el año pasado, sino, como resulta ahora claro, una franca traición teórica. Siguiendo los pasos de Burnham, Shachtman enseña al joven partido revolucionario que “nadie todavía ha demostrado” —es de presumirse— que el materialismo dialéctico afecte la actividad política del partido. “Nadie todavía ha demostrado”, en otras palabras, que el marxismo sea de alguna utilidad en la lucha del proletariado. Consecuentemente, el partido no tiene el menor motivo para apropiarse y defender el materialismo dialéctico. Esto es nada menos que renunciar al marxismo, al méto-

do científico en general; una lamentable capitulación ante el empirismo. Precisamente eso constituye el bloque filosófico de Shachtman con Burnham, y a través de éste, con los sacerdotes de la “ciencia” burguesa. Precisamente a eso y sólo a eso es a lo que me referí en mi carta del 20 de enero del año pasado.

El 5 de marzo contestó Shachtman: “He releído el artículo de enero de Burnham y Shachtman a que usted se refiere, y mientras a propósito de él usted me ha escrito que yo debería haber propuesto un contenido diferente aquí (!) y allá (!), si es que el artículo había de ser vuelto a redactar, no puedo estar de acuerdo con usted en lo substancial de su crítica”.

Esa réplica, como acontece siempre con Shachtman en una situación seria, en realidad no expresa nada de lo que se discute; al mismo tiempo, da la impresión de que Shachtman ha dejado una puerta abierta para la retirada. Ahora, cogido por el frenesí fraccionista, promete “hacer esto de nuevo y repetidamente mañana”. ¿Hacer qué? ¿Capitular ante la “ciencia” burguesa? ¿Renunciar al marxismo?

Shachtman me explica extensamente (ya veremos con qué fundamentos) la utilidad de éste o de aquel *bloque político*. Yo hablé acerca de la naturaleza mortífera de la *traición política*. Un bloque puede estar justificado según su contenido y según las circunstancias. Ningún bloque puede justificar la traición teórica. Shachtman se refiere al hecho de que el artículo tiene un carácter puramente político. No hablo yo del artículo, sino del pasaje que renuncia al marxismo. Si un texto de física contuviera aunque fueran sólo dos líneas sobre Dios como causa primera, estaría en mi derecho en concluir que el autor es un obscurantista.

Shachtman no responde a la acusación, sino que trata de distraer la atención volviéndose hacia materias sin importancia. “¿En qué difiere —pregunta— lo que usted llama mi “bloque con Burnham en la esfera filosófica” del bloque de Lenin con Bogdanov? ¿Por qué éste sí tenía principios y el nuestro no? Me interesaría mucho

la respuesta a esta pregunta". Me ocuparé desde luego de la diferencia política, o mejor dicho, de la diametral oposición política entre ambos bloques. Aquí nos interesa la cuestión del método marxista. ¿En dónde está la diferencia que usted busca? En que Lenin nunca proclamó en beneficio de Bogdanov que el materialismo dialéctico fuese superfluo para resolver "cuestiones políticas concretas". En que Lenin nunca confundió teóricamente el partido bolchevique con los partidos en general. El era orgánicamente incapaz de proferir semejantes abominaciones. Y no sólo él, sino cualquiera de los bolcheviques serios. Esa es la diferencia. ¿Comprende usted? Sarcásticamente, me promete Shachtman que a él le "interesaría" una respuesta clara. Confío en que se la he dado. No reclamo el "interés".

LO ABSTRACTO Y LO CONCRETO. ECONOMIA Y POLITICA

El pasaje más lamentable del lamentable escrito de Shachtman lo constituye el capítulo "El Estado y el carácter de la guerra". "¿Cuál es, pues, nuestra posición?" —pregunta el autor—. "Simplemente ésta: es imposible deducir *directamente* nuestra política, respecto de una guerra específica, de una caracterización *abstracta* de la índole de clase del Estado envuelto en la guerra; más particularmente, de las formas de propiedad prevalecientes en ese Estado. Nuestra política debe desprenderse de un examen *concreto* del carácter de la guerra, en relación con los intereses de la revolución socialista internacional" (subornado por mí. L. T.). ¡Qué confusión! ¡Qué embrollo sofisticado! Si es imposible deducir nuestra política *directamente* del carácter de clase de un Estado, entonces, por qué no podría conseguirse eso *indirectamente*? ¿Por qué el análisis del carácter del Estado ha de ser *abstracto*, mientras que el análisis del carácter de la guerra es *concreto*? Formalmente hablando, se puede decir con el mismo derecho —en realidad, con mucho mayor derecho— que nuestra política en relación a la

U.R.S.S., puede deducirse no de una caracterización *abstracta* de la guerra como "imperialista" sino sólo de un análisis *concreto* del carácter del Estado en la situación histórica dada. El sofisma fundamental sobre el que Shachtman construye todo lo demás es bastante simple: puesto que las bases económicas no determinan inmediatamente los acontecimientos de la super-estructura; puesto que la sola caracterización de clase del Estado *no basta* para resolver sobre las tareas prácticas, por consiguiente... podemos salir adelante sin examinar la economía ni la naturaleza de clase del Estado, reemplazándola como lo hace Shachtman, en su jerga periodística, con las "realidades de los acontecimientos vivientes".

El mismo artificio hecho circular por Shachtman para justificar su bloque filosófico con Burnham (el materialismo dialéctico no determina inmediatamente nuestra política, por consiguiente... *no afecta en general* las "tareas políticas concretas") se repite aquí palabra por palabra en relación con la filosofía marxista: puesto que las formas de propiedad no determinan la política del Estado en forma inmediata, es posible, por eso mismo, arrojar por la borda la sociología marxista en general al determinar las "tareas políticas concretas".

Pero, ¿por qué para ahí? Puesto que la ley del valor no determina los precios "directa" ni "inmediatamente"; puesto que las leyes de selección natural no determinan "directa" ni "inmediatamente" el nacimiento de un cerdo glotón; puesto que las leyes de la gravedad no determinan "directa" ni "inmediatamente" el rodar de un policía ebrio por una escalera, por lo tanto... dejemos a Marx, a Darwin, a Newton, y a todos los demás enamorados de las "abstracciones", coleccionar polvo en sus anaqueles. Esto es nada menos que el entierro solemne de la ciencia, ya que, después de todo, el curso entero del desarrollo de la ciencia procede de las causas "directas" e "inmediatas" hasta las más remotas y profundas; de las múltiples variedades y acontecimientos kaleidoscópicas a la unidad de las fuerzas directrices.

La ley del valor no determina los precios "inmediatamente", pero sin embargo, los determina. Fenómenos tan "concretos" como la bancarrota de la política del New Deal, encuentran su explicación, en último análisis, en la "abstracta" ley del valor. Roosevelt no lo sabrá, pero un marxista tendrá cuidado en no proceder sin conocerla. No es en forma inmediata sino a través de una serie completa de factores intermediarios y de su interacción recíproca, como las formas de propiedad determinan no sólo la política sino también la moral. Un político proletario que trate de ignorar la naturaleza de clase del Estado terminará invariablemente como el policía que ignora las leyes de la gravitación; es decir, rompiéndose la nariz.

Es evidente que Shachtman no toma en cuenta la diferencia que existe entre lo abstracto y lo concreto. Al luchar por lograr alcanzar lo concreto, nuestra mente opera con abstracciones. Aun este perro "dado", "concreto", es una abstracción porque vive en estado de cambio; por ejemplo, al dejar caer su cola cuando lo señalamos con el dedo. La concreción es un concepto relativo y no absoluto: lo que es concreto en un caso se torna abstracto en otro: es decir, insuficientemente definido para un propósito determinado. Con el objeto de obtener un concepto suficientemente "concreto" para una necesidad dada es preciso correlacionar varias abstracciones en una, exactamente igual a como cuando reproducimos un segmento de vida en una pantalla —una película en movimiento— tenemos que combinar cierto número de fotografías fijas.

Lo concreto es una combinación de abstracciones, no una combinación arbitraria o subjetiva, sino una que corresponda a las leyes del movimiento de determinado fenómeno.

"Los intereses de la revolución socialista internacional" a los que apela Shachtman en contra de la naturaleza de clase del Estado, representa en este caso dado la más vaga de todas las abstracciones. Después de todo, la cuestión que nos ocupa es precisamente ésta: ¿en qué

forma concreta podemos servir los intereses de la revolución? No sería inoportuno recordar también que la tarea de la revolución socialista es crear un Estado obrero. Antes de hablar de la revolución socialista, en consecuencia, es necesario aprender a distinguir entre "abstracciones" como burguesía y proletariado, Estado capitalista y Estado obrero.

Shachtman, sin embargo, derrocha su tiempo y el de los demás en probar que la propiedad nacionalizada no determina "en sí y por sí misma", "automáticamente", "directamente", "inmediatamente", la política del Kremlin. Respecto de la cuestión de cómo la "base" económica determina la "super-estructura" política, jurídica, filosófica, artística, etc., existe una rica literatura marxista. La opinión de que la economía pueda determinar directa e inmediatamente la capacidad creadora de un compositor o siquiera el veredicto de un juez, representa una añeja caricatura del marxismo que el profesorado burgués de todos los países ha hecho circular interminablemente para ocultar su impotencia intelectual¹.

En cuanto a la cuestión que nos concierne inmediatamente, la inter-relación entre los fundamentos sociales del Estado soviético y la política del Kremlin, permítaseme recordar al olvidadizo Shachtman que por 17 años hemos venido señalando públicamente las *contradicciones* crecientes entre los fundamentos establecidos por la revolución de octubre y las tendencias de la "super-estructura" estatal. Paso a paso, hemos seguido la creciente independencia de la burocracia respecto del proletariado soviético y el crecimiento de su dependencia respecto de otras clases y grupos, tanto de dentro como de fuera del país. ¿Qué pretende añadir exactamente Shachtman en este dominio al análisis que ya hemos practicado?

Sin embargo, a pesar de que lo económico no determina ni directa ni inmediatamente lo político, sino sólo en último análisis, *a pesar de todo, lo económico determi-*

¹ Recomendando a los jóvenes camaradas que sobre esta cuestión estudien los trabajos de Engels (*Anti-Düring*), Plejanov y Antonio Labriola.

na lo político. Los marxistas afirman precisamente eso, en contraste con los profesores burgueses y sus discípulos. Mientras analizábamos y exponíamos la creciente independencia política de la burocracia respecto del proletariado, nunca perdimos de vista los límites sociales objetivos de esa "independencia"; es decir, la propiedad nacionalizada complementada con el monopolio del comercio exterior.

¡Asombroso! Shachtman continúa apoyando la consigna de una revolución política contra la burocracia soviética. ¿Ha pensado él alguna vez seriamente en el significado de esa consigna? Si nosotros sostuviéramos que los fundamentos sociales establecidos por la revolución de octubre se reflejan "automáticamente" en la política del Estado, ¿por qué entonces sería necesaria una *revolución* contra la burocracia? Por otra parte, si la U.R.S.S. ha dejado de ser un Estado obrero, no sería una revolución política la que se requeriría, sino una revolución social. En consecuencia, Shachtman continúa sosteniendo las siguientes consignas: 1) La del carácter de Estado obrero de la U.R.S.S.; 2) La del antagonismo irreconciliable entre los fundamentos sociales del Estado y la burocracia. Pero mientras él repite las consignas, trata de socavar sus cimientos teóricos. ¿Será quizás con el fin de demostrar una vez más la independencia de su política respecto de las "abstracciones" científicas?

So pretexto de emprender una lucha contra la caricatura burguesa del materialismo dialéctico, Shachtman abre de par en par las puertas al idealismo histórico. Las formas de la propiedad y el carácter de clase del Estado son motivo de *indiferencia* para él en el análisis de la política de un gobierno. El Estado mismo se le presenta como un animal de sexo indeterminado. Con ambos pies firmemente plantados en su lecho de rosas, Shachtman nos explica pomposamente —¡en pleno 1940!— que además de la propiedad nacionalizada existe también la inmundicia bonapartista y su política reaccionaria. ¡Vaya novedad! Pensó Shachtman por casualidad que estaba hablando en un kindergarten?

SHACHTMAN HACE UN BLOQUE... TAMBIEN CON LENIN

Para ocultar su fracaso en la inteligencia de la esencia del problema de la naturaleza del Estado soviético, Shachtman saltó sobre las palabras que Lenin dirigió contra mí el 30 de diciembre de 1920, durante la llamada discusión sobre los sindicatos: "El camarada Trotsky habla del Estado obrero. Permitidme; pero eso es una abstracción... Nuestro Estado no es en realidad un Estado obrero sino un Estado obrero y campesino... Nuestro actual Estado es tal que aun el proletariado organizado debe defenderse a sí mismo y nosotros debemos utilizar esas organizaciones obreras para la defensa de los trabajadores contra su Estado y para la defensa de nuestro Estado por los trabajadores". Apoyado por esta cita y apresurándose a proclamar que yo había repetido mi "error" de 1920, Shachtman no se dió cuenta en su precipitación de un error mayúsculo en la cita relacionada con la naturaleza del Estado soviético. El 19 de enero, Lenin mismo escribió lo siguiente acerca de su discurso del 30 de diciembre: "Yo declaré: nuestro Estado no es en realidad un Estado obrero, sino un Estado obrero y campesino... Al leer la versión de lo discutido, veo ahora que estaba equivocado... Debí decir: «El Estado obrero es una abstracción. En realidad, tenemos un Estado obrero con las siguientes características especiales: 1) son los campesinos y no los obreros los que predominan en la población; 2) es un Estado obrero con deformaciones burocráticas». De ese episodio se siguen dos conclusiones: Lenin atribuía tan gran importancia a la definición sociológica precisa del Estado que consideró necesario corregirse a sí mismo en el mayor calor de una polémica! Shachtman se interesa tan poco en la naturaleza de clase del error de Lenin ni de su corrección del mismo por el propio Lenin que 20 años más tarde ignora realmente ambos!

No me detendré aquí sobre la cuestión de lo bien que enderezaba Lenin sus argumentos en mi contra. Creo que

lo hizo incorrectamente... dado que no existían diferencias de opinión entre nosotros sobre la definición del Estado. Pero no es ese el problema ahora. La formulación teórica sobre el Estado hecha por Lenin en el párrafo arriba citado, conjuntamente con la importante corrección que él mismo introdujo días más tarde, es absolutamente correcta. Permítasenos escuchar cómo es increíble el empleo que hace Shachtman de la definición de Lenin: "Del mismo modo como era posible hablar hace 20 años —escribe— del término "Estado obrero" como de una abstracción, así también es posible hablar del término "Estado obrero degenerado" como de una abstracción". Es evidente que Shachtman no consigue entender a Lenin. Hace 20 años, el término "Estado obrero" no podía ser considerado de ningún modo una abstracción *en general*; es decir, algo irreal o inexistente. La definición "Estado obrero", aunque correcta en sí y por sí misma, era *inadecuada* en relación con una tarea en particular, o sea la defensa de los trabajadores por medio de sus sindicatos; y sólo en este sentido ella era abstracta. Sin embargo, en relación con la defensa de la U.R.S.S. contra el imperialismo, esta misma definición era, en 1920, al igual que hoy, inmoviblemente concreta, al hacer obligatoria para los trabajadores la defensa del Estado dado.

Shachtman no está de acuerdo. Escribe: "Así como entonces fué necesario, en conexión con el problema de los sindicatos, hablar concretamente de qué *clase* de Estado obrero existía en la Unión Soviética, así es necesario establecer, en conexión con la actual guerra, el *grado* de degeneración del Estado soviético... y el *grado* de degeneración del régimen no puede establecerse por medio de una referencia abstracta a la existencia de la propiedad nacionalizada, sino por la observación de las realidades (!) de los acontecimientos (!) vivientes (!)". De ahí, resulta completamente incomprensible por qué en 1920 la cuestión del carácter de la U.R.S.S. fué suscitada en conexión con los sindicatos, es decir, con cuestiones particulares internas del régimen, mientras que ahora es suscitada en conexión con la defensa de la U.R.S.S.,

esto es, en relación con el destino total del Estado. En el primer caso, el Estado obrero era contrapuesto a los obreros; en el último, a los imperialistas. Pequeño prodigio el de esta analogía que cojea de ambas piernas: lo que Lenin contraponía, Shachtman lo identifica.

No obstante, inclusive si tomamos las palabras de Shachtman por su valor nominal, se sigue que la cuestión que a él interesa es sólo el *grado de degeneración* (¿de qué?, ¿de un Estado obrero?), es decir, las diferencias cuantitativas de evaluación. Supongamos que Shachtman haya puntualizado (¿dónde?) el "grado" más precisamente que nosotros. ¿En qué forma pueden, diferencias puramente cuantitativas, en la evaluación de la degeneración del Estado obrero, afectar nuestra decisión sobre la defensa de la U.R.S.S.? Es imposible hacer de esto algo que tenga pies y cabeza. La verdad es que Shachtman continúa fiel al eclecticismo, es decir, a sí mismo, empeñado en la cuestión del "grado" esforzándose para mantener su equilibrio entre Abern y Burnham. Lo que se disputa, en realidad, no es el *grado* determinado por las "realidades de los acontecimientos vivientes" (cuan precisa, "científica", "concreta" y "experimental" terminología!), sino si estos cambios *cuantitativos* se han transformado en cambios *cualitativos*; es decir, si la U.R.S.S. es todavía un Estado obrero, aunque sea degenerado, o si se ha transformado en un nuevo tipo de Estado explotador.

Shachtman no contesta a esa pregunta básica; le parece que no se necesita una respuesta. Su argumento estriba en un puro mimetismo verbal de las palabras de Lenin, pronunciadas en una ocasión distinta, con diferente contenido y que incluyen un error ya subsanado. Lenin declaró en su versión correcta: "El Estado en cuestión no es simplemente un Estado obrero, sino un Estado obrero con deformaciones burocráticas". Shachtman declaró: "El Estado en cuestión no es simplemente un Estado obrero degenerado, sino..." ¿sino qué? Nada consigue añadir Shachtman. Orador y auditorio se miran de hito en hito, boquiabiertos.

¿Qué significa "Estado obrero degenerado" en nuestro programa? A esa interrogación, responde nuestro programa con un grado de concreción que resulta enteramente adecuado para resolver la cuestión de la defensa de la U.R.S.S. Esto es: 1) los rasgos que en 1920 constituían una "deformación burocrática" del sistema soviético se han vuelto ahora un régimen burocrático independiente, que ha devorado a los soviets; 2) la dictadura de la burocracia, incompatible con las tareas internas e internacionales del socialismo, ha introducido y continúa introduciendo también en la vida económica del país, deformaciones profundas; 3) básicamente, sin embargo, el sistema de la economía planeada, sobre los fundamentos de la propiedad estatal de los medios de producción, se ha conservado, y continúa siendo una conquista colosal de la humanidad. La derrota de la U.R.S.S. en una guerra contra el imperialismo significaría, no sólo la liquidación de la dictadura burocrática, sino la de la economía estatal planificada y el demembramiento del país en zonas de influencia, una nueva estabilización del imperialismo y un nuevo debilitamiento del proletariado.

De la circunstancia de que la deformación "burocrática" ha crecido hasta convertirse en un régimen de autocracia burocrática, sacamos nosotros la conclusión de que la defensa de los trabajadores por medio de sus sindicatos (que han sufrido la misma degeneración que el Estado) es hoy, en contraste con 1920, completamente irreal; es necesario derrocar a la burocracia; esta tarea sólo puede llevarse a cabo por medio de la creación de un partido bolchevique en la U.R.S.S.

De la circunstancia de que la degeneración del sistema político todavía no ha llevado hasta la destrucción de la economía estatal planificada, sacamos la conclusión de que todavía es deber del proletariado mundial defender a la U.R.S.S. en contra del imperialismo y ayudar al proletariado soviético en su lucha contra la burocracia.

¿Qué es exactamente lo que Shachtman encuentra abstracto en nuestra definición? ¿Qué enmiendas concretas propone él? Si la dialéctica nos enseña que "la

verdad es siempre concreta", entonces, esa ley se aplica con igual fuerza a la crítica. No basta con calificar de abstracta una definición. Es preciso señalar exactamente qué es lo que le falta. De otro modo, la crítica misma es estéril. En lugar de concretar la definición que él tacha de abstracta, Shachtman la substituye con el vacío. Eso no basta. El vacío, aun el más pretencioso, debe ser calificado como la peor de todas las abstracciones: puede llenársele con todos los contenidos. Pequeño prodigio el de este vacío teórico, que, al desplazar el análisis clasista arrastra hacia la política del impresionismo y del aventurerismo.

"ECONOMIA CONCENTRADA"

Shachtman continúa citando las palabras de Lenin de que "la política es economía concentrada" y de que, en ese sentido, "la política no puede menos de tomar la primacía respecto de la economía". De las palabras de Lenin, Shachtman saca contra mí la moraleja de que estoy interesado, por decirlo así, sólo en "la economía" (medios de producción nacionalizados) y que salto por encima de la "política". Este segundo esfuerzo por explotar a Lenin no es más feliz que el primero. Aquí, el error de Shachtman asume verdaderamente vastas proporciones. Lenin quiere decir: cuando los procesos, tareas e intereses económicos adquieren un carácter *consciente y generalizado* ("concentrado"), entran en la esfera de la política, por virtud de ese mismo hecho, y constituyen la esencia de la política. En este sentido, la política como economía concentrada surge por encima de la actividad económica cotidiana, atomizada, inconsciente y no generalizada.

La justeza de la política, desde el punto de vista marxista, se determina precisamente por la medida en que "concentra" profundamente y en todos sus aspectos lo económico; esto es, en que expresa las tendencias progresivas de su desarrollo. Por eso basamos nuestra política, primero y por encima de todo, sobre nuestro análisis de

las formas de propiedad y de las relaciones de clase. Un análisis más detallado y concreto de los factores de la "super-estructura", sólo es posible para nosotros sobre esa base teórica. Así, por ejemplo, si acusáramos a una fracción adversa de "conservatismo burocrático", inmediatamente buscaríamos las raíces sociales, es decir, de clase del fenómeno. Cualquier otro procedimiento nos rebajaría a la calidad de marxistas "platónicos", sino a la de simples payasos ruidosos.

"La política es economía concentrada". Hay que pensar en aplicar también esta proposición al Kremlin. O bien, como excepción a la regla general, la política del gobierno de Moscú no es "economía concentrada" sino una manifestación del libre arbitrio de la burocracia? Nuestra tentativa de reducir la política del Kremlin a la economía nacionalizada, refractada a través de los intereses de la burocracia, provoca una frenética resistencia de parte de Shachtman. El se guía, en relación a la U.R.S.S., no por la consciente generalización de lo económico, sino por la "observación de las realidades de los acontecimientos vivientes"; esto es, por la ley del lugar, por las improvisaciones, simpatías y antipatías. Contrapone esta política impresionista a la nuestra, sociológicamente fundada, y al mismo tiempo nos acusa de... ignorar lo político. Increíble, pero cierto! Seguramente, en último análisis, la política mal articulada y caprichosa de Shachtman es igualmente expresión "concentrada" de la economía, sólo que —¡ay!— de la economía de la desclasada pequeña burguesía.

COMPARACION CON GUERRAS BURGUESAS

Shachtman nos recuerda que las guerras burguesas fueron en alguna época progresivas y en otro período se volvieron reaccionarias y que, por lo tanto, no basta con dar la definición de clase del Estado empeñado en guerra. Esta proposición no esclarece la cuestión sino que la enturbia. Las guerras burguesas pudieron ser progresivas sólo en una época en que el régimen burgués ínte-

gro era progresivo: en otras palabras, en un tiempo en que la *propiedad burguesa*, en contradicción con la propiedad feudal, era un factor constructivo y progresivo. Las guerras burguesas se volvieron reaccionarias cuando la propiedad burguesa se convirtió en freno del desenvolvimiento. Quiere Shachtman decir en relación con la U.R.S.S., que la propiedad estatal de los medios de producción se ha vuelto un freno para el desarrollo y que la extensión de esta forma de propiedad a otros países constituye una reacción económica? Es evidente que Shachtman no quiere decir esto. Sencillamente no saca la conclusión lógica de sus propios pensamientos.

El ejemplo de las guerras nacionales burguesas enseña una lección muy instructiva pero Shachtman pasa por encima de ella sin inmutarse. Marx y Engels lucharon por una república alemana unificada. En la guerra de 1870-1871, estuvieron del lado de los alemanes a pesar de que la lucha por la unificación era explotada y desfigurada por los parásitos dinásticos.

Shachtman se refiere a que Marx y Engels inmediatamente se volvieron contra Prusia al realizarse la anexión de Alsacia y Lorena. Ese cambio no hace más que ilustrar aún más voluminosamente nuestro punto de vista. Sería imperdonable olvidar por un instante que se trataba de una guerra entre dos Estados *burgueses*. Así, ambos campos tenían un denominador común de clase. Decidir cuál de los dos era el "mal menor" —en la medida en que la historia da lugar a elegir— sólo era posible sobre la base de factores complementarios. Del lado alemán se trataba de crear un Estado *nacional* burgués como campo de combate económico y cultural. El Estado *nacional* durante ese período era un factor histórico progresivo. En esa medida, Marx y Engels estuvieron del lado de los alemanes, a pesar de los Hohenzollerns y de sus junkers. La anexión de Alsacia y Lorena violó el principio del Estado nacional, tanto en lo que se refiere a Francia como a la misma Alemania, y echó las bases para una guerra de venganza. Marx y Engels, lógicamente se volvieron contra Prusia. Sin embargo, no co-

rrieron en ningún momento el peligro de prestar algún servicio a un régimen inferior de economía contra otro superior dado que ambos campos, repetimos, tenían relaciones de propiedad burguesas. Si Francia hubiera sido un Estado obrero en 1870, Marx y Engels habrían estado desde el principio con Francia, puesto que ellos —y es molesto tener que mencionarlo— se guiaban en toda su actividad por un criterio de clase.

Hoy, en los viejos países capitalistas, ya no es la resolución de las tareas nacionales lo que se halla en cuestión. Por el contrario, la humanidad sufre por la contradicción existente entre las fuerzas productivas y el armazón demasiado estrecho del Estado nacional. La economía planificada, sobre la base de la propiedad socializada, libre de las fronteras nacionales es la tarea del proletariado internacional, sobre todo... en Europa. Precisamente esa tarea es la que se expresa con nuestra consigna: "¡Por los Estados Unidos Socialistas de Europa!" La expropiación de los capitalistas en Polonia y en Finlandia es un factor progresivo en sí mismo. Los métodos burocráticos del Kremlin, en este proceso, ocupan el mismo sitio que los métodos dinásticos de los Hohenzollern en la unificación de Alemania. Siempre que tengamos que elegir entre la defensa de formas reaccionarias de propiedad, por medios reaccionarios, y la introducción de formas progresivas de propiedad mediante medidas burocráticas, no colocaremos a ambos campos en un mismo nivel sino que elegiremos el mal menor. En esto no hay más "capitulación" ante el stalinismo de la que hubo ante los Hohenzollern en la política de Marx y Engels. Casi no es necesario añadir que el papel de los Hohenzollern en la guerra de 1870-71 no justificó ni el rol histórico general de la dinastía ni mucho menos su existencia.

DERROTISMO SEGUN LA COYUNTURA O EL HUEVO DE COLON

Permitásenos ahora observar cómo Shachtman, auxiliado por un vacío teórico, opera con las "realidades de

los acontecimientos vivientes" en una cuestión especialmente vital. Escribe: "Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin... Pero, ¿qué es la guerra? La guerra es la continuación de la política por otros medios. Entonces, ¿por qué habríamos nosotros de apoyar esta guerra que es la continuación de la política internacional que nosotros *no* apoyamos?" No se puede negar lo completo de este argumento; bajo la forma de un sencillo silogismo se nos pone aquí frente a una acabada teoría de *derrotismo*. ¡Tan sencillo como el huevo de Colón! Puesto que nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin, no debemos *nunca* apoyar a la U.R.S.S. Entonces, ¿por qué no decirlo?

Nosotros rechazábamos la política interna e internacional del Kremlin ya antes del pacto germano-soviético y antes de la invasión de Polonia por el Ejército Rojo. Eso significa que las "realidades de los acontecimientos vivientes" del año pasado no tienen la menor relación con el caso. Si fuimos defensistas en el pasado con respecto a la U.R.S.S., sólo fué como resultado de la inconsistencia. Shachtman revisa no sólo la política actual de la Cuarta Internacional, sino también la del pasado. Puesto que estamos en contra de Stalin debemos estar también en contra de la U.R.S.S. Stalin hace mucho tiempo que viene sosteniendo esta misma opinión. Shachtman ha llegado a ella recientemente. De su rechazo de la política del Kremlin, se sigue un derrotismo total e indivisible. Entonces, ¿por qué no decirlo?

Pero Shachtman no consigue convencerse con decirlo. En un pasaje anterior escribe: "Decíamos —la minoría continúa diciéndolo— que si los imperialistas asaltaban a la Unión Soviética con el propósito de aplastar la última conquista de la revolución de octubre y reducir a Rusia a un mosaico de colonias, apoyaríamos incondicionalmente a la Unión Soviética". ¡Un momento, un momento! La política del Kremlin es reaccionaria, nosotros no podemos apoyar una guerra reaccionaria. ¿Cómo es, pues, que resulta inesperadamente que si los perversos imperialistas "asaltan" a la U.R.S.S. y si los

perversos imperialistas persiguen el poco recomendable propósito de transformarla en una colonia, cómo es que bajo semejantes "condiciones" excepcionales defenderá a la U.R.S.S. ... "incondicionalmente"? ¿Qué tiene esto de sensato? ¿Dónde está la lógica? ¿O es que Shachtman, siguiendo el ejemplo de Burnham, también ha relegado la lógica a la esfera de la religión y de otros artículos de museo?

La clave de este embrollo de confusión estriba en el hecho de que la declaración: "Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin" es una abstracción. Debe ser disecada y concretada. En su actual política, interior como exterior, la burocracia coloca en primer lugar de defensa de sus propios intereses parasitarios. En este aspecto, nosotros sostenemos una lucha mortal contra ella; pero, en último análisis, a través de los intereses de la burocracia, en una forma retorcida, se reflejan los intereses del Estado obrero. Nosotros defendemos esos intereses, con nuestros propios métodos. Así, no luchamos contra el hecho de que la burocracia salvaguarde (¡a su modo!) la propiedad estatal, el monopolio del comercio exterior o el rechazo de pagar las deudas zaristas. Sin embargo, en una guerra entre la U.R.S.S. y el mundo capitalista —independientemente de los incidentes que hubieren llevado a la guerra o de los "fines" de este o de aquel gobierno— lo que se debate es el destino precisamente de las conquistas históricas que nosotros defendemos incondicionalmente, es decir, a pesar de la política reaccionaria de la burocracia. En consecuencia, la cuestión se reduce —*en última y decisiva instancia*— a la naturaleza de clase de la U.R.S.S.

Lenín dedujo la política del derrotismo del carácter imperialista de la guerra; pero no se detuvo ahí. Dedujo el carácter imperialista de la guerra de la etapa especial porque pasaba el desarrollo del régimen capitalista y su clase dominante. Puesto que el carácter de la guerra se determina precisamente por el carácter de clase de la sociedad y del Estado, Lenín recomendó que al determinar nuestra política frente a la guerra imperialista, nos

abstrajéramos de circunstancias tan "concretas" como la democracia y la monarquía, la agresión y la defensa nacional. En oposición a eso, Shachtman propone que deduzcamos el derrotismo de las condiciones de la coyuntura. Ese derrotismo es indiferente al carácter de clase de la U.R.S.S. y de Finlandia. A él le bastan los rasgos reaccionarios de la burocracia y la "agresión". Si Francia, Inglaterra o los Estados Unidos mandan aeroplanos y cañones a Finlandia, eso no tiene nada que ver con la determinación de la política de Shachtman. Pero si las tropas británicas desembarcan en Finlandia, entonces Shachtman pondrá un termómetro bajo la lengua de Chamberlain y determinará sus intenciones, ya sea que se proponga sólo salvar a Finlandia de la política imperialista del Kremlin, ya sea que, además, se proponga derrocar la "última conquista de la revolución de octubre". En estricto acuerdo con la lectura del termómetro, Shachtman, el derrotista, está listo para transformarse en defensorista. Esto es lo que él quiere decir con sustituir los principios abstractos por las "realidades de los acontecimientos vivientes".

Shachtman, como ya hemos visto, exige insistentemente la cita de precedentes: cuándo y dónde han manifestado en el pasado los líderes de la oposición su oportunismo pequeñoburgués. La respuesta que ya les he dado sobre este punto debo complementarla con dos cartas que cambiamos sobre la cuestión del derrotismo y de los métodos del defensorismo a propósito de la revolución española. El 18 de setiembre de 1937, Shachtman me escribió:

"... Usted dice: si tuviéramos un miembro en las Cortes tendría que votar *en contra* del presupuesto militar de Negrin. A menos que sea un error tipográfico ésto nos parece un *non-sequitur*. Si —en lo que estamos todos de acuerdo— *el elemento de la guerra imperialista* no es el dominante actualmente en la lucha española y si en cambio, el elemento decisivo es todavía la lucha entre la democracia burguesa, con todo lo que ello significa, por una parte, y el fascismo por otra, y si ade-

más estamos obligados a prestar apoyo militar a la lucha contra el fascismo, no vemos cómo sería posible votar en contra en las Cortes del presupuesto militar... Si un camarada socialista del frente de Huesca le preguntara a un bolchevique leninista por qué su representante en las Cortes votó contra la proposición de Negrin de dedicar un millón de pesetas para el frente, ¿qué contestaría este bolchevique leninista? Nos parece que no tendría una respuesta efectiva..."

Esta carta me asombró. Shachtman quería otorgar la confianza al pérfido gobierno de Negrin sobre la base puramente negativa de que "el elemento de la guerra imperialista" no era dominante en España.

El 20 de setiembre de 1937, le contesté a Shachtman:

"Votar el presupuesto militar del gobierno de Negrin significa votarle nuestra confianza *política*... Hacerlo sería un crimen. ¿Cómo explicaría nuestro voto a los obreros anarquistas? Muy simplemente: No tenemos la menor confianza en la capacidad de este gobierno de conducir la guerra y ganarla. Acusamos a este gobierno de proteger a los ricos y de dejar morir de hambre a los pobres. Este gobierno debe ser derrocado. Hasta tanto no seamos suficientemente fuertes para reemplazarlo, luchamos bajo su comando. Pero en toda ocasión expresaremos abiertamente nuestra falta de confianza en él: esa es la única posibilidad de movilizar *políticamente* a las masas contra este gobierno y preparar su derrocamiento. Cualquier otra política sería una traición a la revolución".

El tono de mi respuesta refleja muy débilmente el... asombro que me produjo la posición oportunista de Shachtman. Los errores aislados son naturalmente inevitables pero ahora, dos años y medio más tarde, esta correspondencia es iluminada con nueva luz. Si defendemos la democracia burguesa contra el fascismo, razona Shachtman, no podemos rehusar por lo tanto nuestra confianza al gobierno burgués. Al aplicar este mismo teorema a la U.R.S.S. él se transforma en su opuesto: si

no otorgamos ninguna confianza al gobierno del Kremlin no podemos, por lo tanto, defender al Estado obrero. El pseudo-izquierdismo es también en este caso, el reverso del oportunismo.

RENUNCIA AL CRITERIO DE CLASE

Permítasenos volver una vez más al A B C. En sociología marxista, el punto inicial de análisis de un fenómeno dado, por ejemplo, Estado, partido, tendencia filosófica, escuela literaria, etc., es su definición de clase. En muchos casos, sin embargo, la simple definición de clase es inadecuada, ya que una clase se compone de diferentes estratos, pasa por diferentes fases de desarrollo, se encuentra bajo diferentes condiciones, está sujeta a la influencia de otras clases. Se hace necesario tomar en cuenta factores de segundo y tercer orden, con el objeto de redondear el análisis; según el propósito específico, se les toma ya sea parcial o completamente. Pero, para un marxista, el análisis es imposible sin una caracterización de clase del fenómeno que se considere.

El sistema esquelético y muscular no agota la anatomía de un animal; sin embargo, un tratado de anatomía que intentara "abstraerse" de los huesos y de los músculos, se columpiaría en el aire. La guerra no es un órgano sino una función de la sociedad, es decir, de su clase dominante. Es imposible definir y estudiar una función sin comprender el órgano, en este caso, el Estado; es imposible conseguir un entendimiento científico del órgano sin una inteligencia de la estructura del organismo, en este caso, la sociedad. Los huesos y músculos de la sociedad están constituidos por las fuerzas productivas y las relaciones de clase (de propiedad). Sostiene Shachtman que es posible que una función, la guerra, sea estudiada "concretamente", de modo independiente del órgano al cual pertenece, el Estado. ¿No es monstruoso?

Ese error fundamental se complementa con otro igualmente evidente. Después de separar la función del

órgano, Shachtman, al estudiar la función misma, en contra de todas sus promesas, procede, no de lo abstracto a lo concreto, sino al contrario, disolviendo lo concreto de lo abstracto. La guerra *imperialista* es una de las funciones del capital financiero, es decir, de la burguesía que, llevada a cierta fase de desarrollo, se apoya sobre un capitalismo de estructura específica, llamado capital monopolista. Esta definición es suficientemente concreta para nuestras conclusiones políticas básicas. Pero al extender el término guerra *imperialista* hasta cubrir también el Estado soviético, Shachtman se priva de apoyo para sus propios pies. Con el fin de encontrar una justificación aunque sea superficial para aplicar la misma designación a la expansión del capital financiero y a la expansión del Estado obrero, Shachtman se ve obligado a desprenderse de la estructura social de ambos Estados en conjunto, proclamando que son... una abstracción. Así, jugando al escondite con el marxismo, Shachtman rotula lo concreto como abstracto y ¡escamotea lo abstracto como concreto!

Este juego escandaloso con la teoría no es accidental. En los Estados Unidos, todo pequeñoburgués, sin excepción, está listo a llamar "imperialista" cualquier toma de territorio, especialmente ahora que los Estados Unidos no están ocupados en adquirir tierras. Pero si se dice a ese mismo pequeñoburgués que toda la política exterior del capital financiero es imperialista, ya sea que se lleve o no a cabo, en el momento dado, una anexión o la "defensa" de Finlandia contra anexión, entonces nuestro pequeñoburgués dará un brinco de fervorosa indignación. Naturalmente, los líderes de la oposición difieren considerablemente del pequeñoburgués medio en sus pronósticos y en su nivel político; pero desgraciadamente tienen raíces comunes de pensamiento. Un pequeñoburgués, invariablemente, trata de separar los acontecimientos políticos de su fundamento social, ya que existe un conflicto orgánico entre un análisis clasista de los hechos y la posición social y la educación de la pequeña-burguesía.

UNA VEZ MAS: POLONIA

Mi observación de que el Kremlin, con sus métodos burocráticos, daba un impulso a la revolución socialista en Polonia, es convertida por Shachtman en una afirmación de que, a mi manera de ver, una "revolución burocrática" del proletariado es de presumirse posible. Esto no sólo es incorrecto sino también desleal. Mi expresión estaba rígidamente limitada. No se trata de "revolución burocrática", sino solamente de un impulso burocrático. Negar ese impulso es negar la realidad. Las masas populares de Ucrania Occidental y de Byelo-Rusia, en cualquier caso, sintieron ese impulso, entendieron su significado y lo utilizaron para llevar a cabo una transformación drástica en las relaciones de propiedad. Un partido revolucionario que no se diera cuenta de este impulso a tiempo y que rehusara utilizarlo, no sería bueno más que para arrojarlo al tacho de basura.

Ese impulso en dirección de la revolución socialista fué posible sólo porque la burocracia de la U.R.S.S. se apoya y tiene sus raíces en la economía de un Estado obrero. La utilización revolucionaria de ese "impulso" por los ucranianos y bielorusos fué posible sólo por medio de la lucha de clases en los territorios ocupados y bajo la fuerza del ejemplo de la revolución de octubre. Finalmente, el rápido estrangulamiento o semiestrangulamiento de ese movimiento revolucionario de masas fué posible en virtud de su aislamiento y del poder de la burocracia de Moscú. Quien no sea capaz de entender la interacción dialéctica de estos tres factores: Estado obrero, masas oprimidas y burocracia bonapartista, haría mejor en abstenerse de palabreos sobre los acontecimientos de Polonia.

Para las elecciones a la Asamblea Nacional de la Ucrania Occidental y de Byelo-Rusia Occidental, el programa electoral, dictado naturalmente por el Kremlin, incluyó tres puntos extremadamente importantes: inclusión de ambas provincias en la Federación de la U.R.S.S.; confiscación de los latifundios en favor de los campesinos

y nacionalización de la gran industria y de los Bancos. Los demócratas ucranianos, a juzgar por su conducta, consideraron un mal menor estar unificados bajo la jurisdicción de un solo Estado. Y desde el punto de vista de la futura lucha por la independencia, están en lo justo. En cuanto a los otros dos puntos del programa, se puede pensar que no puede haber duda entre nosotros sobre su carácter progresista. Tratando de pasar a un lado de la realidad, es decir, de que no fueron otras razones que las bases sociales de la U.R.S.S. las que impusieron al Kremlin ese programa de revolución social, Shachtman hace referencia a Letonia, Lituania y Estonia, donde todo se ha mantenido en el mismo estado. ¡Argumento increíble! Nadie ha dicho que la burocracia *siempre y por doquier*, quiera o sea capaz de llevar a cabo la expropiación de la burguesía. Lo único que decimos es que ningún otro gobierno podría haber realizado la transformación social que la burocracia del Kremlin, no obstante su alianza con Hitler, se vió obligada a sancionar en Polonia del Este. De no hacerlo, no habría podido incluir ese territorio en la Federación de la U.R.S.S.

Shachtman se dá por enterado de la transformación social. No puede negarla. Es incapaz de explicarla. Pero trata de salvar la cara. Escribe: "En la Ucrania polaca y en la Rusia Blanca, donde la explotación se intensificó con la opresión nacional... los campesinos comenzaron a tomar la tierra directamente y a arrojar a los terratenientes que ya comenzaban a huir", etc. Resulta que el Ejército Rojo no tuvo nada que ver con eso. Vino a Polonia sólo como "una fuerza contrarrevolucionaria", con el propósito de suprimir el movimiento. Entonces, ¿por qué los obreros y campesinos de la Polonia Occidental tomada por Hitler no organizaron una revolución? ¿Por qué fueron principalmente revolucionarios, "demócratas" y judíos los que huyeron de allí, mientras que de Polonia Oriental fueron principalmente terratenientes y capitalistas los fugitivos? Shachtman no tiene tiempo para pensar en esto: está muy apurado explicándome que la concepción de la "revolución burocrática" es absurda, ya

que la emancipación de los trabajadores sólo pueden llevarla a cabo los trabajadores mismos. ¿No estoy en lo justo al repetir que Shachtman se siente ostensiblemente dentro de un kindergarten?

En el órgano parisiense de los mencheviques —quienes, si eso es posible, son todavía más "irreconciliables" en su actitud en contra de la política extranjera del Kremlin que Shachtman— se refiere que "en las aldeas, muy frecuentemente con la simple aproximación de las tropas soviéticas (es decir, aún antes de su entrada en un distrito dado. L. T.), surgieron comités campesinos por todas partes, órganos elementales del gobierno autónomo campesino revolucionario..." Las autoridades militares se apresuraron, claro está, a subordinar esos comités a los órganos burocráticos establecidos por ellas en los centros urbanos. Sin embargo, se vieron obligados a apoyarse sobre los comités campesinos, desde el momento que sin ellos era imposible llevar a cabo la revolución agraria.

El líder de los mencheviques, Dan, escribió el 19 de octubre: "*De acuerdo con el testimonio unánime de todos los observadores*, la aparición del ejército y de la burocracia soviéticos provocó, no sólo en el territorio ocupados por ellos sino más allá de sus límites, un impulso (!!!) al desorden y a las transformaciones sociales". El "impulso", como puede verse, no fué inventado por mí, sino por el testimonio de "todos los observadores" dotados de ojos y oídos. Dan va todavía más lejos y expresa la suposición de que "las olas engendradas por ese impulso habrán no solamente de afectar el poderío alemán en un lapso relativamente corto, sino también, en grado mayor o menor, penetrar en otros Estados".

Otro autor menchevique escribe: "A pesar de lo que hayan podido intentar en el Kremlin para evitar cualquier cosa que pudiera engolosinar con la gran revolución, el simple hecho de la entrada de las tropas soviéticas en territorios de la Polonia Oriental y las viejas relaciones agrarias semif feudales, todavía existentes allí, tenían que provocar un tempestuoso movimiento agrario. Con la

aproximación de las tropas soviéticas, los campesinos comenzaron a tomar los latifundios de los terratenientes y a formar comités campesinos". Observaréis que: con la *aproximación* de las tropas soviéticas, y de ningún modo con su *expulsión*, como debiera ser de acuerdo a las palabras de Shachtman. Cito el testimonio de los mencheviques porque están muy bien informados, con fuentes de información procedentes de los emigrados judíos y polacos llegados a Francia y con quienes están en amistosos términos y también porque como estos caballeros han capitulado ante la burguesía francesa, no puede sospecharse que hayan capitulado ante el stalinismo.

El testimonio de los mencheviques, por lo demás, se confirma con los informes de la prensa burguesa.

"La revolución agraria en la Polonia soviética ha tenido la fuerza de un movimiento espontáneo. Tan pronto como se extendió el informe de que el Ejército Rojo había cruzado el río Zbrucz, los campesinos comenzaron a repartir entre ellos las hectáreas de los terratenientes. Se dió la tierra primero a los pequeños tenedores y así se expropió cerca de un 30 por ciento de la tierra laborable" (*N. Y. Times*, enero 17 de 1940).

Como si se tratara de un nuevo argumento, Shachtman me lanza mis propias palabras, para sostener que la expropiación de los terratenientes en la Polonia Oriental no puede alterar nuestra apreciación de la política *general* del Kremlin. ¡Claro que no! Nadie lo ha propuesto. Con ayuda de la Internacional Comunista, el Kremlin ha desorientado y desmoralizado a la clase obrera y así, no sólo ha facilitado el estallido de una nueva guerra imperialista, sino que también ha hecho extremadamente difícil la utilización de esa guerra para la revolución. Comparada con esos crímenes, la transformación social en las dos provincias, que fué pagada con creces con el esclavizamiento de Polonia, es naturalmente de importancia secundaria y no puede alterar el carácter general reaccionario de la política del Kremlin. Pero por iniciativa de la misma oposición, la cuestión ahora planteada no es de política general sino de refracción concreta a

través de las condiciones específicas de tiempo y de lugar. Para los campesinos de Galitzia y de la Byelo-Rusia Occidental la transformación agraria fué de la mayor importancia. La Cuarta Internacional no podía boicotear esa transformación sobre la base de que la iniciativa fué tomada por la burocracia reaccionaria. Nuestro estricto deber era participar en la transformación, junto a los obreros y campesinos, y *en esa medida*, junto al Ejército Rojo. Al mismo tiempo, era indispensable prevenir incansablemente a las masas sobre el carácter reaccionario general de la política del Kremlin y de los peligros que eso entraña para los territorios ocupados. Saber cómo combinar esas dos tareas o, más precisamente, las dos fases de la misma tarea, he ahí lo que constituye la política bolchevique.

UNA VEZ MAS: FINLANDIA

Habiendo revelado tan singular perspicacia para entender los acontecimientos de Polonia, Shachtman se lanza sobre mí con autoridad redoblada, en relación con los acontecimientos de Finlandia. En mi artículo "Una oposición pequeñoburguesa" escribí que "la guerra ruso-finlandesa está *aparentemente comenzando* a ser *completada* por una guerra civil, en la cual el Ejército Rojo se encontraba en un momento dado en el mismo campo del pequeño campesino finlandés y de los obreros..." Esta fórmula extremadamente cauta no encontró la aprobación de mi implacable juez. Mi estimación de los acontecimientos de Polonia lo había sacado de quicio. "Encuentro todavía menos (pruebas) para sus —¿cómo tendré que decir?— asombrosas observaciones acerca de Finlandia", escribe Shachtman en la página 16 de su "carta". Me apena que Shachtman prefiera asombrarse a pensar algo a ese respecto.

En los Estados bálticos, el Kremlin se limitó a conseguir ganancias estratégicas con el cálculo indiscutible de que en lo futuro esas bases militares estratégicas permitirán la soviétización de esos antiguos distritos del imperio zarista. Los éxitos en el Báltico, conseguidos por

la amenaza diplomática, encontráronse, sin embargo, con la resistencia de Finlandia. Someterse a esa resistencia habría significado para el Kremlin poner en peligro su "prestigio" y por lo tanto sus éxitos en Estonia, Letonia y Lituania. Así, contrariando sus planes iniciales, el Kremlin se vió obligado a recurrir a la fuerza armada. De esos hechos, cualquier persona que piense, se preguntaría: ¿Pretende sólo el Kremlin atemorizar a la burguesía finlandesa y forzarla a hacer concesiones, o irá ahora más lejos? A esa pregunta, claro que no puede haber una respuesta "automática". Era necesario —a la luz de las tendencias generales— orientarse, a base de síntomas concretos. Los líderes de la oposición son incapaces de eso.

Las operaciones militares comenzaron el 30 de noviembre. Ese mismo día, el Comité Central del Partido Comunista Finlandés, indudablemente situado en Leningrado o en Moscú, lanzó un manifiesto por radio al pueblo trabajador de Finlandia. Ese manifiesto proclamaba: "Por segunda vez en la historia de Finlandia, la clase trabajadora finlandesa entabla una lucha contra el yugo de la plutocracia. La primera experiencia de los obreros y campesinos, en 1918, terminó con la victoria de los capitalistas y terratenientes. Pero esta vez... ¡el pueblo trabajador tendrá que ganar!" Este manifiesto indicaba claramente por sí solo que no existía ningún intento de atemorizar al gobierno burgués de Finlandia, sino un plan para provocar la insurrección en el país y completar la invasión del Ejército Rojo con la guerra civil.

La declaración del llamado Gobierno del Pueblo, publicada el 2 de diciembre, afirma: "En diferentes partes del país, el pueblo se ha levantado y proclamado la creación de una república democrática". Esa afirmación es ostensiblemente un invento; de otro modo, el manifiesto habría mencionado los sitios en que se habían llevado a cabo los intentos de insurrección. Es posible, sin embargo, que intentos aislados, preparados desde fuera, hayan terminado en el fracaso, y por eso precisamente haya parecido mejor no entrar en detalles. En cualquier caso, las

noticias referentes a "insurrecciones" constituyeron una llamada a la insurrección. Por lo demás, la declaración contenía información concerniente a la formación del "primer cuerpo finlandés, que en el curso de las próximas batallas será engrosado por voluntarios de las filas de obreros y campesinos revolucionarios". Sea que hubiere mil hombres en ese "cuerpo" o fueran sólo cien, el significado del "cuerpo" en la determinación de la política del Kremlin fué indiscutible. Al mismo tiempo, despachos cablegráficos informaban de la expropiación de grandes terratenientes en las regiones fronterizas. No hay la menor duda de que ésto es exactamente lo que aconteció durante el primer avance del Ejército Rojo. Pero aún cuando esos despachos fueran considerados como invenciones, conservan enteramente, sin embargo, su significado como llamada a la revolución agraria. De ese modo, tenía todo derecho para declarar que "la guerra ruso-finlandesa está aparentemente comenzando a ser complementada con la guerra civil". A principios de diciembre, es verdad, sólo tenía a mi disposición una parte de esos hechos; pero sobre el fondo de la situación general y, me tomo la libertad de añadir, con ayuda de la comprensión de su lógica interna, los síntomas aislados me permitieron llegar a las conclusiones necesarias respecto de la dirección de toda la lucha. Sin semejantes conclusiones casi *a priori*, se podrá ser un observador que razona, pero en ningún caso un participante activo de los acontecimientos. Pero, ¿por qué la llamada del "gobierno del pueblo" no consiguió una respuesta inmediata de las masas? Por tres razones: 1º) Finlandia está completamente dominada por un aparato militar reaccionario, sostenido no sólo por la burguesía sino también por las capas altas del campesinado y por la burocracia obrera; 2º) la política del Kremlin logró transformar al Partido Comunista Finlandés en un factor insignificante; 3º) el régimen de la U.R.S.S. de ningún modo es capaz de levantar el entusiasmo entre las masas trabajadoras finlandesas. Aún en Ucrania, entre 1918 y 1920, los campesinos respondieron muy lentamente a las llamadas para tomar los latifundios de los terratenientes,

porque el poder local soviético era muy débil y cada triunfo de los blancos traía consigo cruentas persecuciones punitivas. Tanto menos sorprendente es que los campesinos finlandeses tardaran en responder a una llamada a la revolución agraria. Para poner a los campesinos en movimiento, se habrían requerido triunfos importantes del Ejército Rojo, y, durante el primer mal preparado avance, el Ejército Rojo sólo sufrió derrotas. Bajo tales condiciones ni siquiera era posible hablar de un levantamiento campesino. Era imposible esperar una guerra civil en Finlandia en aquel momento: mis cálculos hablaban muy precisamente de complementar las operaciones militares con medidas de guerra civil. Tengo en la mente —por lo menos hasta que el ejército finlandés sea aniquiado— sólo el territorio ocupado y las regiones adyacentes. Hoy, 17 de enero, mientras escribo estas líneas, despachos de fuentes finlandesas informan que una de las provincias fronterizas ha sido invadida por destacamentos de emigrados finlandeses y de que hermano a hermano se están matando allí. ¿Que es esto sino un episodio de guerra civil? En todo caso, no puede dudarse de que un nuevo avance del Ejército Rojo en Finlandia confirmará paso a paso nuestra apreciación general de la guerra. Shachtman no tiene ni un análisis de los acontecimientos, ni una insinuación de pronóstico. Él se limita a la noble indignación y por eso a cada paso se hunde más en el cieno.

La llamada del "gobierno del pueblo" proponía el control obrero. ¿Qué puede significar esto! —exclama Shachtman—. No existe control obrero en la U.R.S.S., ¿por qué habría de haberlo en Finlandia? Es triste decirlo, pero Shachtman revela una completa falta de inteligencia de la situación. En la U.R.S.S., el control obrero es una fase completada hace largo tiempo. Del control sobre la burguesía pasaron allí al manejo de la producción nacionalizada. Del manejo de los obreros, al mando de la burocracia. Un nuevo control obrero significaría ahora un control sobre la burocracia. En Finlandia, el control obrero todavía significa arrojar a la burguesía nativa, cuyo sitio se propone ocupar la burocracia. Por lo demás, no se puede

pensar que el Kremlin sea tan estúpido como para intentar gobernar a Polonia Oriental o a Finlandia por medio de comisarios importados. Para el Kremlin, es de la mayor urgencia extraer un nuevo aparato administrativo de la población laboriosa de las áreas ocupadas. Esa tarea sólo puede resolverse en varias etapas. La primera, son los comités campesinos y los comités de control obrero.¹

Shachtman se aferra ansiosamente aún al hecho de que el programa de Kusinen "es, formalmente, el programa de una "democracia burguesa".— ¿Quiere decir con esto que el Kremlin se interesa más en establecer una democracia burguesa en Finlandia que en incluir a ésta dentro de la estructura de la U.R.S.S.? Shachtman mismo no sabe lo que quiere decir. En España, que Moscú no se preparaba a fusionar con la U.R.S.S., de lo que se trató en realidad fué de demostrar la habilidad del Kremlin para salvaguardar a la democracia burguesa contra la revolución proletaria. Esa tarea dimanaba de los intereses de la burocracia del Kremlin en aquella situación particular. Hoy, la situación es distinta. No se prepara el Kremlin a demostrar su utilidad a Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Como lo ha demostrado su actividad, está firmemente decidido a soviétizar a Finlandia en una o en dos etapas. El programa de gobierno de Kusinen, aunque se le analice desde el punto de vista "formal", no se diferen-

¹ Estaba ya escrito este artículo cuando leí en el *New York Times* del 17 de enero, las siguientes líneas, relacionadas con la antigua Polonia Oriental: "En la industria, actos drásticos de expropiación todavía no han sido llevados a cabo en gran escala. Los principales centros del sistema bancario, la red ferroviaria y cierto número de grandes empresas industriales, durante años fueron propiedad del Estado, antes de la ocupación rusa. En las industrias pequeñas y medianas los obreros ejercen ahora su control sobre la producción. Los industriales, nominalmente, conservan íntegro el derecho de propiedad sobre sus establecimientos; pero están obligados a someter las resoluciones de costos de producción y demás, a la consideración de los delegados obreros. Estos, conjuntamente con los patrones, fijan salarios, condiciones de trabajo y una «tasa justa de beneficio» para el industrial".

Así vemos que las "realidades de los acontecimientos vivientes" no se someten en modo alguno a los moldes pedantes y privados de vida de los líderes de la oposición. Mientras tanto, nuestras "abstracciones" comienzan a transformarse en carne y hueso.

cia del programa de los bolcheviques en noviembre de 1917. Ciertamente, Shachtman explota mucho el hecho de que yo, generalmente, atribuyo un significado al manifiesto del "idiota" de Kusinen. Sin embargo, me tomaré la libertad de considerar que el "idiota" de Kusinen, al actuar bajo el úkase del Kremlin y con el apoyo del Ejército Rojo, representa un factor político mucho más serio que el que representan sabihondos superficiales que se niegan a pensar a través de la lógica interna (dialéctica) de los acontecimientos.

Como resultado de su notable análisis Shachtman propone, abiertamente esta vez, una política *derrotista* en la U.R.S.S. y añade (para caso de emergencia) que no deja de ser, de ningún modo, un "patriota de su clase". Nos place mucho la información. Lo malo es que Dan, líder de los mencheviques, desde el 12 de noviembre escribió que si la Unión Soviética invadiera Finlandia, el proletariado mundial "debe tomar una posición derrotista definitiva en relación con esa violación" (*Sozialisticheski Vestnik*, Nº 19-20, pág. 43). Es necesario añadir que a lo largo del régimen de Kerenski, Dan fué un rabioso defensor; no consiguió ser derrotista ni siquiera bajo el zar. Sólo la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo ha convertido a Dan en derrotista. Naturalmente, no por eso ha dejado él de ser "un patriota de su clase". ¿Cuál clase? La cuestión no carece de interés. Shachtman no está de acuerdo con Dan en lo que se refiere al análisis de los acontecimientos, ya que éste, por encontrarse más cerca del teatro de la acción, no puede substituir los hechos por la ficción; pero para compensar eso, en lo que se refiere a las "conclusiones políticas concretas", Shachtman ha resultado ser un "patriota" de la mismísima clase que Dan. Esta clase, en sociología marxista, si la oposición me lo permite, se llama *pequeña burguesía*.

LA TEORÍA DE LOS "BLOQUES"

Para justificar su bloque con Burnham y Abern —contra el ala proletaria del partido, contra el programa de la Cuarta Internacional y contra el método marxista—,

Shachtman no ha dejado de basar sus citas en la historia del movimiento revolucionario, la que —de acuerdo a sus palabras— ha estudiado especialmente a fin de transmitir grandes tradiciones a la joven generación. La finalidad es, naturalmente, excelente. Pero exige un método científico. Mientras tanto, Shachtman comenzó por sacrificar el método en aras de un bloque. Sus ejemplos históricos son arbitrarios, incompletos y categóricamente falsos.

No toda colaboración es un bloque en el sentido propio de la palabra. No poco frecuentes son los acuerdos episódicos que de ningún modo se transforman y que no se debe tratar de transformar en un prolongado bloque. Por otra parte, la pertenencia al mismo partido, difícilmente puede llamarse un bloque. Dos partidos pueden convenir en un bloque a largo plazo para luchar juntos en contra de un enemigo común: esa fué la política del "frente popular". Tendencias próximas, pero no idénticas, dentro de un mismo partido, pueden convenir en formar un bloque en contra de una tercera fracción.

Para estimar los bloques internos en los partidos, son de importancia decisiva dos cuestiones: 1) Primero y sobre todo, ¿en contra de quién o de qué está dirigido el bloque? 2) ¿Cuál es la relación de fuerzas dentro del bloque? Así, para una lucha en contra del *chauvinismo* dentro del propio partido, está enteramente permitida la formación de un bloque entre internacionalistas y centristas. El resultado del bloque dependerá, en este caso, de la claridad del programa de los internacionalistas, de su cohesión y disciplina, ya que estos rasgos frecuentemente son más importantes para la determinación de la relación de fuerzas que su contenido numérico.

Como dijimos antes, Shachtman apela al bloque de Lenin con Bogdanov. Ya he afirmado que Lenin no hizo ni las más ligeras concesiones teóricas a Bogdanov. Ahora examinaremos el aspecto político del "bloque". Primeramente, es necesario establecer que de lo que en realidad se trató no fué de un bloque, sino de la colaboración en una organización común. La fracción bolchevique des- arrollaba una existencia independiente. Lenin no formó

un "bloque" con Bogdanov, en contra de otras tendencias dentro de su propia organización. Por el contrario, formó un bloque aún con los bolcheviques conciliadores (Dubrovinsky, Rikov y otros) en contra de las herejías teóricas de Bogdanov. En esencia la cuestión, en lo que se refiere a Lenin, era si sería posible continuar con Bogdanov en la misma organización que, a pesar de llamarse "fracción", tenía todos los rasgos de un partido. Si Shachtman no considera a la oposición como una organización independiente, entonces su referencia al "bloque" Lenin-Bogdanov se hace añicos.

Pero el error en la analogía no se limita a eso. La fracción bolchevique del partido desarrollaba una lucha en contra del menchevismo, que en esta época ya se había revelado completamente como una agencia pequeñoburguesa de la burguesía liberal. Eso era mucho más serio que la acusación de supuesto "conservatismo burocrático", cuyas raíces de clase Shachtman ni siquiera intenta definir. La colaboración de Lenin-Bogdanov fué una colaboración entre una tendencia proletaria y una tendencia sectaria, en contra del oportunismo pequeñoburgués. Las líneas de clases están claras. El "bloque" (si se usa el término en el caso dado) estaba justificado.

La historia posterior del "bloque" no carece de significación. En la carta a Gorki citada por Shachtman, Lenin expresaba la esperanza de que sería posible separar las cuestiones políticas de las puramente filosóficas. Se desarrollaron diferencias desde las cimas de la filosofía hasta abajo, en todas las demás cuestiones, inclusive las más rutinarias. Si el "bloque" no desacreditó al bolchevismo sólo fué porque Lenin tenía un programa acabado, un método correcto, una fracción firmemente soldada, en la cual el grupo de Bogdanov constituía una pequeña minoría inestable.

Shachtman ha constituido un bloque con Burnham y Abern en contra del ala proletaria de su propio partido. Imposible negarlo. La relación de fuerzas dentro del bloque está enteramente en contra de Shachtman. Abern tiene su propia fracción. Burnham, con ayuda de Shachtman

puede crear un remedo de fracción integrada por los intelectuales desilusionados del bolchevismo. El carácter ecléctico del programa de la oposición está determinado por las tendencias contradictorias dentro del bloque. En caso de que el bloque sufra un colapso —y el colapso es inevitable— Shachtman saldrá de la lucha sin otra cosa que heridas para el partido y para sí mismo.

Shachtman apela además al hecho de que en 1917, Lenin y Trotsky se unieron, después de una larga lucha, y que más tarde habría sido incorrecto recordarles sus diferencias pasadas. Este ejemplo se encuentra un poco comprometido por el hecho de que Shachtman lo utilizó ya una vez, antes, para explicar su bloque con... Cannon, en contra de Abern. Pero además de esta desagradable circunstancia, la analogía histórica es falsa hasta la médula. Al unirse al partido bolchevique, Trotsky reconoció completamente y con toda lealtad la justeza de los métodos leninistas para la edificación del partido. Al mismo tiempo, la irreconciliable tendencia de clase del bolchevismo había corregido un pronóstico incorrecto. Si yo suscité nuevamente la cuestión de la "revolución permanente" en 1917, fué porque ésta había sido ya decidida para ambos bandos por la marcha de los acontecimientos. La base para el trabajo conjunto fué constituida no por combinaciones subjetivas o episódicas, sino por la revolución proletaria. Esta es una sólida base. Además, de lo que se trataba aquí no era de un "bloque" sino de la unificación dentro de un solo partido, en contra de la burguesía y de sus agentes pequeñoburgueses. Dentro del partido, el bloque de octubre de Lenin y Trotsky estaba dirigido en contra de las vacilaciones pequeñoburguesas sobre la cuestión de la insurrección.

Igualmente superficial es la referencia de Shachtman al bloque de Trotsky con Zinoviev en 1926. La lucha en esa época estaba dirigida no en contra del "conservatismo burocrático" como rasgo psicológico de unos cuantos individuos antipáticos, sino en contra de la más poderosa burocracia del mundo, de sus privilegios, de su gobierno arbitrario y de su política reaccionaria. El radio de dife-

rencias permitidas en un bloque está determinado por el carácter del adversario.

La relación entre los elementos dentro del bloque era igualmente diferente en todo. La oposición de 1923 tenía su propio programa y sus propios cuadros, compuestos, no de intelectuales como afirma Shachtman, haciendo eco a los stalinistas, sino de trabajadores de base. La oposición Zinoviev-Kamenev, a petición nuestra, reconoció en un documento especial que la oposición de 1923 estaba en lo correcto en todas las cuestiones fundamentales. Sin embargo, puesto que teníamos tradiciones distintas y estábamos lejos de ponernos de acuerdo en todo, nunca llegó a realizarse la fusión; ambos grupos se mantuvieron como fracciones independientes. En ciertas cuestiones de importancia, es cierto, la oposición de 1923 hizo concesiones de principio a la oposición de 1926 —en contra de mi voto—, concesiones que consideré y considero aún como imperdonables. La circunstancia de que no protesté abiertamente contra esas concesiones fué más bien un error. Pero generalmente no había mucho lugar para protestas públicas, ya que trabajábamos ilegalmente. De cualquier manera, ambos campos quedaron bien enterados de mis opiniones al respecto. Dentro de la oposición de 1923, novecientos noventa y nueve por mil, si no más, apoyaron mi punto de vista y no el de Zinoviev o el de Radek. Con semejante relación entre ambos grupos dentro del bloque, pudo haber este o aquel error parcial, pero no hubo nada parecido al aventurerismo.

Con Shachtman, el caso es completamente distinto. ¿Quién estaba en lo cierto en el pasado, y precisamente cuándo y dónde? ¿Por qué estuvo primero Shachtman con Abern, después con Cannon y ahora de nuevo con Abern? La explicación de Shachtman respecto de las amargas luchas fraccionales pasadas es digna no de una figura política responsable sino de una nifera: "Juanito se equivocó un poquito, Max otro poquito, todos un poquito y ahora, todos estamos un poquito en lo justo". ¿Quién estaba en un error, y en qué?; ni una palabra de eso. La tradición no existe. El ayer ha sido borrado de los cálcu-

los, y ¿cuál es la razón de todo esto? Es porque en el organismo del partido, el camarada Shachtman desempeña el papel de un riñón flotante.

En busca de analogías históricas, Shachtman huye de un ejemplo que realmente sí tiene parecido con su actual bloque. Piensp en el llamado bloque de agosto, en 1912. Yo participé activamente en ese bloque. En cierto modo yo le di nacimiento. Políticamente, yo difería de los mencheviques en todas las cuestiones fundamentales. También difería de los bolcheviques ultraizquierdistas (miembros del grupo *Vperiod*, o sea *Adelante*). En la tendencia política general, me encontraba mucho más cerca de los bolcheviques. Pero estaba en contra del "régimen" leninista porque todavía no había aprendido a entender que el objeto de realizar la finalidad revolucionaria, precisa de un partido centralizado, firmemente unido. Y así formé ese bloque episódico, compuesto por elementos heterogéneos que estaba dirigido en contra del ala proletaria del partido.

En el bloque de agosto los *periodistas* tenían también algo semejante a una fracción. Yo me mantuve aislado, teniendo a quienes pensaban como yo, pero sin llegar a formar una fracción. Muchos de los documentos fueron escritos por mí y por medio de la elusión de las diferencias de principio, ellos tenían por objeto la creación de una unanimidad respecto de las "cuestiones políticas concretas". ¡Ni una palabra sobre el pasado! Lenin sometió al bloque a una crítica sin piedad y los golpes más rigurosos cayeron en mi huerto. Lenin demostró que yo no me había puesto de acuerdo ni con los mencheviques ni con los *periodistas* y que en consecuencia mi política tenía un carácter aventurero. Aquello era severo, pero era cierto.

Como "circunstancia atenuante" permítaseme mencionar el hecho de que yo me había fijado como tarea, no el apoyar a la fracción derechista o ultraizquierdista en contra de los bolcheviques, sino la de unir al partido en un solo todo. Los bolcheviques también fueron invitados a la conferencia de agosto. Pero como Lenin se rehusó de plano a unirse con los mencheviques (en lo que estaba

completamente acertado) me vi colocado en un bloque contra lo natural, con los mencheviques y los periodistas. La segunda circunstancia atenuante es que el fenómeno mismo del bolchevismo como verdadero partido revolucionario se desarrollaba entonces por primera vez; en la práctica de la Segunda Internacional no existían antecedentes. Pero no trato por ese medio de absolverme en lo más mínimo de culpa. No obstante la concepción de la revolución permanente que revelaba, indudablemente, una perspectiva correcta, no me había liberado en aquella época, especialmente en la esfera organizativa, de los rasgos del revolucionario pequeñoburgués. Estaba enfermo de la enfermedad del conciliacionismo hacia el menchevismo y de una actitud desconfiada hacia el centralismo leninista. Inmediatamente después de la conferencia de agosto, el bloque comenzó a desintegrarse en sus componentes. A los pocos meses, yo estaba fuera del bloque, no en materia de principios sino organizativamente.

Hoy dirijo a Shachtman el mismo reproche que Lenin me dirigió hace 27 años: "Su bloque carece de principios", "su política es aventurerismo". De todo corazón expreso la esperanza de que de estas acusaciones, Shachtman extraiga las mismas conclusiones que una vez extraje yo.

LAS FRACCIONES EN LUCHA

Shachtman se sorprende de que Trotsky, "el líder de la oposición de 1923", sea capaz de apoyar a la fracción burocrática de Cannon. En esto y en la cuestión del control obrero, Shachtman revela de nuevo su falta de percepción de la perspectiva histórica. Para justificar su dictadura, la burocracia soviética ha explotado los principios del centralismo bolchevique, pero en el proceso real, los ha transformado en su exacto contrario. Eso, sin embargo, no desacredita en lo más mínimo los métodos del bolchevismo. Durante un período de varios años, Lenin educó al partido en el espíritu de la disciplina proletaria y de un severo centralismo. Mientras lo hacía, sufrió muchas veces el ataque de las fracciones y de las pandillas

pequeñoburguesas. El centralismo bolchevique fué un factor profundamente progresivo que aseguró en última instancia el triunfo de la revolución. No es difícil comprender que la lucha de la actual oposición en el seno del Partido de los Obreros Socialistas nada tiene en común con la lucha de la oposición rusa de 1923 en contra de la privilegiada casta burocrática; pero sí tiene, en cambio, un gran parecido con la lucha de los mencheviques en contra del centralismo bolchevique.

De acuerdo con la oposición, Cannon y su grupo son "la expresión de un tipo político que podría muy bien describirse como conservatismo burocrático". ¿Qué quiere decir esto? La dominación de una burocracia obrera conservadora, coparticipe de la burguesía nacional en sus beneficios, sería inconcebible sin el apoyo directo o indirecto del Estado capitalista. El gobierno de la burocracia stalinista sería inconcebible sin la G. P. U., sin el ejército, las cortes marciales, etc. La burocracia soviética anova a Stalin, precisamente porque es el burócrata que defiende sus intereses mejor que ningún otro. La burocracia sindical apoya a Green y Lewis precisamente porque sus vicios, como burócratas diestros y hábiles, salvaguardan los intereses materiales de la aristocracia obrera. ¿Sobre qué bases se apoya el "conservatismo burocrático" del Partido de los Obreros Socialistas? Es evidente que no es sobre intereses materiales, sino en una selección de tipos burocráticos, en contraste con otro sector donde se han reunido los espíritus dinámicos, innovadores e iniciadores. La oposición no señala ningún objetivo, como, por ejemplo, las bases sociales del "conservatismo burocrático". Todo se reduce a pura psicología. En tales condiciones todo obrero que piense dirá: Es posible que Cannon realmente peque en lo referente a su tendencia burocrática —me es difícil juzgar desde lejos—, pero si la mayoría del Comité Nacional y de todo el partido, que en modo alguno está interesada en "privilegio" burocráticos, apoya a Cannon, lo hace, no en razón de su tendencia burocrática, sino a pesar de ella. Esto significa que él tiene otras virtudes que contrapesan largamente sus defectos personales. Eso

es lo que dirá un afiliado serio del partido. Y, en mi opinión, estará en lo justo.

Para probar sus quejas y acusaciones, los líderes de la oposición sacan a luz anécdotas y episodios que pueden contarse por centenares, por miles en todo partido, y que, además, son imposibles de verificar objetivamente en la mayor parte de los casos. La indulgencia está muy lejos de mí cuando critico la sección historietas de los documentos de la oposición. Pero hay un episodio sobre el que quiero expresarme por haber sido testigo y participante. Los líderes de la oposición refieren arrogantemente la facilidad con que Cannon y su grupo aceptó, presumiblemente sin crítica y sin deliberación, el programa de transición. He aquí lo que escribí al camarada Cannon el 15 de abril de 1938, en lo que respecta a la elaboración de este programa:

“Le hemos enviado el anteproyecto del programa de transición y una breve declaración sobre la cuestión del partido obrero. Sin la visita de ustedes a México nunca hubiera podido escribir el anteproyecto de programa, porque durante la discusión aprendí muchas cosas importantes que me permitieron ser más explícito y concreto...”

Shachtman conoce perfectamente estas circunstancias ya que él fué uno de los participantes en la discusión.

Los rumores, las especulaciones personales y los simples chismes no sirven para nada, pero ocupan un sitio importante en los círculos pequeñoburgueses, en donde las personas están unidas, no por ataduras de partido sino por relaciones personales y donde no se ha adquirido el hábito de un examen clasista de los acontecimientos. De boca en boca ha pasado el hecho de que he sido visitado exclusivamente por representantes de la mayoría y que se me ha llevado fuera de la senda de la verdad. ¡Mis queridos camaradas, no creáis semejante insensatez! Yo obtengo información política por los mismos métodos que uso generalmente en mi trabajo. Una actitud crítica con respecto a la información debe formar parte orgánica de la fisonomía política de todo político. Si yo fuese incapaz

de distinguir las comunicaciones falsas de las verdaderas, ¿qué valor podría tener mi juicio?

Conozco personalmente a no menos de veinte miembros de la fracción de Abern. Hacia algunos de ellos me siento obligado por la amistosa ayuda que prestan a mi labor y los considero a todos, o casi a todos, como valiosos miembros del partido. Pero debo decir al mismo tiempo que lo que los caracteriza en mayor o menor grado es la aureola de pequeñaburguesía que los rodea, la falta de contacto con el movimiento obrero. Sus rasgos positivos los ligan a la Cuarta Internacional. Sus rasgos negativos los ata a la más conservadora de todas las fracciones.

“Se inculca una actitud antiintelectual y contra los intelectuales a los miembros del partido”, se queja el documento sobre el “conservatismo burocrático” (*Boletín Interno*, Vol. 2, Nº 6, enero de 1940, pág. 12). Este argumento está traído de los cabellos. Los intelectuales que están en tela de juicio no son los que se han pasado completamente al campo obrero, sino aquellos elementos que tratan de llevar a nuestro partido a la posición del eclecticismo pequeñoburgués. Este mismo documento declara: “Se hace propaganda contra la sección Nueva York, que en el fondo se alimenta de prejuicios no siempre saludables”. ¿A qué prejuicios se alude aquí? Aparentemente al antisemitismo. Si en nuestro partido existen prejuicios antisemitas u otros prejuicios raciales, es necesario librar una implacable lucha contra ellos mediante ataques abiertos y no a través de vagas insinuaciones. Pero la cuestión de los intelectuales o semiintelectuales judíos de Nueva York es una cuestión social y no nacional. En Nueva York hay gran cantidad de obreros judíos, pero la fracción Abern no está formada por ellos. Los elementos pequeñoburgueses de esta fracción se han demostrado incapaces hasta ahora de encontrar el camino que los lleve a los obreros judíos. Se sienten satisfechos con su propio medio.

Ha habido más de un ejemplo en la historia —dicho sea con más precisión: no ha ocurrido de otra manera en la historia— de que en la transición del partido de un período a otro, aquellos elementos que jugaron un rol pro-

gresivo en el pasado pero que demostraron ser incapaces de adaptarse con tiempo a las nuevas tareas, se han unido entre sí frente al pelirrojo y han revelado casi exclusivamente sus rasgos negativos y no los positivos. Ese es precisamente el actual rol de la fracción de Abern, en la que Shachtman juega el rol de periodista y Burnham el rol de teórico del trust de cerebros. "Cannon sabe —insiste Shachtman— cuán falso es introducir en la actual discusión la cuestión de Abern. El sabe lo que todo dirigente informado del partido y muchos miembros también saben: de que durante varios años en el pasado no ha existido tal grupo Abern". Me tomo la libertad de señalar que si alguien está aquí desfigurando la realidad no es otro que el mismo Shachtman. He venido siguiendo el desarrollo de las relaciones internas de la sección norteamericana desde hace diez años. La composición específica y el rol especial jugado por la sección Nueva York, fué evidente para mí antes que para nadie. Shachtman tal vez recordará que cuando yo aún estaba en Prinkipo aconsejé al Comité Nacional que se alejara de Nueva York y de su atmósfera de disputas pequeñoburguesas y que se instalara un tiempo en algún centro industrial de provincia. Después de mi llegada a México tuve oportunidad de conocer mejor el idioma inglés y gracias a muchas visitas de mis amigos del Norte, de llegar a una descripción más viva de la composición social y de la psicología política de los distintos grupos. Sobre la base de mis propias e inmediatas observaciones de los últimos tres años puedo afirmar que la fracción Abern ha existido ininterrumpidamente, sino "dinámicamente", al menos en forma estática.

Los miembros de la fracción Abern son fácilmente reconocibles para el que tenga cierta dosis de experiencia política, no sólo por sus rasgos sociales sino por la forma en que encaran todas las cuestiones. Estos camaradas siempre han negado formalmente la existencia de su fracción. Hubo un período en que algunos de ellos trataron realmente de integrarse en el partido. Pero intentaron hacerlo haciéndose violencia a sí mismos y en todas las situaciones críticas entraban en relación con el partido

como grupo. Les interesaba mucho más las combinaciones en la cumbre, los conflictos personales y las incidencias acostumbradas del "Estado Mayor" que las cuestiones de principios, en particular, la cuestión de cambiar la composición social del partido. Esta es la escuela de Abern. Yo advertí insistentemente a muchos de esos camaradas que el empaparse en esa existencia artificial, los llevaría infaliblemente, tarde o temprano, a una nueva explosión fraccional.

Los líderes de la oposición, irónica y desdeñosamente hablan de la composición proletaria de la fracción de Cannon. A sus ojos, este "detalle" carece de importancia. ¿Qué es esto, sino desdén pequeñoburgués combinado con ceguera? En el segundo congreso de los social-demócratas rusos, en 1903, en el que se produjo la escisión entre bocheviques y mencheviques, sólo había tres obreros entre muchas decenas de delegados. Los tres se pasaron a la mayoría. Los mencheviques se mofaron de Lenin porque atribuía a ese hecho un gran significado sintomático. Los mismos mencheviques explicaron la posición tomada por los tres trabajadores por su falta de "madurez". Pero como es bien sabido, fué Lenin quien resultó estar en lo justo.

Si la sección proletaria de nuestro partido norteamericano es "políticamente atrasada", entonces la primera obligación de los "avanzados" debe consistir en elevar a los trabajadores a un nivel superior. ¿Pero por qué ha fracasado la actual oposición en encontrar su camino a estos trabajadores? ¿Por qué dejó que este trabajo lo hiciera la "camarilla de Cannon"? ¿Qué es lo que hay en todo esto? ¿No son suficientemente buenos los trabajadores para la oposición? ¿O es que la oposición no convence a los trabajadores?

Sería una imbecilidad pensar que la sección proletaria del partido es perfecta. Los trabajadores sólo alcanzan gradualmente una clara conciencia de clase. Los sindicatos siempre crean un caldo de cultivo para las desviaciones oportunistas. Inevitablemente tendremos que enfrentar esta cuestión en una de las próximas etapas.

Más de una vez el partido tendrá que recordar a sus propios afiliados sindicales que una *adaptación pedagógica a las capas más atrasadas del proletariado no debe transformarse en una adaptación política a la burocracia conservadora de los sindicatos*. Toda nueva etapa de desarrollo, todo aumento en las filas partidarias y la complicación de los métodos de su trabajo, no solamente abre nuevas posibilidades sino que engendra nuevos peligros. Los obreros en los sindicatos, aun los educados en la más revolucionaria de las escuelas, a menudo desarrollan la tendencia a liberarse del control del partido. Actualmente, sin embargo, en modo alguno se trata de ésto. Actualmente la oposición no proletaria, arrastrando tras de sí a la mayoría de la juventud no proletaria, está tratando de revisar nuestra teoría, nuestro programa y nuestra tradición; y hace todo ésto frívolamente y, dicho sea de paso, como algo conveniente en la lucha contra la “camarilla de Cannon”. Actualmente la falta de respeto por el partido no la muestran los afiliados sindicales sino los opositores pequeño-burgueses. Es precisamente a fin de impedir que los afiliados sindicales vuelvan sus espaldas al partido, en el futuro es necesario condenar decisivamente a los opositores pequeño-burgueses.

Además, no debemos olvidar que los posibles o reales errores de los camaradas que trabajan en los sindicatos reflejan la presión del proletariado norteamericano tal como es hoy. Esa es nuestra clase. Estamos dispuestos a no capitular ante su presión. Pero esta presión nos indica al mismo tiempo dónde está nuestra ruta histórica. Los errores de la oposición, por el contrario, reflejan la presión de una clase extraña. La condición elemental de nuestros futuros éxitos está en la ruptura ideológica con esa clase.

Los razonamientos de la oposición con respecto a la juventud son falsos en extremo. Por supuesto, sin la conquista de la juventud proletaria el partido revolucionario no puede crecer. Pero la dificultad consiste en que tenemos una juventud casi enteramente pequeño-burguesa y que tiene en grado considerable un pasado socialdemócrata,

es decir, oportunista. Los dirigentes de esta juventud tienen indudablemente virtudes y condiciones pero, ¡ay!, se han educado en el espíritu del combinacionismo pequeño-burgués y, si no se los arranca de su medio habitual, si no se los envía sin sus altisonantes títulos a los barrios obreros a hacer el penoso trabajo cotidiano entre el proletariado, pueden perderse para siempre para el movimiento revolucionario. Con respecto a la juventud, como en todas las demás cuestiones, Shachtman ha tomado, desgraciadamente, una posición falsa hasta la médula.

¡ES HORA DE DETENERSE!

Hasta qué extremo el pensamiento de Shachtman, iniciado en un falso punto de partida, ha llegado a degradarse, podemos verlo en el hecho de que describe mi posición como una defensa de “camarilla de Cannon” y de que insiste varias veces sobre el hecho de que en Francia yo apoyé también erróneamente, a la “camarilla de Molinier”. Todo es reducido a mi apoyo a individuos aislados o a grupos, con entera independencia de sus programas. El ejemplo de Molinier viene a espesar aún más la niebla. Trataré de despejarla. Molinier fué acusado no de alejarse de nuestro programa sino de ser indisciplinado, arbitrario y de lanzarse a toda clase de aventuras financieras para sostener al partido y su fracción. Puesto que Molinier es un hombre muy enérgico y que indiscutiblemente posee cualidades prácticas, me pareció necesario —no sólo en interés de Molinier sino, sobre todo, en interés de la organización misma— agotar todas las posibilidades de convencerlo y de educarlo en el espíritu de la disciplina proletaria. Puesto que sus adversarios poseían todos sus defectos y ningunas de sus virtudes, hice lo posible para evitar una escisión apresurada; debía probarse a Molinier una y otra vez. Eso fué lo que constituyó mi “defensa de Molinier” en el período de adolescencia de nuestra sección francesa.

La adopción de una actitud paciente hacia los camaradas disparatados o indisciplinados y los repetidos es-

fuerzas para reeducarlos en un espíritu revolucionario como categórico imperativo, lo apliqué no solamente al caso aislado de Molinier. Hice tentativas de atraer al partido y de salvar a Kurt Landau, Field, Weisbord, el austriaco Frey, el francés Treint y un buen número de otros. En muchos casos, mis esfuerzos resultaron infructuosos; en unos cuantos, fué posible salvar a valiosos camaradas.

En todo caso, no hice la menor concesión de principios a Molinier. Cuando él decidió fundar un periódico sobre la base de "cuatro consignas", en lugar de nuestro programa, y dió pasos independientes para ejecutar su plan, yo estuve entre los que insistieron en su expulsión inmediata. Pero no quiero ocultar el hecho de que en el congreso constitutivo de la Cuarta Internacional estuve en favor de que se probara a Molinier y a su grupo dentro de la estructura de la Internacional, para ver si estaban ya convencidos de lo erróneo de su política. Esta vez tampoco dió ningún resultado la tentativa. Resulta muy curioso que entre los más encarnizados opositores de Molinier hubo gente como Vereecken y Sneevliet quienes, después de haber roto con la Cuarta Internacional, se unieron a él.

Algunos camaradas, después de conocer mis archivos, me han reprochado amistosamente el haber perdido y el continuar perdiendo mucho tiempo en convencer a "gente sin esperanza". Les he respondido que muchas veces he tenido ocasión de observar cómo cambian las personas con las circunstancias y que, por lo tanto, no me apresuro a declararlas "sin esperanza" sobre la base de unos cuantos errores, por serios que ellos sean.

Cuando me pareció claro que Shachtman estaba empujándose a sí mismo y a cierto sector del partido hacia un callejón sin salida, le escribí diciendo que si estuviera en posibilidad de hacerlo, tomaría un avión para Nueva York, a fin de discutir con él por setenta y dos horas tendidas de una vez. Le pregunté si no quería hacer lo posible para reunirnos de alguna manera. Shachtman no contestó. Estaba en su pleno derecho. Es muy posible

que los camaradas que en el futuro se pongan en contacto con mis archivos, digan, también en este caso, que mi carta a Shachtman fué un paso falso de mi parte y que citen este "error" mío en relación con mi exagerada insistencia en "defender" a Molinier. No me convencerán. Es una tarea extremadamente difícil la de formar una vanguardia proletaria internacional en las actuales condiciones. Correr tras los individuos a expensas de los principios sería, naturalmente, un crimen. Pero hacer todo lo posible por traer nuevamente a nuestro programa a destacados aunque errados camaradas, lo he considerado y sigo considerándolo como mi deber.

De la misma discusión sobre los sindicatos, que Shachtman utilizó con tan evidente inaplicabilidad, cito las palabras de Lenin, que Shachtman debería grabar en su mente: "Un error comienza siempre por ser pequeño, para crecer y hacerse mayor. Las divergencias comienzan siempre por bagatelas. Todo el mundo ha sufrido alguna vez pequeñas heridas; pero si la pequeña herida se hubiera infectado podría haberse producido una enfermedad mortal". Así habló Lenin el 23 de enero de 1921. Es imposible no cometer errores; algunos se equivocan muy frecuentemente, otros menos. El deber de un revolucionario proletario es no persistir en los errores, no colocar la ambición por encima de los intereses de la causa, sino saber detenerse a tiempo. ¡Es hora de que el camarada Shachtman se detenga! De otra manera, el rasguño que ya se ha transformado en úlcera, puede llegar a la gangrena.

24 de enero de 1940

Coyoacán, D. F.

LEÓN TROTSKY.

LOS MORALISTAS PEQUEÑO-BURGUESES Y EL PARTIDO PROLETARIO

La discusión en el Partido de los Obreros Socialistas de los Estados Unidos fué profunda y democrática. La preparación del Congreso se realizó con absoluta lealtad. La minoría participó en el congreso, reconociendo así su legalidad y autoridad. La mayoría ofreció a la minoría todas las garantías necesarias para que continuara la lucha por sus puntos de vista después del congreso. La minoría exigía que se le dejara dirigirse a las masas por encima del partido. La mayoría rechazó, naturalmente, esta monstruosa pretensión. Entre tanto, a espaldas del partido, la minoría se entregaba a oscuras maquinaciones y se apropiaba de *The New International*, que se había venido publicando mediante los esfuerzos de todo el partido y de toda la Cuarta Internacional¹. Debo agregar que la mayoría había acordado otorgar a la minoría dos de los cinco miembros del comité de redacción de este órgano teórico. ¿Pero cómo va a estar en minoría la “aristocracia” intelectual dentro de un partido obrero? ¡Poner a un profesor en el mismo plano que a un obrero, después de todo, eso es “conservatismo burocrático”!

En su reciente artículo polémico contra mí, Burnham explicaba que el socialismo es un “ideal moral”. Por su-

¹ La minoría se separó del partido después del congreso celebrado en abril de 1940. Burnham, Shachtman y Abern, que formaban el comité de redacción del órgano teórico del partido —*The New International*— se apoderaron de él y se apropiaron de las franquicias postales. Transformaron posteriormente dicha revista en el órgano teórico de su propio grupo. (N. de la Ed.)

puesto, esto no es nada nuevo. A comienzos del siglo pasado, la moral sirvió de base al "verdadero socialismo alemán" que Marx y Engels sometieron a crítica al comienzo mismo de sus actividades. Al comenzar nuestro siglo, los social-revolucionarios rusos contraponían el "ideal moral" al socialismo materialista. Lamento decir que estos sostenedores de la moral se transformaron en el campo de la política en vulgares estafadores. En 1917, traicionaron completamente al proletariado en favor de la burguesía y del imperialismo extranjero.

Una larga, experiencia política me ha enseñado que cada vez que un profesor burgués o un periodista comienza a hablar de elevados niveles morales, es necesario echar firme mano a los bolsillos. Esta vez también ocurrió así. En nombre del "ideal moral" un intelectual pequeñoburgués ha robado el órgano teórico del bolsillo del partido proletario. Aquí tenéis un pequeño ejemplo de los métodos organizativos de estos innovadores, moralistas y campeones de la democracia.

¿Qué es democracia partidaria a los ojos de un pequeñoburgués? Un régimen que le permita decir y escribir lo que le plazca. ¿Qué es el "burocratismo" a los ojos de un pequeñoburgués "culto"? Un régimen en el cual la mayoría proletaria fortalece con métodos democráticos sus decisiones y disciplina. ¡Trabajadores, tenedlo bien presente!

La minoría pequeñoburguesa del Partido de los Obreros Socialistas se separa de la mayoría proletaria sobre la base de una lucha contra el marxismo revolucionario. Burnham proclamó que el materialismo dialéctico es incompatible con su apolillada "ciencia". Shachtman proclamó que el marxismo revolucionario no tenía importancia desde el punto de vista de las "tareas prácticas". Abern se apresuró a enganchar su secta al bloque anti-marxista. Y ahora estos caballeros llaman a la revista que robaron al partido "un órgano del marxismo revolucionario". ¿Qué es ésto sino charlatanismo ideológico? Que los lectores exijan de los editores la publicación del único trabajo programático de la minoría: el artículo de Burnham

titulado "Ciencia y estilo". Si los editores no se dispusieran a imitar al comerciante que ofrece mercancía averiada bajo llamativos envoltorios, se sentirían obligados a publicar este artículo. Todo el mundo podría ver entonces por sí mismo la clase de "marxismo revolucionario" que se expone allí. Pero *no se atreverán a hacerlo*. Tienen vergüenza de mostrar sus verdaderos rostros. Burnham está acostumbrado a ocultar los artículos y resoluciones que revelarían su caso, mientras Shachtman ha hecho una profesión de servir de abogado de concenciones ajenas debido a que carece de concenciones propias.

Los primeros artículos "programáticos" del órgano robado revelan de antemano la frivolidad y vacuidad de esta nueva agrupación anti-marxista que aparece bajo el rótulo del "tercer campo". ¿Qué es este animal? Está el campo del capitalismo y el campo del proletariado. ¿Pero es que hay tal vez un "tercer campo": un santuario pequeñoburgués? En realidad, no es otra cosa. Pero, como siempre, el pequeñoburgués esconde su "campo" bajo el camuflaje de las flores de panel de la retórica. ¡Prestemos atención! Aquí hay un campo: Francia e Inglaterra. Aquí otro: Hitler y Stalin. Y un tercer campo: Burnham y Shachtman. Para ellos, la Cuarta Internacional está en el campo de Hitler (Stalin hace tiempo que hizo ese descubrimiento). Y de ahí surge una nueva gran consigna: ¡Pacifistas y desorientados del mundo, todos los que sufrís los alfilerazos del destino, uníos al "tercer" campo!

Pero el hecho es que los dos campos beligerantes de ninguna manera agotan al mundo burgués. ¿Dónde ubicar a los países neutrales y semineutrales? ¿Dónde a los Estados Unidos? ¿Qué lugar asignar a Italia y Japón? ¿Y los países escandinavos? ¿India? ¿China? No nos referimos al proletariado revolucionario hindú y chino, sino a la India y a China como países oprimidos. El esquema escolar de los tres campos olvida un pequeño detalle: ¡el mundo colonial, la mayor porción de la humanidad!

La India participa en la guerra imperialista al lado de Inglaterra. ¿Quiere decir esto que nuestra actitud hacia la India —no hacia los bolcheviques hindúes sino hacia la

India— es la misma que hacia Inglaterra? Si existen en el mundo, además de Burnham y Shachtman, sólo dos campos imperialistas, entonces, ¿dónde poner a la India? Un marxista dirá que a pesar de que la India forma parte del Imperio Británico y la India participa en la guerra imperialista; a pesar de la pérfida política de Gandhi y de otros líderes nacionalistas, nuestra actitud hacia la India es radicalmente distinta de nuestra actitud hacia Inglaterra. Defendemos a la India contra Inglaterra. ¿Por qué, entonces, no puede ser distinta nuestra actitud hacia la Unión Soviética, y hacia Alemania, a pesar del hecho de que Stalin está aliado con Hitler? ¿Por qué no podemos defender las formas sociales más progresivas que son pasibles de desarrollo contra las formas reaccionarias que sólo son pasibles de descomposición? ¡No sólo podemos, sino que debemos hacerlo! Los teóricos de la revista robada reemplazan el análisis de clase con una construcción mecánica muy del agrado de los intelectuales pequeñoburgueses, precisamente por su pseudosimetría. Así como los stalinistas esconden su subordinación ante el nacionalsocialismo (los nazis) con duros epítetos dirigidos a las democracias imperialistas, así Shachtman y Cia. cubren su capitulación ante la opinión pública pequeñoburguesa de Estados Unidos, con la pomposa fraseología del “tercer campo”. ¡Como si este “tercer campo” (¿qué es? ¿un partido? ¿un club? ¿una Liga de Esperanzas Abandonadas? ¿un “Frente Popular”?) estuviera libre de la obligación de tener una política correcta hacia la pequeñaburguesía, los sindicatos, la India y la U.R.S.S.!

Hace pocos días Shachtman se llamó a sí mismo “trotskysta” en la prensa. Si esto es trotskysmo, yo al menos no soy trotskysta. Con las actuales ideas de Shachtman, sin hablar de las de Burnham, no tengo nada en común. Acostumbré a colaborar asiduamente en *The New International*, protestando epistolarmente contra la frívola actitud de Shachtman hacia la teoría y sus concesiones sin principios a Burnham, el pedante pavo real pequeñoburgués. Pero entonces, Burnham y Shachtman eran mantenidos en jaque por el partido y por la inter-

nacional. Actualmente, la presión de los demócratas pequeño-burguéses los ha liberado. Hacia esta nueva revista mi actitud sólo puede ser la misma que tengo hacia todos los demás abortos del marxismo. En cuanto a sus “métodos organizativos” y a su “moral” política, no me inspiran más que desprecio.

Si los concientes agentes del enemigo de clase hubieran operado a través de Shachtman, no lo habrían aconsejado mejor para que hiciera todo lo que perpetró. Se unió a los elementos anti-marxistas para librar una lucha contra el marxismo. Ayudó a fusionar una fracción pequeño-burguesa en contra de la mayoría proletaria. Engendró una escisión en condiciones de una nueva guerra mundial. Y para coronarlo, arrojó sobre la escisión el velo de un sucio y despreciable escándalo, que parece especialmente fabricado para proveer de municiones a nuestros enemigos. ¡Esos son los “demócratas” y esa es su “moral”!

Pero todo ésto no servirá de nada. Están en bancarrota. A pesar de las traiciones de los intelectuales inestables y de las burlas baratas de todos sus primos democráticos, la Cuarta Internacional seguirá adelante por su camino, creando y educando una verdadera selección de obreros revolucionarios que sean capaces de entender qué es el partido, qué significa la lealtad a la bandera y qué significa la disciplina revolucionaria.

¡Obreros avanzados! ¡Ni un gramo de confianza en el “tercer frente” de la pequeñaburguesía!

23 de abril de 1940.

BALANCE DE LOS ACONTECIMIENTOS FINESSES

“Nosotros” previmos la alianza con Hitler —escriben Shachtman y Burnham—, pero... ¿el apoderamiento de Polonia Oriental?, ¿la invasión de Finlandia? No, “nosotros” no previmos tales acontecimientos. Estos acontecimientos improbables y totalmente inesperados obligan, según ellos, a una completa revisión de nuestra política. Estos políticos actuaban, por lo visto, bajo la impresión de que Stalin procuraba una alianza con Hitler para decorar huevos de Pascua. “Previeron” (¿cuándo? ¿dónde?), pero no por qué y para qué.

Reconocen al Estado obrero el derecho de maniobrar entre los bandos imperialistas y la realización de acuerdos con uno contra otro. Estos acuerdos tendrían, evidentemente, como finalidad, la defensa del Estado obrero, la adquisición de ventajas económicas, estratégicas, etc., y si las circunstancias lo permiten, la extensión de sus bases. El Estado obrero degenerado intenta realizar estos objetivos mediante sus propios métodos burocráticos, que a cada paso entran en conflicto con los intereses del proletariado mundial. Pero realmente, ¿qué hay de inesperado e imprevisto en la tentativa del Kremlin de obtener las mayores ventajas posibles de su alianza con Hitler?

Si nuestros miopes políticos no fueron capaces de prever “ésto”, es sólo porque no piensan una sola cuestión seriamente hasta el fin. Durante las prolongadas negociaciones con la delegación anglofrancesa en el vera-

no de 1939, el Kremlin exigió abiertamente el control militar de los Estados bálticos. Como Inglaterra y Francia rehusaron otorgarle este control, Stalin rompió las negociaciones. Esto indicaba claramente que un acuerdo con Hitler le aseguraría a Stalin, cuando menos, el control de los Estados bálticos. Las personas políticamente maduras de todo el mundo consideraban la cuestión precisamente desde ése ángulo: ¿cómo alcanzará Stalin este objetivo? ¿Recurrirá a la fuerza militar?, etc. El curso de los acontecimientos dependía en grado considerable, sin embargo, más de Hitler que de Stalin. En general, los acontecimientos concretos no pueden predecirse. Pero la dirección fundamental en que los acontecimientos se desarrollan no contiene esencialmente nada nuevo.

Debido a la degeneración del Estado obrero, la Unión Soviética llegó al filo de la segunda guerra imperialista más débil de lo necesario. El acuerdo de Stalin con Hitler tenía como objetivo asegurar a la U.R.S.S. contra un asalto alemán y, en general, asegurar a la U.R.S.S. de ser arrastrada a un conflicto mayor. Para apoderarse de Polonia, Hitler tenía que protegerse del Este. Stalin se vio obligado, con la autorización de Hitler, a invadir Polonia Oriental a fin de obtener algunas garantías suplementarias contra Hitler sobre la frontera occidental de la U.R.S.S. Como resultado de estos acontecimientos, sin embargo, la U.R.S.S. ganó una frontera común con Alemania y por ese mismo hecho el peligro de una Alemania triunfante se tornó mucho más directo, aumentando enormemente la dependencia de Stalin hacia Hitler.

El episodio de la partición de Polonia tuvo su desarrollo y secuela en la arena escandinava. Hitler no habrá dejado de informar a su "amigo" Stalin que planeaba apoderarse de los países escandinavos. Stalin no habrá podido evitar un frío estremecimiento. Esto significaba la completa dominación del Báltico, de Finlandia, y una directa amenaza a Leningrado. Una vez más, Stalin procuró buscar garantías suplementarias contra su aliado; esta vez en Finlandia. Sin embargo, encontró allí seria resistencia. La "excursión militar" fracasó. Entretanto,

Escandinavia amenazaba convertirse en la arena de una guerra general. Hitler, que había completado los preparativos para su golpe contra Dinamarca y Noruega, exigió que Stalin celebrara una rápida paz. Stalin tuvo que postergar sus planes y renunciar a la soviétización de Finlandia. Estos son los rasgos salientes del curso de los acontecimientos en Europa Nordoriental.

LAS PEQUEÑAS NACIONES EN LA GUERRA IMPERIALISTA

En las condiciones de la guerra mundial, tratar la cuestión del destino de los pequeños Estados, desde el punto de vista de la "independencia nacional", "neutralidad", etc., es permanecer en el terreno de la mitología imperialista. La lucha es por la dominación mundial. La cuestión de la existencia de la U.R.S.S. será resuelta en ella. Este problema que actualmente está en segundo plano, en determinado momento pasará al primero. En lo que se relaciona con los Estados pequeños y de segunda categoría, no son sino peones en manos de las grandes potencias. La única libertad que les resta, y aún en una extensión limitada, es la libertad de elegir entre los amos.

Dos gobiernos lucharon en cierto momento en Noruega: el gobierno de los nazis noruegos, apoyado por las tropas alemanas en el sud, y el antiguo gobierno socialdemócrata con su rey en el norte. ¿Debían haber apoyado los obreros noruegos el campo "democrático" contra el fascista? Siguiendo la analogía de España, parecería a primera vista que la respuesta debiera ser afirmativa. En realidad, hubiese sido el más crudo de los engaños. En España existía una guerra civil aislada; la intervención de las potencias imperialistas extranjeras, si bien importante, tenía un carácter secundario. En Noruega se trata de un conflicto directo e inmediato entre dos campos imperialistas, en cuyas manos los gobiernos noruegos en lucha son meros instrumentos auxiliares. En la arena mundial no apoyamos ni al campo de los aliados ni al de Alemania. En consecuencia no tenemos la menor razón

o justificación para apoyar a cualquiera de sus temporarios instrumentos dentro de Noruega.

El mismo tratamiento debe aplicarse a Finlandia. Desde el punto de vista de la estrategia del proletariado mundial, la resistencia finesa no es un acto mayor de defensa de la independencia nacional que la resistencia de Noruega. Lo demostró el mismo gobierno finés cuando prefirió cesar toda resistencia antes que Finlandia se transformara completamente en una base militar de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Factores secundarios como la independencia nacional de Finlandia o Noruega, la defensa de la democracia, etc., por importantes que sean, están actualmente implicados en la lucha de fuerzas mundiales infinitamente más poderosas y completamente subordinados a ellas. Debemos descartar los factores secundarios y determinar nuestra política en concordancia con los factores básicos.

Las tesis programáticas de la Cuarta Internacional sobre la guerra dieron una respuesta exhaustiva a esta cuestión, hace seis años. Las tesis establecen: "La idea de defensa nacional, especialmente si coincide con la idea de defensa de la democracia, puede ser utilizada fácilmente para engañar a los obreros de los países pequeños y neutrales (Suiza, Bélgica en particular, los países escandinavos...)". Y más adelante: "Sólo un pequeño-burgués obtuso (como Roberto Grimm), metido en un agujero de provincia suizo, puede imaginar que una guerra mundial en la que se vería envuelto, sería un medio de defender la independencia de Suiza". Otros pequeño-burgueses, igualmente estúpidos, imaginan que la guerra mundial es un medio de defender Finlandia, que es posible determinar la *estrategia* proletaria sobre la base de un episodio *táctico* como la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo.

GEORGIA Y FINLANDIA

Así como durante una huelga dirigida contra el gran capital, los obreros atacan contra la alta suficiencia del pequeño-burgués, así también en una lucha contra el im-

perialismo o al procurarse garantías militares contra el imperialismo, el Estado obrero —aún completamente sano y revolucionario— puede verse obligado a violar la independencia de éste o aquél pequeño Estado. Derramar lágrimas sobre la rudeza de la lucha de clases en el plano interno o internacional puede ser propio de los filisteos democráticos pero no de revolucionarios proletarios.

En 1921 la República Soviética soviétizó por la fuerza a Georgia, que constituía un camino abierto para el asalto imperialista en el Cáucaso. Desde el punto de vista de los principios de la autodeterminación nacional mucho podría objetarse a tal soviétización. Desde el punto de vista de extender la arena de la revolución socialista, la intervención militar en un país campesino era un acto más que dudoso. Desde el punto de vista de la auto-defensa del Estado obrero rodeado de enemigos, la soviétización forzosa estaba justificada: la salvaguardia de la revolución socialista se imponía a los principios democráticos formales.

El imperialismo mundial utilizó durante mucho tiempo el tema de la violación en Georgia como la consigna de movilización de la opinión pública mundial contra los Soviets. La Segunda Internacional tomó la dirección de esta campaña. La Entente se orientaba hacia la preparación de una posible y nueva intervención militar contra los Soviets.

Exactamente de la misma manera que en el caso de Georgia, la burguesía mundial utilizó la invasión de Finlandia para movilizar a la opinión pública mundial contra la U.R.S.S. También en este caso la socialdemocracia se constituyó en la vanguardia del imperialismo democrático. El desdichado "tercer campo" de los asustaditos pequeño-burgueses trotó a su zaga.

A pesar de la notable similitud entre estos dos ejemplos de intervención militar existe, sin embargo, una profunda diferencia: la actual U.R.S.S. está lejos de ser la República Soviética de 1921. Las tesis de 1934 de la Cuarta Internacional sobre la guerra declaran: "El monstruoso desarrollo del burocratismo soviético y las penosas

condiciones de vida de los trabajadores han disminuído extraordinariamente la fuerza atractiva de la U.R.S.S. para la clase obrera mundial". La guerra fino-soviética reveló gráfica y completamente que a distancia de un tiro de cañón de Leningrado, cuna de la revolución de Octubre, el actual régimen de la U.R.S.S. es incapaz de ejercer una fuerza atractiva. Sin embargo, de esto no surge que la U.R.S.S. deba ser entregada a los imperialistas, sino que la U.R.S.S. debe ser arrancada de las manos de la burocracia.

"¿DONDE ESTA LA GUERRA CIVIL?"

"¿Pero dónde está la prometida guerra civil en Finlandia?", preguntan los líderes de la ex oposición, transformados ahora en los líderes del "tercer campo". Yo no prometí nada. Sólo analicé una de las posibles variantes del ulterior desarrollo del conflicto fino-soviético. La obtención de bases aisladas en Finlandia era tan probable como la ocupación completa del país. La obtención de bases suponía mantener el régimen burgués en todo el resto del país. La ocupación suponía un cambio social que hubiera sido imposible sin arrastrar a la guerra civil a los obreros y campesinos pobres. Las negociaciones diplomáticas iniciales entre Moscú y Helsinki indicaban una tentativa de solucionar la cuestión en la forma en que lo fué en los países bálticos. La resistencia de Finlandia obligó al Kremlin a conseguir sus objetivos a través de medidas militares. Stalin sólo podía justificar la guerra ante las amplias masas mediante la soviétización de Finlandia. La constitución del gobierno Kusinen indicaba que el destino que aguardaba a Finlandia no era el de los Estados bálticos sino el de Polonia, donde Stalin —a pesar de lo que escriben los columnistas aficionados del "tercer campo"— se vió obligado a provocar la guerra civil y a cambiar las relaciones sociales.

Yo señalé varias veces que si la guerra en Finlandia no era involucrada en una guerra general y si Stalin no se veía obligado a retroceder ante una amenaza del exte-

rior, se vería compelido a llevar adelante la soviétización de Finlandia. Esta tarea era, en sí misma, mucho más difícil que la soviétización de Polonia oriental. Más difícil desde el punto de vista *militar* porque Finlandia estaba mejor preparada. Más difícil desde el punto de vista *nacional* porque Finlandia posee una antigua tradición de lucha contra Rusia por la independencia nacional, mientras que los ucranianos y rusos blancos estaban luchando contra Polonia. Más difícil desde el punto de vista *social* porque la burguesía fina había solucionado a su manera el problema agrario pre-capitalista a través de la creación de una pequeña burguesía agrícola. Sin embargo, la victoria militar de Stalin sobre Finlandia, indiscutiblemente, hubiera cambiado las relaciones sociales con mayor o menor apoyo de los obreros y pequeños campesinos fineses.

¿Por qué Stalin no realizó este plan? Porque comenzó una gigantesca movilización de la opinión pública burguesa contra la U.R.S.S. Porque Inglaterra y Francia plantearon seriamente la cuestión de la intervención militar. Finalmente —y de no menor importancia— porque Hitler no podía seguir esperando. La aparición de tropas inglesas y francesas en Finlandia hubiera constituido una amenaza directa a los planes escandinavos de Hitler que se basaban en la conspiración y la sorpresa. Tomado en una trampa de doble peligro —por un lado los Aliados y del otro Hitler— Stalin renunció a soviétizar Finlandia, limitándose a la toma de posiciones estratégicas aisladas.

Los partidarios del "tercer campo" (el campo de los pequeños burgueses asustadizos) unen ahora las piezas en la siguiente construcción: Trotsky dedujo la guerra civil en Finlandia de la naturaleza de clase de la U.R.S.S.; dado que la guerra civil no se produjo, significa que la U.R.S.S. no es un Estado obrero. En realidad no era necesario "deducir" lógicamente una posible guerra civil en Finlandia de la definición sociológica de la U.R.S.S.: bastaba basarse en la experiencia de Polonia oriental. El cambio de las relaciones sociales que allí se produjo

sólo podía realizarlo el Estado surgido de la revolución de octubre. Este cambio fué impuesto a la oligarquía del Kremlin debido a su lucha por la auto-preservación bajo condiciones especiales. No había la menor razón para dudar que *bajo condiciones análogas* se vería obligada a repetir la misma operación en Finlandia. Eso fué todo lo que señalé. Pero las condiciones cambiaron durante el transcurso de la lucha. La guerra, como la revolución, da a menudo bruscos virajes. Con el cese de las operaciones militares por parte del Ejército Rojo, naturalmente que no podía hablarse del desarrollo de una guerra civil en Finlandia.

Todo pronóstico histórico es siempre condicional y cuanto más concreto es el pronóstico, más condicional es. Un pronóstico no es una letra de cambio que pueda cobrarse a plazo fijo. El pronóstico sólo esboza las tendencias definidas del desarrollo. Pero junto a estas tendencias actúan un orden distinto de fuerzas y tendencias que en cierto momento comienzan a ser predominantes. Los que quieran predicciones exactas de los acontecimientos concretos deben consultar a los astrólogos. El pronóstico marxista sólo ayuda a orientarse. Yo hice reservas varias veces sobre la condicionalidad de mi pronóstico como *uno* de varias posibles variantes. Aferrarse ahora, como a una roca de salvación, a un hecho histórico de décima categoría a propósito de que el destino de Finlandia estuvo temporariamente determinado de acuerdo al modelo de Estonia, Letonia y Lituania, en lugar del modelo de Polonia oriental, sólo puede ocurrirsele a escolásticos estériles o a... los líderes del "tercer campo".

LA DEFENSA DE LA UNION SOVIETICA

El asalto de Stalin sobre Finlandia naturalmente que no era *únicamente* un acto de defensa de la Unión Soviética. La política de la Unión Soviética está dirigida por la burocracia bonapartista. A esta burocracia le interesa principalmente y fundamentalmente su poder, su prestigio, sus ingresos. Se defiende a sí misma mucho

mejor de lo que defiende a la U.R.S.S. Se defiende a expensas de la U.R.S.S. y del proletariado mundial. Esto se reveló con absoluta claridad a través de todo el desarrollo del conflicto soviético-finés. No podemos, por lo tanto, asumir ni siquiera la sombra de una responsabilidad, directa o indirecta, por la invasión de Finlandia que es sólo un eslabón aislado en la cadena de la política de la burocracia bonapartista.

Una cosa es solidarizarse con Stalin, defender su política, asumir responsabilidad por ella (como lo hace la triplemente infame Internacional Comunista) y otra es explicar a la clase trabajadora mundial que a pesar de los crímenes de Stalin no podemos permitir al imperialismo mundial que aplaste a la Unión Soviética, restablezca el capitalismo y convierta en una colonia a la tierra de la revolución de octubre. Esta explicación es la que proporciona las bases para nuestra defensa de la Unión Soviética.

La tentativa de los derrotistas de coyuntura, es decir, de los aventureros del derrotismo, de sortear sus dificultades con la promesa de que en caso de que los Aliados intervengan cambiarán su política derrotista por una defensiva, constituye una evasiva despreciable. En general, no es fácil determinar la política con un cronómetro, especialmente en tiempos de guerra. En los críticos días de la guerra soviético-finés (como se ha sabido ahora), los estados mayores aliados llegaron a la conclusión de que sólo podía prestarse una rápida y eficaz ayuda a Finlandia mediante la destrucción del ferrocarril de Murmansk, bombardeándolo desde el aire. Desde el punto de vista de la estrategia esto era completamente correcto. La cuestión de la intervención o no intervención de las fuerzas aéreas aliadas pendía de un cabello. Pendiente del mismo cabello se balanceaba también la posición de principios del "tercer campo". Desde el comienzo mismo consideramos que era necesario determinar nuestra posición de acuerdo a los campos básicos de clase en guerra. Era mucho más seguro.

NO ENTREGAR AL ENEMIGO LAS POSICIONES GANADAS

La política del derrotismo no es un castigo a un gobierno dado por este o aquel crimen que haya cometido sino una resultante de las relaciones de clase. La línea marxista de conducta en la guerra está determinada no por consideraciones sentimentales o de moral abstracta sino por la apreciación social de un régimen en sus relaciones recíprocas con otros regímenes. Apoyamos a Abisinia no porque el Negus fuese política o "moralmente" superior a Mussolini sino porque la defensa de un país atrasado contra la opresión colonial asesta un golpe al imperialismo, que es el principal enemigo de la clase trabajadora. Defendemos a la U.R.S.S. independientemente de la política del Negus de Moscú por dos razones fundamentales. Primero: la derrota de la U.R.S.S. proporcionaría al imperialismo nuevos y colosales recursos y prolongaría por muchos años la agonía mortal de la sociedad capitalista. Segundo: las bases sociales de la U.R.S.S., liberadas de la burocracia parasitaria pueden tener un progreso económico y cultural ilimitado, mientras que las bases capitalistas no ofrecen otra posibilidad que una mayor decadencia.

Lo que desenmascara por completo a los ruidosos críticos es que continuaron considerando a la U.R.S.S. como Estado obrero en la época en que Stalin estaba destruyendo al partido bolchevique; cuando estaba estrangulando la revolución proletaria en España; cuando estaba traicionando a la revolución mundial en nombre de los "frentes populares" y de la "seguridad colectiva". En todas estas situaciones reconocieron la necesidad de defender a la U.R.S.S. como Estado obrero! Pero tan pronto como este mismo Stalin invade a la "democrática" Finlandia, tan pronto como la opinión pública burguesa de las democracias imperialistas —que justificaron y aprobaron todos los crímenes de Stalin contra comunistas, obreros y campesinos— pone el grito en el cielo, nuestros

innovadores declaran: "Si, esto es intolerable!" Y siguiendo a Roosevelt, declararon un embargo moral contra la Unión Soviética.

El razonamiento del educado y sabio doctor Burnham de que al defender a la U.R.S.S. defendemos *por eso* a Hitler, es un claro ejemplo de la ceguera pequeño burguesa que procura constreñir la realidad contradictoria dentro del marco del silogismo perfecto. ¿Al defender a la República Soviética después de la paz de Brest-Litovsk apoyaron los obreros a los Hohenzollern? ¿Sí o no? Las tesis programáticas de la Cuarta Internacional sobre la guerra, que tratan en detalle esta cuestión, establecen categóricamente que los acuerdos entre el Estado soviético y este o aquel Estado imperialista no imponen ninguna restricción al partido revolucionario de tales Estados. Los intereses de la revolución mundial están por encima de una combinación diplomática aislada, por justificada que esta última sea en sí misma. Al defender a la U.R.S.S., luchamos más seriamente contra Stalin y Hitler que Burnham y Cia.

Por supuesto que Burnham y Shachtman no están solos. León Jouhaux, el notorio agente del imperialismo francés, también clama indignado por el hecho de que "los trotskystas defienden a la U.R.S.S.". ¡Quién podría indignarse mejor que él! Pero nuestra actitud hacia la U.R.S.S. es la misma que nuestra actitud hacia la C.G.T. (Confederación General del Trabajo): la defendemos contra la burguesía a pesar del hecho de que la Confederación está dirigida por canallas como León Jouhaux que engañan y traicionan a los obreros a cada paso. Los mencheviques rusos también gritan: "La Cuarta Internacional está en un callejón sin salida!", porque la Cuarta Internacional continúa reconociendo a la U.R.S.S. como Estado obrero. Estos mismos caballeros son miembros de la Segunda Internacional, dirigida por traidores tan eminentes como el típico alcalde burgués Huysmans y León Blum, que traicionó una situación revolucionaria excepcionalmente favorable en junio de 1936, permitiendo con esto el estallido de la actual guerra. Los menche-

viques reconocen como partidos *obreros* a los partidos de la Segunda Internacional pero se rehusan a reconocer a la Unión Soviética como Estado *obrero* porque está dirigida por burócratas traidores. Esta falsedad está llena de cinismo y descaro. Stalin, Molotov y el resto, como capa social, no son mejores ni peores que los Blum, Jouhaux, Citrine, Thomas, etc. La diferencia entre ellos está solamente en que Stalin y Cía. explotan y mutilan las bases vitales económicas del desarrollo socialista, mientras que los Blum se aferran a las bases totalmente podridas de la sociedad capitalista.

El Estado obrero debe ser tomado tal como salió del implacable laboratorio de la historia, no como lo imagina un profesor "socialista", que reflexiona mientras hurga con un dedo su nariz. El deber de los revolucionarios es defender toda conquista de la clase trabajadora aunque haya sido desfigurada por la presión de fuerzas hostiles. Aquellos que son incapaces de defender las posiciones tomadas, nunca conquistarán otras nuevas.

25 de abril de 1940.

INDICE

NUEVAMENTE Y UNA VEZ MAS SOBRE LA NATURALEZA DE LA U.R.S.S.....	5
UNA OPOSICION PEQUEÑO BURGUESA EN EL PARTIDO DE LOS OBREROS SOCIALISTAS...	17
CARTA ABIERTA AL CAMARADA BURNHAM.....	45
DE UN RASGUÑO AL PELIGRO DE GANGRENA....	77
LOS MORALISTAS PEQUEÑO BURGUESES Y EL PARTIDO PROLETARIO.....	141
BALANCE DE LOS ACONTECIMIENTOS FINESES.....	147

Impreso en Talleres Gráficos GRAN S.R.L.
Paraguay 846 - Setiembre de 1975
Buenos Aires - Argentina